

GUILLERMO  
MALDONADO  
PÉREZ

Eduardo “El Chato”  
Villamizar Lamus  
**UN HOMBRE  
NECESARIO**

Cofundador de la Universidad de Pamplona, rector histórico,  
líder cívico, adalid de una época, pamplonés entrañable.

Eduardo “El Chato” Villamizar Lamus  
**Un Hombre Necesario**

---

GUILLERMO MALDONADO PÉREZ

Eduardo “El Chato” Villamizar Lamus  
**Un Hombre Necesario**

Cofundador de la Universidad de Pamplona, rector histórico,  
líder cívico, adalid de una época, pamplonés entrañable.

Su vida, una historia de Nueva Pamplona  
en la segunda mitad del siglo xx.

---

**Rector**

Ivaldo Torres Chávez, Ph.D.

**Vicerrector Académico**

Oscar Eduardo Gualdrón Guerrero, Ph.D.

**Vicerrector de Investigaciones**

Aldo Pardo García, Ph.D.

Primera edición: noviembre de 2021

© Guillermo Maldonado Pérez

Impreso en Colombia

**ISBN (978-958-53581-4-0).**

Impreso por: Opinográfica Impresores SAS

Diseño y diagramación: Luis Luna Maldonado

Para Emma Villamizar Romero,  
de la última generación;  
y sus nietos  
Lorenzo, Daniel Gonzalo y Laura Isabel,  
un retrato del abuelo, su tiempo, su ciudad:  
Nueva Pamplona;  
para su hijo Ramón,  
que a través de la semblanza de su padre,  
quiso cumplir un “deber de memoria”.

Pablo eras no más y Pablo somos.  
Padre, que poco Antonio te llamabas.

Eduardo Cote Lamus, *La vida cotidiana*.

Los hombres mejores no son,  
a lo sumo, sino hombres.

Marcel Schwob, *Arte de la biografía*.

“Es la sombra de mis maestros la que invoco hoy. Los que me enseñaron en la escuela, en el Colegio Provincial, en la Universidad Nacional, en la Universidad de Kansas, en la Universidad de Nuevo Méjico, en la Universidad de Santo Tomás, y a la del maestro José Rafael Faría, porque ellos me nutrieron con la savia de su preclaras inteligencias y es a ellos a quienes debo mi vocación docente, porque de ellos aprendí que enseñar es un deber y un altísimo honor.

Son a estas ilustres sombras a las que me acojo esta mañana para que den testimonio de que consagré mis horas y mis días a la Universidad por decidida vocación sin esperar la dádiva. Quieran ellos atestiguar, que jamás impuse dogmas, que dirigí la Universidad con vocación democrática, con la filosofía universitaria que me enseñaron: que debe ser libre su cátedra y libre su investigación”.

Eduardo Villamizar Lamus

—

|

|

—

## Contenido

Nota del Autor_____	13
Palabras Liminares_____	15
1. Ámbito Primigenio_____	21
2. Primeros Años_____	41
3. Partida a Nueva Pamplona_____	55
4. Colegio Provincial, la Juventud, los Sueños_____	65
5. La Escuela Naval, la Universidad Nacional_____	79
6. Fundación De La Universidad_____	96
7. Tres Décadas: Años 60, 70 Y 80_____	110
8. Años 70_____	119
9. Años 80_____	137
10. Última Parte: El Adiós_____	149
Anexos_____	161
Notas_____	173
Álbum_____	179

—

|

|

—

## Nota del Autor

Siempre creí que un libro era la forma adecuada para abarcar una personalidad exuberante como la de Eduardo Villamizar Lamus, tan vitalmente ligado a su terruño, Nueva Pamplona, pequeña ciudad de la que fue líder muy estimado, fidedigno representante de su historia en la segunda mitad del siglo XX, que nos incluye a todos.

Ni un opúsculo, ni un artículo, ni unas pocas cuartillas, sino un libro que fluya como un río —seguramente el Pamplonita— dueño de su curso, que a su paso refleja el vaivén de su variado paisaje, suma de geografías y de tiempos como afluentes que acrecientan el caudal y luego se bifurcan para regresar al cauce original, en un discurrir constante como la vida que igual proviene de tantas y diversas fuentes. El Chato Villamizar Lamus poseía las dotes necesarias para destacar en cualquier lugar o campo que se propusiera; eligió permanecer en su terruño, junto a su gente, entregando su vida a la causa de la Universidad, —máxima realización regional educativa— lo que muestra la dimensión de su categoría humana y la excelencia sus méritos.

Este es pues el libro; escrito con la conciencia de saber que ninguna extensión podría alcanzar siquiera una porción del relato de una vida. Nadie, por lo demás, “ha penetrado nunca en el corazón de un hombre”, dijo un gran autor.

Suma de páginas escritas en obediencia a una verdad: la estima y homenaje a un hombre necesario, a su memoria, a su gente, a su pueblo, a su obra, a su tiempo.

## Palabras Liminares

La historia crea las circunstancias y los personajes necesarios para la realización de sus hechos decisivos; sucedió con la Universidad de Pamplona, fundada después de varios intentos fallidos, hasta cuando se dio la coyuntura requerida y un conjunto de voluntades propicias en la aparición de las dos figuras pamplonesas indispensables para su realización: el Pbro. José Rafael Faría Bermúdez y el odontólogo Eduardo Villamizar Lamus (llamado cariñosamente Chato por sus coterráneos, amigos y familiares); el primero concibió la Universidad, la soñó, la predicó, puso a andar su andamiaje, incluso con fondos de su propio peculio.<sup>1</sup> El segundo la organizó, la gestionó y construyó con decisión inquebrantable. La aproximación al conocimiento de este proceso (formación, peripecia, factor humano) es el motivo que promueve el ensayo de estas páginas.

Catorce años estuvo el P. Faría como rector del *alma mater*; cuando el tiempo, que él llamó “la despiadada afrenta de los años” lo mellaba, decidió retirarse y en acto público memorable puso en manos de Eduardo Villamizar Lamus la dirección de su proyecto máspreciado; esta decisión del sacerdote tuvo mucho de visión profética, puesto que en “el Chatico” —como le decía afectuosamente—, vislumbró con acierto al pamplonés capaz de mantener la obra y culminarla; el sucesor estuvo a la altura de la misión encomendada, dígalos si no, la misma existencia de la Universidad; en sus azarosos comienzos el andamiaje vacilaba; pero él tomó el timón y a pulso casi solitario condujo la Institución, librando obstáculos como un navío que navegara siempre al borde del naufragio; (para seguir el símil podríamos decir que este fue el barco que Eduardo Villamizar Lamus quiso comandar un día, como la nave de sus sueños truncos de marinero de alta mar).

Dos pamploneses ilustres, merecedores de todo honor y toda gloria; ojalá sendas biografías exalten sus vidas, forjadores como fueron de la mayor empresa de la ciudad en toda su historia. Del P. Faría hay una semblanza,<sup>2</sup> pero no de Villamizar Lamus, vacío que aquí intentaremos subsanar, con las limitaciones de un tiempo cuyo transcurso ya

sobrepasa la memoria. (El Chato, de natural esquivo, era reacio a homenajes y reconocimientos públicos y menos podría haber consentido el propósito de una biografía. Huía hasta de homenajes privados; su esposa cuenta que para su septuagésimo cumpleaños tuvieron que hacer encerrona con luz apagada y sorpresa incluida para celebrarlo).

Su vida pública, consistente, translúcida, podría ser contada de manera colectiva; disfrutó de gran popularidad entre sus coetáneos, que lo apreciaron y quisieron; sentimientos ciudadanos que nos hablan de por sí de su dimensión humana, de los valores que sustentaron el transcurso de su vida.

Pero los años transcurridos desde su desaparición (2006), impidieron que muchos de sus contemporáneos pudieran estar presentes y participar en la realización de una semblanza colectiva, como seguramente lo habrían hecho con agrado.

Faltaron pues muchas voces, amigos, compañeros de colegio, profesores, condiscípulos de la Universidad Nacional, que refrendaran su condición de buen amigo, compañero, alumno, deportista, aventajado estudiante, motor cívico, simpático camarada; tantos testimonios de pamploneses que lo trataron y lo vieron luchar con ahínco, hombro a hombro con el P. Faría en la construcción de la Universidad que hoy cuenta con una trayectoria imposible de ignorar, con centenares de egresados. Podríamos recoger relatos de padres, tíos, familiares, hacer remembranza de sus dotes de consagrado y atento miembro de familia. No podrían faltar otros aportes, más modestos si se quiere, pero no menos significativos: el del lustrador de zapatos, el del lotero que le reservaba cada año “el número ganador”, el del albañil que hacía las reparaciones locativas, el del chofer que lo llevaba y traía con velocidad de pájaro,<sup>3</sup> el del celador al que becó a sus hijos, el del propietario de la tienda cercana a la Universidad, que en su vitrina moteada de vapores exultantes exhibía costillas de marrano (de “copartidario”, decía él) con papas “chorriadas”, suprema tentación gustativa criolla de la que él no podía sustraerse, casi a escondidas de sí mismo; Chato Villamizar era robusto y de estatura por encima de la media de sus conciudadanos.

La vida de provincia marchaba con su ritmo pausado, sin mayores sobresaltos, pero no había tiempo para el tedio; la actividad era intensa, con constantes viajes de gestión a la capital; en los momentos de solaz, él y sus amigos programaban pequeñas liturgias, rituales de expansión y

regocijo, iban a jugar bolos donde Lola, partidos entre equipos numerosos, que como aliciente se disputaban la cuenta y que con el transcurrir de la tarde se acrecentaban, animados por copas de aguardiente mientras lanzaban, tumbaban, descachaban, bromeaban, imaginaban, soñaban, recordaban.

Podría reunirse un cúmulo de relatos, sucesos, expresiones surgidas del afecto de las gentes que ayudó y estimuló para que eligieran la educación como vía posible al porvenir.

En la construcción biográfica podrían oírse voces contestatarias, de líderes estudiantiles y docentes de los años 70 —hoy abuelos de pelo blanco, pensionados y adocenados—, que lo enfrentaron más de una vez con paros y protestas, situaciones que el Rector supo llevar con solvencia liberal, de tolerancia y diálogo; Villamizar Lamus fue fiel a la definición de Bertrand Russell: “Un verdadero liberal se distingue no tanto por lo que defiende sino por el talante con que lo defiende: la tolerancia anti dogmática, la búsqueda del consenso, el diálogo como esencia democrática”. Abundarían testimonios de profesores, empleados, administrativos, que supieron de sus cualidades humanas, éticas, profesionales, de su capacidad para la acción y su genial inventiva de encontrar salida a situaciones y coyunturas insolubles.

Aunque faltan voces, quedan otras dispuestas a aportar al retrato coral de un hombre cuyo rasgo primordial fue el de ser útil a la comunidad, servir a la región y a su gente. Para quienes lo conocimos y supimos de sus excelencias, sobran motivos para la realización de una biografía; los lectores podrán encontrar en ella el referente indispensable para saber del proceso de consolidación de la educación pública superior de Nueva Pamplona, que, llevado de su mano, ingresó al panorama universitario regional y nacional.

Muy joven brilló como dirigente; su capacidad de acción, su fuerza natural y el conocimiento lo llevaron a consolidarse como figura indispensable, junto con el P. José Rafael Faría en la realización de la máxima obra pamplonesa. Proyecto histórico conducido por estos dos prohombres que, en medio del diario batallar, contra la apatía y el desdén de los poderes centrales hacia la provincia, y la no poca incredulidad de los regionales por lo propio, lograron sacar adelante el magnífico proyecto. A él se le debe ver como el constructor, el organizador de la Institución; como orientador de juventudes fue fiel a su postulado de la educación como motor indispensable del desarrollo de un pueblo. Como líder

pudo sobresalir en la dirigencia nacional, pero prefirió permanecer con sus coterráneos, compartió con ellos ilusiones, realizaciones y fracasos, tal como lo indicaba su carácter y la naturaleza de su don de liderazgo; dones que lo definieron como un hombre necesario, ser social por excelencia, partícipe activo en avatares y contingencias de su pueblo. El hito educativo marcó el ingreso de Pamplona en la modernidad; impulsó la superación de la juventud, se constituyó en la primera institución docente pública, donde miles de estudiantes, profesores, empleados, proporcionan vida y riqueza a la ciudad, antes solitaria y silenciosa, sin mayores recursos de supervivencia.

Una vez terminado el quinto año de bachillerato, decidió ingresar a la Escuela Naval de Cadetes; entonces una elección frecuente entre los jóvenes, tal vez movidos por sueños románticos, heroicos, impulsados por las atractivas fotografías que traían los prospectos; después de un año de permanencia en la Naval, Villamizar Lamus puso término a sus ilusiones marineras y regresó a su terruño mediterráneo a terminar el bachillerato. La breve experiencia marítima avivó su imaginación, la convirtió en tema recurrente y contaba vívidos relatos de aquella época bizarra. A final de la década de los cincuenta, olvidados los sueños navales, graduado de odontólogo y en la plenitud de su vida, regresó a su pueblo, donde se convirtió en centro de actividades sociales, académicas, culturales, etc., joven de brillante porvenir, debió de figurar a los ojos de las muchachas casaderas como “buen partido” del lugar.

Lector empedernido, actor de teatro aficionado, devoto visceral del cine; adicto al ajedrez (juego que parecía elevar a fiebre superior a los iniciados y los convertía en una especie de secta de posesos, donde ganar otorgaba aureola de una supuesta mente privilegiada y perder constituía un jaque mate al ego); en su juventud, se aficionó al ajedrez y participó en certámenes locales bajo la tutela imaginaria de los campeones mundiales Mijaíl Botvinnik, Tigrán Petrosián y su gran favorito Bobby Fischer; pero el rey local, el “Petrosián pamplonés” era un invidente, su pariente “el ciego Lamus”, que nunca perdía y sus contendores llegaban a creer que al ciego le dictaban las jugadas mediante control remoto, a través de un aparato aún inexistente.

También participó en actividades teatrales; hizo parte del elenco de *Sueño de una noche de verano*, comedia de William Shakespeare, presentada con éxito en la Universidad en 1964, con dirección de Mario Esleyton; en 1965 hizo el papel de Mauricio, rol principal de *Los árboles mueren de pie*, de

Alejandro Casona y dirigida por don Augusto Ramírez Villamizar, con el grupo local La Herradura de Oro; fueron puestas en escena que marcaron época en la actividad artística y cultural de Pamplona, ciudad teatral por excelencia.

Solía definirse a sí mismo como “liberal manchesteriano”, la escuela económica surgida a mediados del siglo XIX en Inglaterra, que preconizaba el libre cambio, abogaba por la absoluta libertad de empresa, la defensa de las libertades individuales, con tendencia antimperialista y anticolonial, proclive al “laissez-faire”, etc.; escuela que provenía de los lineamientos de Adam Smith y de otros ilustres pensadores liberales del momento.

Circunstancias familiares lo llevaron a ejercer una militancia liberal de arraigado sentimiento partidista, sin fanatismos; perteneció a la generación que vivió y padeció la tenebrosa violencia que azotó al país en los años 40 y 50 del siglo XX.

Informado cada día del acontecer nacional e internacional, orientó su pensamiento y acción según los cánones liberales democráticos; sus últimos días no estuvieron acompañados de su natural optimismo, al parecer compartía el sentimiento general de que otro fracaso nacional se cernía en el horizonte y oscuros nubarrones anunciaban el futuro de un país que ya no era el suyo, pero que lamentablemente sería el de sus descendientes.

Entre los hechos que primaron en la formación de sus creencias y sentimientos políticos debe figurar la guerra de los Mil Días, suceso bélico que estremeció a Colombia en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del siglo XX; conflicto que en su condición de no resuelto es causa de muchos de los males sociales y políticos actuales; la guerra civil tuvo como escenario preponderante el territorio de Los Santanderes, dejando honda huella en sus habitantes; cercanos miembros de su familia combatieron, y los relatos bélicos se fijaron en su mente con la fuerza épica de aquella lejana confrontación.

El episodio histórico marcó la formación política de su generación: valiente, combativa, que años después participó activamente en las luchas estudiantiles contra la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, libradas en las calles de las principales ciudades, donde el 8 y 9 de junio de 1954, en Bogotá, cayeron inmolados varios universitarios, compañeros suyos, entre ellos dos pamploneses, condiscípulos y amigos: Jaime Moure Ramírez y Jaime Pacheco Mora; las marchas estudiantiles de protesta se incentivaron y terminaron por precipitar el fin de la dictadura.

La tertulia para él fue una verdadera pasión; la ofició como su centro imprescindible; conversador inagotable, hacía de la palabra una suerte de espectáculo de información y amenidad; bien enterado de temas del pasado y la actualidad, con sus detallados relatos mantenía en suspenso al auditorio; su idea de tertulia, compartida sin exclusiones, era otra forma de una cátedra ritual y cotidiana. Desaparecido Chato, aquel mundo simpático, de tradición cultural que él propiciaba, se esfumó para siempre y empobreció el entorno; era su eje, su factótum.

En postreros días, en condición de jubilado, acompañado todavía de natural energía, mantuvo el culto de la tertulia; frecuentaba el Salón Azul del parque, donde muchos, extraviados en el tiempo y la nostalgia, lo buscaban como referencia vital y cotidiana; la convocatoria espontánea se daba todos los días en torno del pocillo de café —siempre pagaba la cuenta—, antes de la hora del almuerzo o, un rato por las tardes, antes de recogerse a la rutina doméstica; cuando su hija María Alejandra (Majandra), presentaba las noticias de la noche en la televisión, o al mediodía, acudía presuroso a sentarse frente al televisor y henchido de orgullo paterno contemplaba a su hija, su digna heredera, que con desparpajo y desenvoltura profesional leía las noticias del país y del mundo.

Para asumir la dimensión biográfica del Chato Villamizar Lamus, hombre-motor de la sociedad, dueño de influyente personalidad, poseedor de un discurso convincente, acudimos a toda suerte de fuentes, sin excluir el monólogo de su propia voz, hasta donde esto fuera posible. No pretendemos hacer análisis exhaustivos, crítica de innecesaria dimensión; tratamos, sí, de construir un retrato veraz de un ser humano especial, vital, inscrito en el conjunto de una época de Pamplona: la segunda mitad del siglo XX.

Dio a su terruño lo mejor de sí; nunca quiso alejarse de sus breñas, donde hizo lo que se propuso realizar y donde fue lo que quiso ser; allí pasó sus mejores años, y fue feliz, a su propio decir, en la hora final.

## Ámbito Primigenio

Eduardo Villamizar Lamus nació en Chinácota, el 8 de julio de 1933. Del signo Cáncer, “los nacidos en esta fecha son fundadores, dirigentes, se dedican de lleno a lo que hacen y lo mantienen hasta el fin; son familiares, protectores, su influencia sobre lo que los rodea es muy grande durante toda su vida, incluso continúa después de su muerte.”, aspectos sobresalientes en la personalidad del Chato.

Hijo de Carlos Julio Villamizar Girón y Mary Lamus Girón; sus abuelos paternos, Carlos Julio Villamizar Guerrero y Elvia Girón Jiménez; maternos, Segundo Lamus Ramírez y Ana Josefa Girón Jiménez. El padrino de bautismo fue su tío, el abogado Segundo Lamus Girón.

El 9 de febrero de 2006, setenta y tres años después, cuando aún eran previsible otros años más de vida, fallece en Pamplona, tras silenciosa y fulminante enfermedad.

Unos años de su infancia transcurrieron entre parajes en tierra de sus mayores, del padre y los abuelos, figuras paradigmáticas que orientaron su formación; paisaje primigenio, donde transcurrieron los primeros años. Por voluntad propia, un puñado de sus cenizas fue llevado a la quebrada La Honda, cuyas aguas brotan en los cerros tutelares de su tierra natal para confluir al Pamplonita, río que nace en los cerros de Pamplona, ciudad que hizo suya y a la que consagró sus mejores días; el hecho lustral, simple y profundo de su postrera voluntad, especie de bautismo a la inversa del tiempo, fue cumplido a cabalidad por su hijo Ramón y demás próximos que supieron ver en su propósito, la integración simbólica con los ríos que describen el itinerario geográfico de sus afectos. La coda de la metáfora totalizadora de su existencia no puede ser otra que la del gran Jorge Manrique: “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en el mar / que es el morir”.

A Chinácota se llega por un ramal a mitad de la carretera entre Cúcuta y Pamplona. El poblado se extiende sobre un hermoso valle rodeado de poderosas montañas; el clima es templado, el aire con el suave dulzor

tropical lo acompaña; sus casas, solariegas, tienen fachadas con altas puertas y ventanas por donde se asoma, curioso, el pasado. Favorecida por el clima benigno y el paisaje encantador, la población es centro de atracción turística; producto de esta perspectiva son los nuevos barrios que acrecientan su tendencia urbana; en la entrada al valle se ven numerosas cabañas de recreo, con piscinas y no pocas comodidades. Fue centro de la Provincia de Ricaurte y aglutinó un conjunto de municipios y corregimientos con historia y nombres singulares: Durania, derivado del apellido Durán (por Justo L. Duran, general oriundo de Oiba, aposentado en el lugar y jefe liberal en la guerra de los Mil Días); La Donjuna, corregimiento cuya denominación resulta de la contracción del nombre de Don Juan Antonio Villamizar Gallardo, notable personaje pamplonés del siglo XVIII; Ragonvalia —frontera con Venezuela—, lleva por nombre la sigla telegráfica de Ramón González Valencia, general conservador en la citada guerra, presidente de Colombia en 1910; Herrán, población fronteriza; Villa Sucre, una calle sin pavimentar en la cúspide de una loma en la ruta a Durania; El Diamante, memorable corregimiento donde un día se detuvo definitivamente el tren que iba hacia Pamplona (faltaron 15 kilómetros), como estaba previsto. Y Bochalema que se oculta tras el cerro Pechoevaca, enfrente de Chinácota. Estos dos pueblos, fundados a mediados del XVIII, son los más antiguos de la zona templada en la carretera Pamplona-San José de Cúcuta; su toponimia deriva de tribus que habitaron los respectivos valles, en bohíos circulares de paja, sobre los cuales los curas doctrineros asentaron las parroquias: Fray Agustín Thomas de Villamizar de la Orden de Predicadores, en Chinácota; después vino al poblado el Pbro. Romualdo Villamizar, que trazó las calles y comenzó la construcción del templo. Por su parte, Bochalema, fue fundada en 1759 por el cura español Juan José Villamizar, convertida en Municipio en 1826.

En síntesis, dos vecinas y hermosas regiones nortesantandereanas, de naturaleza benigna y alegre, que en el pasado fueron cafeteras y cuyos ancestros partidistas terminaron por instalar un malsano encono mutuo.

### Los Villamizar

La presencia del apellido Villamizar en el siglo XVII se produce como consecuencia de un proceso genitor singular en Los Santanderes —y en Mérida y en el Táchira—, donde el apellido proliferó para identificarse casi como un distintivo regional. (Se advierte en

los apellidos de los clérigos fundadores de las poblaciones mencionadas). Alguno de sus miembros clasificó anecdóticamente el apellido entre “Villamizar de azúcar y Villamizar de panela”. Pero el historiador local Rafael Eduardo Ángel Mogollón —en su estudio genealógico sobre esta familia— anota que todos los Villamizar son parientes “y provienen de la Villa de Mizar, en la Provincia de León, signatura compuesta por la palabra, mizar, que en árabe significa Velo; el velo con el que se cubren el rostro las mujeres árabes y a través del cual se ven los objetos difusos”.

El primer Villamizar registrado en los archivos de América —no estuvieron en las fundaciones— se llamó Bernardino de Villamizar, nombrado Corregidor “de ese pueblo de Mérida de la villa de San Cristóbal, al cual los vecinos de este pueblo no quisieron recibir ni admitir en el cargo, pareciéndoles que se les había hecho agravio y ofensa en darles por corregidor a este soldado, que además de ser muy mal acondicionado, había cobrado mala fama por haber vivido ociosamente en el reino”. Bernardino aparece de nuevo a principios de 1567 en la Villa de San Cristóbal, pero esta vez fue recibido con el trato de “muy magnífico señor Corregidor de esta Villa”. “Cuarenta años tuvieron que pasar —dice Ángel Mogollón— para que el apellido Villamizar volviera a aparecer”; esta vez lo hizo en Pamplona, entroncado con las familias principales; en 1767, Juan Antonio Villamizar y Peña casó con María Águeda Gallardo y Guerrero, heroína descendiente de Juan del Rincón, uno de los fundadores de Pamplona. El historiador pamplonés dice: “es un error llamar de Villamizar a doña Águeda, no hay documento que así lo testifique, por lo cual debe llamársele María Águeda Gallardo Guerrero, con su verdadero nombre” En el siglo XVII los Villamizar constituyeron parte de la élite económica local, y más tarde desempeñaron papel preponderante en la lucha por la Independencia; de antigua data sus descendientes se han identificado con fuerte tendencia liberal, lo cual lleva a concluir que en la ideología independentista y republicana puede encontrarse el origen de esta colectividad política colombiana. La familia tuvo en la época colonial y la Independencia miembros destacados en la iglesia —en el claustro universitario en Santa Fe—, la política y la economía. Varios nombres sobresalen en distintas épocas: Don Juan Antonio Villamizar y Pinedo, don Juan Antonio Villamizar y Peña, don Juan Antonio Villamizar Gallardo, decisivos en la historia política regional.

Eduardo Ángel Mogollón. *Los Villamizar*. Revista de la Academia de Historia de Norte de Santander.

Comunidades afines en el relato cotidiano, donde lo legendario y lo fantástico conviven en cuentos y leyendas que proliferan en su entorno urbano y rural: Chinácota con la fábula del tesoro de Alfinger y la leyenda del Cerro de la Vieja (cerro con un abrupto farallón que anuncia tempestades cuando se ve envuelto en niebla). Bochalema, rival de su

vecina en antiguas épocas, igual con rica vena imaginativa, sus historias de tigres subterráneos, pasadizos secretos y cuevas prehistóricas. Cúmulo de relatos que las antiguas generaciones transmitieron a sus descendientes, y, naturalmente, debieron llegar al joven Villamizar, despierto y ávido de información.

De Chinácota era Biófilo Panclasta, personaje singular de nuestra historia, de características novelescas. Nació en las postrimerías del siglo XIX, con el nombre de Vicente Ramón Lizcano. Sin duda luchador internacional de las causas libertarias, recorrió Europa bajo la influencia del movimiento anarquista; cambió su nombre de pila por el de Panclasta, cuya etimología significa “enemigo de todo” y en la década del cuarenta, ya anciano, luego de cumplir su correría revolucionaria por el mundo, regresó a su tierra. A la entrada del pueblo se encontró con Honorio Mora Sánchez, el cronista local, a quien hizo el relato de su vida extraordinaria; el cronista, impresionado por la aventura formidable, la transcribió y publicó en su libro *Crónicas y Leyendas*. Biófilo recorrió países de América Latina y Europa, llevando en alto la llama de la libertad, en lucha permanente contra dictaduras y malos gobiernos; padeció persecución y cadenas en sinnúmero de presidios, incluyendo las mazmorras de Siberia; se sabe que participó en acontecimientos históricos mundiales y conoció personalidades de la época: Lenin, el Zar de Rusia, Ravachol, etc.

Contaba que en Sorrento visitó al escritor Máximo Gorki, y mientras caminaban por la playa, Panclasta se agachó para liberar un cangrejo que luchaba aprisionado entre dos piedras; el escritor ruso, conmovido por el gesto del anarquista “enemigo de todo”, le dijo: “¡Debías llamarte Biófilo, amigo de la vida!”. Desde entonces el chinacotero universal adoptó para sí el nombre de Biófilo Panclasta y con ello selló la paradoja de su nombre extraordinario.<sup>4</sup> (En los últimos años la figura de Panclasta ha despertado interés de estudiosos y escritores colombianos; hay varios títulos sobre pensamiento y vida de este personaje único).

Personajes notables de Chinácota (médicos, juriconsultos, docentes, artistas, periodistas, intelectuales), han sobresalido en diversos campos de la acción y del saber. Valga mencionar algunos: Juan Mendoza Vega, neurólogo, periodista; los sacerdotes jesuitas Manuel Briceño Jáuregui y su hermano Juan José, el primero ilustre letrado, musicólogo el segundo; el Médico Mario Eduardo Mejía Díaz; Gustavo Colmenares Espinoza, literato, profesor, docente; Bonifacio Jaimés, memorable profesor de

educación física; Miguel Páez, musicólogo; Gregorio Alfonso Rodríguez Galvis, notable juriconsulto, amigo y discípulo de Jorge Eliécer Gaitán (en su visita al pueblo, el caudillo liberal divisó en la plaza al Dr. Gregorio Alfonso Rodríguez y de inmediato bajó del balcón a saludar con un abrazo a su antiguo amigo y discípulo); Demetrio Jiménez, notable artista plástico; Álvaro y Mario Villamizar Suárez, abogado y académico el primero, economista e historiador el segundo; Ernesto y Antonio Villamizar Daza, ilustres pedagogos, ex secretario de educación de Bogotá el primero, letrado y docente el segundo; Luis Fernando Velandia, respetado profesor en Pamplona, maestro de varias generaciones; César Darío Gómez, abogado; los hermanos Leiva, profesionales: médicos, arquitectos (Eduardo, Alfonso, Marcos, Armando, Oscar y la única mujer, Martha, graduada en Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana, residente en Canadá; el magistrado Alberto Rodríguez Hernández, abogado y literato de fina sensibilidad, discípulo de Jorge Eliécer Gaitán; Manuel Waldo Carrero Becerra, autor de estupendos trabajos historiográficos sobre su patria chica; Honorio Mora Sánchez, inolvidable cronista del solar nativo, y tantas más figuras entre las cuales sobresale nuestro personaje.

El ferrocarril de Cúcuta en su ruta Sur conectaba municipios y corregimientos cuya vida crecía en torno a la vía férrea; había una estación de tren a la entrada de cada ramal; a las puertas de Chinácota había dos estaciones, en los corregimientos El Diamante y La Donjuana. El tren recogía a su paso productos de la región (café, plátanos, panela); para ir a Cúcuta, los chinacoteros tomaban el tren en La Donjuana, que hacía el trayecto de 37 kilómetros hasta la capital del departamento. El tren desapareció a finales de la década del 30, durante el gobierno del presidente Pedro Nel Ospina y fue remplazado por la carretera, el nuevo negocio del transporte terrestre, que terminó con la esperanza del tren que iba hasta Pamplona y de allí al río Magdalena para dar salida al sempiterno aislamiento de una región encerrada en los límites insalvables de su destino geográfico. La imagen trunca del ferrocarril —aquí y allá se ven vestigios— resume esta otra frustración de los anhelos regionales.

Eduardo Villamizar Lamus nació a comienzos de la década del 30, en los años que prometían ser venturosos, con el advenimiento del liberalismo que prometía cambios sustanciales en un país que hacía tiempos reclamaba el ingreso a la modernidad. Había terminado la hegemonía

conservadora, después de cuarenta y cuatro años en el poder, de 1886 a 1930; largo período en que la contraparte, el partido liberal, no pudo obtener acceso al gobierno ni mediante elecciones ni mediante la guerra, es decir ni por las buenas ni por las malas; los partidos en el poder excluían al adversario de cualquier participación en el gobierno; la radical discriminación duró hasta la instauración del Frente Nacional, política transitoria que hacía obligatoria la alternancia en el gobierno y la paridad en los puestos públicos.

La elección del liberal Enrique “el Mono” Olaya Herrera, en 1930, pudo lograrse mediante alianza con el sector menos recalcitrante del partido conservador; el nuevo gobierno prometió progreso, una salida al oscuro período hegemónico de guerras, pobreza, saqueo y atraso en que estuvo sumergido al país.

La nueva era de esperanza coincidió con los primeros años de Chato; pero poco duró el optimismo; la violencia consuetudinaria se desató otra vez por campos, pueblos y veredas, por causa de la retaliación liberal. En la vecina Bochalema, dieron muerte a un cura y en las elecciones de Chinácota en 1933 —año de su nacimiento— se produjo una matanza, cuyo informe sangriento transcribimos a continuación, como retrato de lo que ocurría en las elecciones de los pueblos colombianos, con la acostumbrada mezcla de premeditación, sevicia, maldad, estupidez, alcohol y fanatismo.

#### Matanza en las elecciones de Chinácota

La noche del 5 de febrero de 1933, víspera de elecciones para diputados, llegaron a Chinácota muchos camiones cargados de campesinos procedentes de Bochalema y de Durania, al mando de Cristóbal Mendoza, Lisandro Maldonado y Escipión Álvarez. También llegaron de los corregimientos de Los Vados, de Carrillo y Santa Elena otros comandados por Luis Acevedo y Julio Ortiz, éste corregidor de Los Vados.

Antes de las elecciones el directorio liberal de Chinácota había dispuesto que sus electores concurrirían a las urnas con una divisa consistente en una cinta blanca en cuyo centro iba en rojo el sello del Directorio, bien visible para su diferenciación. Cuando los campesinos conservadores vieron al otro día la insignia, se pusieron temerosos, pues de tal identificación dedujeron que los que no la llevaran podrían ser rechazados en las urnas y atacados. Ante el temor de que algo inusitado podría acontecer, al estar desde las siete de la mañana llena la plaza principal, tanto de conservadores como de liberales encintados, el jefe conservador Justo Puerto recogió a todos sus copartidarios y los condujo a un solar grande de la calle tercera denominada “Antonia Santos”, a media cuadra de la plaza de concentración.

## Ámbito Primigenio

Aún no se habían abierto las mesas de votación cuando enfrente de la cárcel el liberal José María Peña le hizo un disparo al conservador Teófilo Fuentes. Al oírse este disparo se hizo presente en la plaza el comandante de la Policía de apellido Aguirre con sus agentes y dos piquetes más de guardas del resguardo de rentas, penetrando en ella por el costado occidental, en el que se situaron, y después de replegarse se tendieron y empezaron a disparar sobre los grupos que ocupaban el costado oriental de la plaza, sin darse cuenta de que eran todos liberales, ya por la distancia que les impedía distinguir las cintas o porque estaban ebrios, pues se sabía que habían estado libando copas toda la noche en sus cuarteles respectivos.

Fue así como eliminaron a gran número de electores liberales equivocadamente, toda vez que esa suerte estaba reservada a los conservadores. Estos se hallaban reunidos en el solar mencionado con su jefe Puerto, y al oír el tiroteo huyeron desprovistos y regresaron a toda carrera a sus casas de campo.

*Síntesis del relato de Guillermo Solano Benítez. 50 años de vida nortesantandereana.*

La violencia pareciera no interrumpir del todo el mundo imaginario de la infancia; entre balas e incendios, los pequeños siguen con sus juegos, donde imitan la guerra de los adultos, que es de verdad; pero los pequeños gritan ¡plomo! Y apenas si disparan con sus dedos, mientras con la boca chasquean el ruido de las balas, y convierten la casa abandonada en un castillo, la ventana agujereada en un mirador de estrellas, con el papel de la sentencia mortal hacen un barco y un avión con el sufragio que cae por los aires, entre el ambiente atroz, cargado de zozobra y amenaza.

A pesar del ambiente descrito, sus primeros años transcurrieron como los de cualquier muchacho de su edad, con derecho a la felicidad de toda infancia, el derecho al juego que tiene todo infante; en su memoria quedó de todos modos, en trazos felices, el paisaje de acuarela de su pueblo, de sus montañas y quebradas, de zambullidas en los pozos de aguas cristalinas, de los caminos para recorrer, tapias para saltar y coger frutas, árboles para trepar y colgar columpios, etc; y el ámbito maternal de la Calle de Atrás, el escenario donde nació, creció, fue llamado Eduardo, sobre todo Chato desde la cuna y para el resto de sus días. “No importa que nazcan chatos con tal de que respiren bien”, decía él en uno de sus refranes predilectos.

Sus padres, Carlos Julio Villamizar Girón y Mary Lamus Girón se casaron en la iglesia de Chinácota, en 1928; la unión acercó todavía más a dos vertientes notables: los Villamizar de Chinácota y los Lamus de

Bochalema, apellidos ampliamente ramificados y muy propios de la región, de los cuales el historiador pamplonés, Rafael Eduardo Ángel Mogollón hizo estudios genealógicos:

Carlos Julio, chinacotero, empleado judicial durante toda su vida, de curiosas y picarescas anécdotas en la ciudad de Pamplona, simpático y dicharachero, condecorado de intrínquilis, Alcalde de la ciudad, hijo de Carlos Villamizar Guerrero y Elvia Girón Jiménez: nieto de Calixto Villamizar y Salomé Guerrero; bisnieto de Juan de Dios Villamizar Barrios y Bartolomea Villamizar Pabón; tataranieta de Silvestre Villamizar Flórez y Petronila Barrios: chozno de José Alfonso Villamizar y Peña y de Gertrudis Flórez; bichocho del Capitán Juan Antonio de Villamizar y Pinedo y Beatriz de la Peña Cervela y González Marmolejo. Mary y Carlos Julio son los padres de:

Jaime “Faraón” Villamizar Lamus(+), pamplonés, bachiller del San José de Pamplona, odontólogo de la Universidad Nacional, Oficial asimilado a los servicios del ejército de Colombia, Rector encargado de la Universidad de San Martín de Bogotá, casado con Mercedes Bonilla, hija del abogado santandereano Aníbal Bonilla y de Blanca Ramírez Villamizar, padres de María Carolina y María Margarita Villamizar Bonilla.

Eduardo “Chato” Villamizar Lamus(+), bachiller del Colegio San José de Pamplona, odontólogo de la Universidad Nacional, dedicado tenazmente a colaborar al presbítero José Rafael Faría en la tarea de fundar la Universidad de Pamplona, de la cual fue rector varias veces, casó con Isabel Teresa Maldonado Pérez, con descendencia.

Alfonso “Mono” Villamizar Lamus(+), bachiller del mismo colegio, médico de la Universidad de Antioquia, Medellín, ciudad donde ejerció algunos años; vivió en Estados Unidos, estuvo vinculado a la Fuerza Aérea de ese país en el grado asimilado de coronel, para venir a residir finalmente en su tierra natal. Casó con Amparo Ibarra Niño, catedrática universitaria en la asignatura de inglés, hija de Don Rafael Ibarra y Doña Cruz Delina de Ibarra, matrimonio del cual son hijos Carlos Rafael y Adriana Villamizar Ibarra.

Gilberto “Palillo” Villamizar Lamus, ingeniero agrónomo de la Universidad Nacional, funcionario del INCORA durante mucho tiempo en Florencia, Caquetá, entidad en la cual se jubiló; con estudios de Derecho en la Universidad Libre de Cúcuta, casado con la odontóloga huilense Gladys Garzón Rivas, unión de la cual son hijos

Gladys Eugenia, Carlos Gilberto y Oscar Eduardo Villamizar Garzón. Luis Carlos Villamizar Lamus “Pitaos”, pamplonés, con estudios universitarios en Medellín donde graduó como zootecnista, Profesor del ISER y de la Universidad de Pamplona en Tecnología de Alimentos, soltero. Elvia Victoria (+), esposa del artista pamplonés del tiple y la guitarra Rodrigo Mantilla (+), sin descendencia. Luz Mary Villamizar Lamus, enfermera, soltera. María Cristina Villamizar Lamus (+), dietista y nutricionista.

Varios hitos en la historia de Chinácota identifican el poblado: la muerte del conquistador alemán Ambrosio Alfinger, acaecida en sus predios a manos de los chinácotas, nativos habitantes de origen muisca, que en lucha por la defensa de su territorio dieron muerte al tudesco con flecha envenenada cuando comandaba la llamada Expedición de Venezuela, concesión hecha por Carlos V a la Casa de los Wesler, empresarios alemanes.

Otro hito local lo constituye la firma del Tratado de Paz (en el país se firmaron tres tratados) que puso fin al conflicto entre liberales y conservadores en la guerra civil de los Mil Días, enfrentamiento que duró tres años y dejó más de cien mil muertos. El tratado de Chinácota se protocolizó el 3 de diciembre de 1902, con las firmas de los generales Ramón González Valencia, del ejército conservador, y Ricardo Jaramillo y Ricardo Tirado Macías del ejército liberal. Más de una vez los ejércitos en contienda pasaron por la población y en sus goteras libraron no pocas de sus peripecias sangrientas.

Las guerras civiles de Colombia —en especial la de los Mil Días—, aparte de sus numerosas víctimas y consecuencias sociales, económicas, políticas, etc., originaron en el ambiente familiar colombiano un anecdotario de acciones, algunas magnificadas por el sentimiento y la distancia, otras, verdaderos relatos épicos que contribuyeron a formar la memoria mítica que marcó por tradición a las generaciones que recibieron su influencia. La verdad es que el conflicto sumió el país en la barbarie; principalmenté en Santander (formado entonces por los dos departamentos actuales), escenario de la guerra en su primera y más sangrienta etapa.

Los abuelos de Eduardo Villamizar Lamus participaron en el bando liberal durante el conflicto armado; no era extraño que en las familias hubieran parientes del partido opuesto, como era el caso del su tío político, el coronel Protasio Conde, militar de carrera, conservador,

esposo de su tía abuela Victoria Girón Jiménez; (el coronel Protasio, hermano del general David Conde, del que hablamos arriba, el mismo que con quinientos hombres atacó la avanzada liberal que pernoctaba en la finca Buenos Aires, en las afueras de Chinácota).

Álvaro Villamizar Suárez revela que la familia de su padre, Carlos Julio Villamizar Guerrero — abuelo de Chato—, fue originariamente conservadora; esta filiación puede constatarse en uno de sus miembros, Filemón Villamizar, en la relación de hombres a su mando que hace el general conservador Henrique Arboleda en su libro *Palonegro*, donde Filemón, hermano de don Carlos J., aparece adscrito a las filas gobiernistas: “Filemón Villamizar; 20 años; subteniente del Escuadrón Sucre”.

Pero en<sup>7</sup> el sentir político de Eduardo Villamizar Lamus el espíritu de sus antepasados liberales primó sobre toda otra tendencia; en las noches tibias de Chinácota, con el croar de las ranas al fondo de los charcos, el incesante sonar de grillos y chicharras, en medo del aire cargado con el olor de los trapiches, el muchacho debió de recibir la influencia decisiva del relato guerrero de sus abuelos; él pertenecía a la tercera generación que siguió a la guerra de los Mil Días, y el mito familiar fue referente esencial de sus vivencias.

Un registro puntual de la participación de sus mayores en la guerra se encuentra en el libro *Historia de un soldado de la Guerra de los Mil Días*, de Ciro Castilla Jácome, en la sección titulada Jefes de Batallones, fechado a comienzos del conflicto: “Batallón Volante de Chinácota, Jefe coronel Manuel Valero Romero; Segundo Jefe, Mayor Eusebio Mora; Ayudante, Mayor Carlos Julio Villamizar Guerrero”. En el mismo capítulo se encuentra la mención de otro abuelo: “Batallón Bochalema, Jefe, General Gumersindo Cáceres, Segundo Jefe, Coronel Gregorio Peña, Ayudante, Mayor Segundo Lamus Ramírez.

Este abuelo, Segundo Lamus Ramírez, es el baluarte de la otra fuerte presencia liberal de la familia materna: mayor primero, más tarde coronel, combatió junto a Rafael Uribe y fue el patriarca de una ilustre progenie de médicos, abogados, políticos —casi todos masones—, que en la primera mitad del siglo XX desempeñaron importantes cargos públicos en el departamento y el país. Del lado paterno hay que mencionar el curioso empeño del abuelo Carlos Julio Villamizar Guerrero, que durante 43 años gestionó su diploma de coronel de la guerra de los Mil Días, hasta que lo obtuvo finalmente; el veterano

combatiente recibió su diploma con todas las de ley, en letras de estilo. Sin duda el nieto Eduardo heredó de los abuelos rasgos primordiales de tenacidad, audacia, perseverancia y recio carácter.

“Enséñele a su hijo la historia de la guerra de los Mil Días”, le dijo un día, ya en trance de la enfermedad, a su hija María Alejandra, que esperaba a su hijo Lorenzo.

Este deseo vehemente, que mostró a su hija, obliga aquí a acatar su voluntad y hacer un sintético relato de aquella lucha legendaria. El hecho bélico de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX —que él no vivió directamente— persistía con fuerza en su pensamiento. Haremos el resumen histórico del suceso, en buena parte referido a la región, con la idea de que el enfrentamiento que perdió su partido, trazó en la consideración de Chato una lección que debe difundirse; de la guerra al presente suyo transcurrieron tres generaciones: la de sus abuelos, protagonistas directos del conflicto; la de los hijos de estos, es decir sus padres y tíos, que crecieron a la sombra todavía fresca de los acontecimientos, y la suya propia; tres instancias de una secuencia trazada a partir de un conflicto que radicalizó los partidos, dejó heridas abiertas, odios que al menor gesto o palabra brotaban a la superficie con expresiones cargadas de rencor y de venganza: “Aquel es un hijueputa godó”, o viceversa; “a este hijuetantas no lo nombro en ese puesto; a este otro lo hago echar del cargo para que sus hijos se mueran de hambre, etc.”. Durante buena parte del siglo XX la beligerancia continuó y las gentes se mataban con facilidad extraordinaria, o se enemistaban para siempre; tiempos caracterizados por la aplicación cotidiana de preceptos intransigentes, patriarcales, en la casa y en la escuela, donde regía el método “de la enseñanza con sangre entra”; él lo padeció en carne propia pero no lo aplicó a los suyos ni lo aceptó en los demás. Hasta el final, eso sí, llevó con el orgullo de su promoción el grueso anillo de grado, una piedra roja como un coágulo que en el límite de la exasperación llegó a descargar un par de veces en la cabeza de su hijo Ramón Eduardo.

En la tercera generación persistía la fe partidista, pero sus miembros ya habían aprendido a convivir con el contrario; en el fondo los seguían separando los “odios heredados”, pero ya francamente desvaídos, más como eco obligatorio; él, en el ejercicio de sus cargos directivos, nunca persiguió a nadie por sus ideas, y al referirse al “adversario” tradicional lo hacía con ironía y humor, con viejas palabras y expresiones para acentuar

la broma sangrienta; (Chato —liberal rojo coágulo— y Pedro Nel Santafé —conservador azul Gramalote—, colegas de la Universidad, se encontraban en el café y cruzaban consuetudinarias bromas políticas que apuntaban al pasado radical de los partidos, en cuyo fondo básico aun palpitaban sentimientos partidistas, fantasmas de un ayer que les exigía pleitesía so pena de “cometer traición”).

En el siglo XX el liberalismo descartó definitivamente la guerra como medio de acceder a las reformas; adoptó la paz como valor esencial y retornó a su tendencia civilista; lecciones que Eduardo Villamizar Lamus acató y quiso transmitir a sus descendientes, sobre todo en lo referente a la mítica guerra, que no ignoraran el compromiso de su abuelo con el meollo histórico de su partido.

## La Guerra de los Mil Días

El 3 de febrero de 1899 las tropas del ejército liberal, de paso para Cúcuta, acamparon en Chinácota; venían de protagonizar el combate de la Puerta del Sol, librado días antes en las calles de Bucaramanga, desastre del liberalismo, comandado por el general antioqueño Rafael Uribe Uribe.

Allí pereció<sup>8</sup> una buena parte de la juventud liberal, estudiantes de colegios y universidades bogotanas, que decidieron dejar las aulas y empuñar las armas contra la dictadura de la Regeneración de Núñez, cuyo Partido Nacional (integrado por los conservadores y un sector de liberales llamados Independientes) hacía quince años se había enquistado en el poder con exclusión del liberalismo de toda representación en el Congreso y menos de participación en cargos públicos; igual exclusión se aplicada a los conservadores históricos, que constituían una fracción de oposición al régimen; los derechos individuales habían sido conculcados, coartada la libertad de prensa, negado el libre derecho al ejercicio electoral, instaurada la persecución implacable a los opositores al régimen con la aplicación sistemática del máximo estatuto represivo denominado entonces *La ley de los caballos*. La juventud ilustrada, por naturaleza susceptible a asumir causas políticas justas, respondió a ello con firmeza y acudió a las armas.

La mayoría de los historiadores señalan “la depresión económica de la década de 1890” (la caída de los precios del café, el mal manejo

financiero que afectaba a comerciantes, banqueros, cafeteros), como la causa principal del alzamiento: “Bergquist y Joaquín Tamayo —el segundo historiador colombiano—, han identificado como las causantes de la guerra las condiciones económicas; Tamayo hace énfasis en la inestabilidad monetaria de la era y Bergquist en la crisis de la industria cafetera. Un colombiano que en 1902 escribía para una audiencia norteamericana vio el origen del conflicto en la condición financiera del país: “¿El partido liberal hubiera ido a la guerra si las finanzas se hubieran manejado escrupulosamente y si la riqueza pública no se evaporara día a día en manos de especuladores y de gentes sin conciencia?”.

No hay causas únicas en una guerra, incluso pueden primar las anteriores, como sucedió en Colombia con las confrontaciones de 1875, 1885 y 1895, cuyas motivaciones continuaban vigentes en aquel momento, agravadas con los nuevos hechos; a finales del siglo XIX era evidente que el país avanzaba por los tembladerales de una nueva guerra, al parecer en continuidad de una confrontación sin fin.

Dos sectores disputaban en el partido liberal: los pacifistas, con Aquileo Parra a la cabeza, presidente del Directorio, partidario de la vía civilista como medio para conseguir las reformas —de las que habían conseguido algunas, menos la más sensible: la reforma electoral—, y los llamados “guerreristas” liderados por Uribe, que planteaban la imposibilidad de enfrentar al gobierno dictatorial de la Restauración por medio distinto al de las armas; sin embargo, los liberales, dado el caso, aceptaban el camino de la guerra pero no aprobaban el levantamiento prematuro que se anunciaba en Santander, por una razón muy simple: se encontraban en desventaja, sin armas ni preparación, lo que prometía segura derrota. Se acordó por unanimidad que el Directorio Liberal de Santander presidido por el médico Paulo Emilio Villar daría la orden para el levantamiento, una vez esta fuera aprobada por la Dirección.

No ocurrió así; las regiones cafeteras —Santander, Cundinamarca, Tolima—, soportaban agudamente la crisis del café y el tambor de la guerra sonaba con ahínco en sus oídos; sin acatar lo acordado en Bogotá, Villar dio la orden y en la media noche del 17 de octubre de 1899, en la hacienda “La Peña” de El Socorro, el general Juan Francisco Gómez Pinzón se pronunció: la bandera de la revuelta fue izada y el país quedó en pie de lucha.<sup>10</sup>

La impaciencia<sup>1</sup> desbordó los ánimos; nada pudo hacer el Directorio

Nacional para impedirlo; desatada la revuelta, no hubo más alternativa que sumarse a ella; factor preponderante que incitó a la guerra fue la invasión a Venezuela, comandada por Cipriano Castro, el general venezolano que organizó la invasión en Cúcuta y llegó triunfante a Caracas donde derrocó a Andrade y asumió el poder. Cipriano Castro se presentaba como adalid de la causa liberal de América Latina, y los liberales colombianos esperaban que proporcionaría armas a su lucha; la expectativa atizó los ánimos de los revolucionarios, que apresuraron las acciones.

Los augurios del levantamiento no eran buenos: el ejército liberal marchaba a enfrentarse en inferioridad de condiciones con un ejército regular, numeroso y bien armado, dirigido por militares profesionales, algunos egresados de academias militares europeas.

Los liberales buscaron que los conservadores históricos, opuestos al gobierno, se sumaran a la causa, o al menos que permanecieran neutrales; pero una vez rotos los fuegos muchos volvieron a sus toldas originarias –como el general González Valencia–; aunque buena parte permaneció en la expectativa, el gobierno aprovechó la coyuntura para impulsar la guerra como si fuera el enfrentamiento único entre los dos partidos, y en buena medida consiguió el alineamiento. Con su soberbia habitual los mandos gobiernistas dieron por descontado que en un mes aplastarían la revuelta; “el hecho de que el liberalismo hubiera podido montar una revolución contra el gobierno por casi tres años, sugiere fuerza considerable”.

A lo largo y ancho de<sup>12</sup> país los pronunciamientos bélicos no se hicieron esperar; en La Cuchilla, en Bochalema, se alzó Benjamín Herrera, uno de los principales jefes; en Arboledas se pronunció el general Olegario Ortiz; en Cáchira, el general Justo Leónidas Durán, otro jefe notable; los primeros combates se sucedieron con las derrotas previsibles de las fuerzas insurrectas; una flotilla comandada por fuerzas liberales provenientes de Barranquilla buscó apoderarse del río Magdalena, la principal vía del país y único medio de contacto con el exterior; el combate naval sucedió el 24 de octubre, en Los Obispos, cerca de Gamarra, y los insurgentes cayeron derrotados ante las fuerzas del gobierno; en Piedecuesta, en cambio, triunfó el liberalismo; igual en Cúcuta, cuya plaza fue tomada por el ejército del general Benjamín Herrera; en Nocaima fue muerto el brillante general liberal Zenón Figueredo; en el asalto de Bucaramanga, el 11 de noviembre, registrado

arriba, “hubo derroche de valor y temeridad de parte y parte, un combate épico que duró cuarenta y ocho horas y en el cual quedaron tendidos en el campo de batalla más de mil muertos; de allí salieron heridos Uribe Uribe y otros jefes del ejército liberal”.

Las fuerzas que quedaron, comandadas por el general Uribe Uribe, arribaron a Chinácota la noche del 3 de febrero de 1899 y acamparon allí de paso para Cúcuta. (Días antes, una avanzada liberal al mando del médico Rodolfo Rueda, que pernoctaba en Buenos Aires, finca en las afueras, fue atacada por el general conservador David Conde al mando de quinientos hombres, que incendiaron la casa y una vez la gente afuera la balearon sin piedad). El general Benjamín Herrera vino de Cúcuta y dio la bienvenida a Uribe Uribe. Cuatro prominentes jefes de la guerra se encontraban en aquel momento en Chinácota: el general conservador Ramón González Valencia, en su Hacienda Iscalá, y los generales liberales Rafael Uribe Uribe, Justo Leónidas Durán y Benjamín Herrera Cortés.

En la plaza de Cúcuta los ejércitos de Uribe Uribe, de Herrera y Durán, se fortificaron en número de 5 000; en los días siguientes fueron engrosados “por gentes que vinieron de La Troja (hoy Durania) y de Bochalema, los coroneles Carlos Vásquez Romero, Federico Castellanos, Rafael Ariza, Gumersindo Cáceres, Jesús María Lamus Ramírez y su hermano Segundo Lamus Ramírez; de Chinácota Leandro Cuberos Niño, Manuel y José Antonio Valero Romero y de Pamplona el general Benito Hernández Espinosa, quien comandaba la 1ª División del ejército de Herrera, Basilio y Carlos Villamizar Mendoza”.

Las fuerzas rebeldes acantonadas en Cúcuta emprendieron la marcha; el plan consistía en avanzar sobre Bucaramanga y alcanzar de allí la capital de la República; pero a la altura de la Hacienda La Laja, sobre el río Peralonso, en el camino a Salazar de las Palmas, salieron al paso las fuerzas conservadoras, en número de 8 000 hombres, comandados por el general Vicente Villamizar Jaimes, secundado por Ramón González Valencia; se trenzaron en un combate que duró del 15 a 17 de diciembre de 1899.

El general Benjamín Herrera cayó herido en una pierna; para las fuerzas liberales era imperativo cruzar el puente sobre el río Peralonso, resguardado del otro lado por un paredón convertido en trinchera inexpugnable; cuando todo parecía perdido, el general Uribe Uribe pidió diez voluntarios y con ellos se lanzó a atravesar el puente, en acción

sorpresiva que al parecer desconcertó al enemigo, confiado como estaba en su posición de ventaja y superioridad numérica; ganado el puente, el grueso de la tropa liberal se lanzó sobre el enemigo, que tras el imprevisto ataque huyó en desbandada.

En las tropas gobiernistas cundió el desorden; tras la retirada general quedaron en manos de los liberales armas, pertrechos, bestias, prisioneros, en cantidad suficiente para considerar la debacle conservadora como el primer gran triunfo de la revolución. La noticia llegó a la capital, corrió por el resto del país y promovió el alborozo general. Los generales conservadores se inculparon entre sí por la derrota y el descalabro levantó una polvareda de acusaciones mutuas; el general Ramón González Valencia acusó al general Vicente Villamizar Jaimes, a quien formuló cargos por abandono de la comandancia general y desidia militar; pero alguien vio sobre la mesa del general Villamizar un telegrama, enviado por el Ministro de Guerra, general José Santos, que decía: “Reservado y Urgentísimo. General Villamizar. El Salado o donde se halle. Permanezca a la defensiva. Retírese hasta Pamplona. Deje pasar revolución. Gobierno necesita prolongar estado de cosas, fin circular emisiones, salvar causa. Destruya. Firmado: José Santos”. Dos días después de conocerse el contenido del telegrama, el ministro Santos fue destituido.

Escuché de Manuel Valdivieso Guerrero el siguiente relato, que a su vez oyó de su padre, partícipe directo en los hechos; un relato que puede considerarse resumen de la derrota conservadora y del triunfo liberal: el coronel —luego general— Manuel María Valdivieso Valencia, en su huía de la derrota de Peralonso al mando de un piquete volante, desmontaron en una tienda en el parque Santander de Cúcuta (en lo que después sería el Salón Blanco, Av. 6ª con calle 10), con el ánimo de tomarse algún refresco; en esas estaban cuando al lugar arribó un hombre armado de filoso machete, que procedió a cortar los lazos que ataban las bestias y las ahuyentó a planazos; sin pensarlo dos veces el coronel y sus acompañantes tomaron precipitadamente el camino de Pamplona; en la huida el coronel perdió un zapato, que tuvo que dejar entre el barro del camino sin tiempo para recogerlo. En el sitio de Los Patios apostó varios hombres para que cuidaran su retaguardia; repitió la operación más adelante, en La Garita, luego en La Donjuana, después en El Diamante y por último apostó los hombres que le quedaban en Pamplonita, y, finalmente, llegar al destino sano y salvo.

Pero al coronel no lo perseguía nadie; el ejército liberal, después del

triumfo de Peralonso, no persiguió al enemigo diezmado, sino que lo dejó escapar hacia Pamplona, donde recuperó fuerzas y se organizó de nuevo. Entretanto en Cúcuta el general Uribe Uribe propuso al gobierno de Sanclemente una negociación de paz, que fue negada.

Cinco meses esperó el ejército rebelde en Cúcuta, bajo la jefatura de Gabriel Vargas Santos, de 70 años, general de gran prestigio, obtenido en las campañas de su juventud; nacido en Charalá, el anciano general había participado en varias guerras civiles, antes de retirarse a su hacienda de los Llanos, donde se encontraba disfrutando de una vejez bucólica, cuando fue convencido por el general Uribe Uribe para que asumiera el mando supremo del ejército rebelde.

Se consideraba que su figura patriarcal no ofrecería resistencia, y daría unidad de mando a las fuerzas insurgentes; pero pronto afloraron resquemores, roces en los mandos, especialmente entre Vargas Santos y Uribe Uribe, uno entrado en años, el otro joven y aguerrido. Durante la larga espera en Cúcuta, el ejército liberal aprovechó seguramente para dar instrucción a las bisonas tropas y apertrecharse con las armas y municiones prometidas por Cipriano Castro (motivo por el que el gobierno de Sanclemente rompió relaciones con el gobierno de Venezuela).

A mediados de abril de 1900 el ejército liberal partió de Cúcuta y emprendió por segunda vez el camino a Bucaramanga, al mando de Vargas Santos, con miras, naturalmente, a la conquista de la capital; bordearon Nueva Pamplona y por el páramo de Santurbán descendieron a las colinas de Palonegro, donde los dos ejércitos se avistaron por primera vez en la distancia;<sup>6</sup>el encuentro era previsible, aunque nunca planeado; acaso se diera en cumplimiento de un designio trágico.

El 8 de mayo la revolución puso un pequeño número de toldos, que aumentó al día siguiente. Sus banderas flamearon en la lejanía, unas blancas con franjas rojas, otras de rojo y amarillo. El día 10, a las tres de tarde, desde la torre de la iglesia de San Laureano, el general Henrique Arboleda, del alto mando militar gobiernista, observó “que la Revolución había acampado sus tropas delante de las casas de Palonegro”; contaban con 8 000 efectivos, mientras las fuerzas del gobierno sumaban 11 000, número que ascendió a 18 000 en los días siguientes. Con las tropas venían mujeres, esposas, amantes, vivanderas; traían comida, cocinaban, recogían del campo de batalla cápsulas para recalzarlas.

El viernes 11 de mayo de 1900, a las tres de la tarde, del lado de los

cafetales de Palonegro, se rompieron los fuegos; al principio eran unos 1 200 hombres, al mando del general Rafael Leal; con la llegada del resto de las fuerzas se generalizó la batalla, a los acordes del himno nacional, interpretado por bandas musicales; los bandos empeñaron en aquel momento la casi totalidad de sus efectivos. La matanza fue general. “Los fuegos cesaron a las once de la noche. Ayer, durante todo el día y la noche oímos aquí las descargas y los cañonazos”.

Los ejércitos estaban integrados por jóvenes entre veinte y treinta, incluso menores de 15, y aún menos; excepto Vargas Santos, con setenta años, los demás generales tenían entre 35 y 40. Carne joven para los cañones; el enfrentamiento duró del 11 al 26 de mayo, quince días con sus noches, en que los ejércitos se destrozaron mutuamente con desnudo; una carnicería sin par en la República. Es fama que los chulos de toda la República acudieron al festín, sobrevolaron el campo cubierto de heridos, de gritos, de gemidos, de cientos de cadáveres de hombres y bestias insepultos; hedor insoportable, balas surcando el aire sin cesar, cargas a machete que mochaban todo cuerpo que saliera al paso, incluyendo a los del mismo bando, pues la cerrada oscuridad de las noches impedía distinguir amigos de enemigos.

Desde las calles de Bucaramanga se observó el combate: una línea de fuego de cinco kilómetros que ondulaba según los avances o retrocesos de la lucha. Para ahorrar munición los jefes ordenaban combates cuerpo a cuerpo, donde la oscuridad obligaba a los combatientes a identificar con el tacto el bando a que pertenecían, los gobiernistas con ropa y los rebeldes sin camisa, así hacían para facilitar el accionar de los machetes; la batalla se centraba en un punto para luego trasladarse a otro; cuando el enfrentamiento se producía en toda la extensión, no faltaron testigos presenciales que expresaron admiración por la línea de fuego, las luces que dibujaban en la noche centellas de fatua y trágica belleza. La táctica defensiva del mando gobiernista consistía en “no dejar pasar”, esta era la consigna; mientras la situación se mantuviera de este modo, podían considerarse vencedores; pero el día 13, la revolución desbarató la táctica enemiga y con formidable arremetida acorraló a las fuerzas gobiernistas, que estuvieron a punto de declararse derrotadas; los salvaron las divisiones que llegaron de refuerzo y equilibraron las acciones; pero el general Próspero Pinzón declaró que el día 13 de mayo sintió en carne propia la derrota.

Próspero Pinzón era un boyacense de camándula y misa diaria, santo

oficio que hacía celebrar en el campo de batalla; marrullero, valiente, entregado, parecía un pertinaz obrero de la guerra; inculcó en sus tropas la idea de que la lucha era una causa santa, en defensa de la religión católica, amenazada por los ateos liberales; poseía gran habilidad retórica y la aplicaba en sus arengas, mezclando en ellas frases lapidarias: “De aquí no me muevo”. “No doy un paso atrás”. “Aquí me muero; los que quieran acompañarme quédense conmigo”. “Dios está con nosotros”. Fue Pinzón quien pronunció la frase que expresó el drama vivido por los bandos en el campo de batalla: “¡Empujen, muchachos, para que se acabe esto!”.

Acabó el 26 de mayo; a partir del 15 del mismo mes, cuando el combate llegó a su punto más encarnizado, las acciones empezaron a decaer y con los días se tornaron esporádicas; pero al revivir de pronto retomaban la fuerza de los primeros días. Tras la línea de fuego, en las noches liberales, se oían carcajadas; eran risas largas y crispantes, que tensionaban más los nervios de los soldados del gobierno; al menor disparo o grito de ¡viva la revolución!, estos soltaban a ciegas las descargas; no faltó el alcohol y muchas veces los contrincantes se lanzaron borrachos sobre el enemigo. Pero las tropas se encontraban sin aliento, sin comida ni agua ni mucho menos medicinas, y carecían de municiones; el 26 de mayo, en horas de la noche, Uribe Uribe abandonó el campo de batalla y con los hombres que le quedaban emprendió camino a Ocaña, una marcha calificada por los conocedores como poco menos que imposible. Esta circunstancia de abandono táctico y no de rendición permitió a los liberales considerar que Palonegro significaba una batalla perdida pero no la guerra.

En los siguientes meses la revolución siguió sus acciones en la Costa Atlántica; en el resto del país adquirió forma de guerra de guerrillas. En la campaña librada en Panamá, departamento de Colombia, hubo triunfos liberales, comandados por el General Benjamín Herrera Cortés; el bizarro general derrotó a las fuerzas oficialistas desprestigiadas entre el pueblo panameño por su odiado centralismo; fueron triunfos decisivos que lograron acuerdos de paz honorables para los combatientes. Cuando Herrera se preparaba para realizar la toma final de Ciudad de Panamá y Colón —que pudo significar la toma de aquel departamento por la revolución—, intervinieron los norteamericanos, que ya tenían los ojos puestos en el istmo; fondeados en el golfo esperaban sus buques, cuya presencia presionó la firma de los tratados; el primer pacto de paz se suscribió el 24 de octubre de 1902, en la hacienda Neerlandia, cerca del

\_Ámbito Primigenio\_

Río Magdalena, y fue firmado por los generales Urbano Castellanos, del Gobierno, y Rafael Uribe Uribe, de la insurgencia. El segundo y decisivo se firmó a bordo del buque Almirante Wisconsin, por los generales oficialistas Alfredo Vásquez Cobo y Víctor M. Salazar, y por los rebeldes los generales Lucas Caballero y Eusebio Morales; el de Chinácota —del que arriba hemos hablado—, se firmó el 3 de diciembre de 1902.

## 2

### Primeros Años

Los coroneles Segundo Lamus Ramírez, abuelo materno de Eduardo, y Carlos J. Villamizar Guerrero, abuelo paterno, nacieron en Chinácota y Bochalema, en 1863 y 1870, respectivamente.

Los dos crecieron entre guerras civiles; a temprana edad marcharon a los campos de batalla, igual que sus antepasados, y la mayoría de sus contemporáneos; en las varias contiendas libradas en Colombia durante el siglo XIX, Segundo debió de participar en las de 1885 y 1895; pero fue en la de los Mil Días, bajo las banderas liberales —bordadas por hermosas mujeres, como lo relatan los cronistas—, que uno y otro se jugaron todo por el destino de su partido; ambos, en la contienda, alcanzaron el grado de coroneles. ¿Perdieron? sí, en la medida que no derrocaron la dictadura; y no, en cuanto a que el liberalismo alzado en armas no se rindió; terminada la batalla de Palonegro, considerada el hecho crucial de armas, las fuerzas liberales o, lo que quedó de ellas, se replegaron al norte, a la Costa Atlántica donde continuó la lucha. Sólo los tratados de paz vinieron a poner término a la guerra, al menos nominalmente, pues de la sangrienta confrontación muchos salieron ilesos, aunque ninguno indemne; todos perdieron: hijos, hermanos, padres, amigos, bienes (un hermano de Segundo Lamus, Jorge, murió en el combate del río Peralonso o La Amarilla). El gobierno se enquistó en el poder durante cuarenta y cuatro años, período denominado “la hegemonía conservadora”.

De sus abuelos, el más beligerante en la lucha partidista fue el coronel Segundo Lamus Ramírez; activo militante, consagró su juventud a la defensa de la causa liberal y fue su auténtico soldado; cabalgó por diversos territorios de la región, empuñando la espada de coronel adscrito al Ejército del Norte, al mando del general Rafael Uribe Uribe; junto al caudillo legendario, Segundo participó en varios hechos de armas, como las batallas míticas de Peralonso y Palonegro, acompañó a Uribe Uribe en la campaña de San Cristóbal, Venezuela, misión militar encomendada por Cipriano Castro a su hermano Celestino, gobernador

de Táchira, donde las huestes del general Uribe contribuyeron a propinar una derrota contundente al conservador Rangel Garviras, médico venezolano, asilado en Cúcuta, ciudad desde donde promovió frecuentes invasiones a Cipriano Castro, su perenne enemigo.

Sin duda el contingente al mando de Rafael Uribe Uribe contribuyó a la derrota de Rangel Garviras en San Cristóbal; acción conjunta con los venezolanos, pactada seguramente con el ánimo de asegurar las armas prometidas por Castro a la causa liberal colombiana; el gobierno conservador de Colombia envió tropas a la frontera para apoyar la invasión de Rangel Garviras e impedir el ingreso al país de Uribe Uribe y sus hombres.

En *Las memorias de Heinrich Rode*, se lee: “Castro cortó el acceso de Cúcuta a la costa durante casi tres años, como represalia por la ayuda del gobierno colombiano a Rangel Garviras”.<sup>19</sup>

La proclama enviada por Uribe Uribe a Segundo Lamus, fechada el 4 de julio de 1901, da cuenta de la cercanía que acompañó a estos dos hombres: “Señores Cáceres y Lamus, Bochalema, les anuncio mi llegada con cuantiosos elementos. Antes de 15 días pasaré la frontera con 3 000 hombres por lo menos, bien armados y municionados y con suficiente artillería”.<sup>20</sup>

El otro abuelo, Carlos J. Villamizar, combatió en la guerra de los Mil Días y ya en tiempos de paz gestionó su diploma de coronel, que le fue concedido después de cuarenta y cuatro años de tenaz espera, a cuyo tenor dice: “La Comisión del Escalafón de Antiguos Militares encontró ajustada a la ley 65 de 1937 y disposiciones reglamentarias vigentes, la solicitud de inscripción elevada por Ud. y en consecuencia, dispuso por resolución 2913 de 2 de octubre del año 1939 el escalafón de Ud. en el grado de Coronel”. Vienen firmas.<sup>21</sup>

El singular diploma puso al coronel a la par de Segundo Lamus, quien había fungido como coronel y secretario del general Rafael Uribe Uribe, de quien Don Carlos J. aseveraba haber sido lo mismo.

Pero es que en la vida de los dos coroneles pareció existir un peculiar paralelo, reiterada emulación que tal vez provino con mayor empeño de parte de don Carlos J., unos años menor que su conuñado, al que debió de profesar especial admiración; quizá los dos coroneles sin buscarlo hicieron suya la representación simbólica de la vieja competencia entre sus pueblos respectivos, Chinácota y Bochalema. El paralelo en cuestión se manifestó en varias ocasiones, como cuando don Carlos J. Villamizar,

perteneciente a familia conservadora, cambio de credo y se pasó al liberal, con lo que vino a militar en el partido político de su conuñado Segundo Lamus; obtuvieron los dos grado de mayores en el batallón “Bochalema”, uno, en el Batallón “Chinácota”, el otro; más tarde accedieron al grado de coroneles, y de esta manera, a grandes rasgos empataron el currículum.

Uno y otro cortejaron a dos hermanas: Ana Josefa y Elvia Girón Jiménez; se desposaron con ellas y fueron conuñados; dos de sus respectivos hijos, Carlos Julio y Mary (padres Villamizar Lamus) contrajeron matrimonio y terminaron por ser abuelos de los mismos nietos. Mary, la novia, era hija del Coronel Segundo Lamus y Carlos Julio, el novio, de Carlos J. Villamizar Guerrero; como hijos de Ana Josefa y Elvia, los recién casados eran primos hermanos.

La boda de Carlos Julio y Mary se celebró a finales de los dorados años veinte; el enlace matrimonial unió a los Lamus Girón de Bochalema y Villamizar Girón de Chinácota; aunque ya compartían vínculos, los refrendaban ahora con el nuevo destino común: Villamizar Lamus. Los coroneles Segundo y Carlos J., cerraron así el ciclo simétrico de sus vidas paralelas, que la voluntad o el azar habían juntado. La impronta de los abuelos fue decisiva en la vida de Eduardo: imprimieron en él la fe liberal, la voluntad y el denuedo luchador del abuelo Lamus, el ánimo perseverante, la audacia, la inventiva y la vena imaginativa del abuelo Villamizar Guerrero.

Terminada la guerra civil y vuelta la vida a la rutina hogareña, los dos patriarcas ocuparon distintos cargos y participaron en eventos públicos de los que dan alguna cuenta anales oficiales. En 1910, Segundo Lamus es elegido Personero de Bochalema, con suplencia de Ramón Prada.

El mismo año el coronel Segundo envía un telegrama con motivo de la creación del Departamento Norte de Santander:

Bochalema, julio 14 de 1910.

General Julio Ramírez Berti, Cúcuta. Creación del departamento considerámoslo día de júbilo conducto ustedes participamos gallardo pueblo cucuteño efusivas congratulaciones.

Firmado, Jesús María Lamus, Segundo Lamus, Nicanor Miranda.

En septiembre 5 de 1918, Segundo Lamus reemplaza por 60 días en la alcaldía de Bochalema a Nicanor Miranda, en licencia de este último. En

1930 Segundo Lamus es nombrado Prefecto de Pamplona, ya que el tribunal de lo Contencioso anuló la ordenanza que había suprimido las Prefecturas del Departamento, y el gobernador Luciano Jaramillo dictó el decreto No.448 de 1930, nombrando Prefectos en las cuatro provincias así: Cúcuta: Julio García Herreros, Ocaña: Manuel Lemus Roca, Pamplona: Segundo Lamus R., Ricaurte: José Antonio Valero. Con el fin de atender al pago de estas Prefecturas reabiertas se dictó el Decreto No.408 bis del 28 de septiembre por \$5 040.

Del abuelo Carlos Julio Villamizar Guerrero tenemos los siguientes registros:

En abril de 1907 aparece como secretario de Juan Antonio Becerra, Juez Primero de Chinácota. En 1910 es nombrado Asentista en Chinácota y su hermano Filemón en Bochalema, el primero con 7% sobre ventas, el segundo con 12%.<sup>22</sup>

En el debate electoral para el Concejo de Chinácota, 1927-29, Carlos J. Villamizar es elegido concejal con 360 votos. En 1931, los dos coroneles Carlos J. Villamizar y Segundo Lamus fueron nombrados asentistas por segunda vez, el primero en Chinácota y el otro en Bochalema.

Sobre don Carlos J. Villamizar Guerrero anota Manuel Waldo Carrero Becerra en su libro *Chinácota*: “Don Carlos fue comerciante de Mercancías, especialmente de Licores”.

El doctor Álvaro Villamizar Suárez, hijo mayor de don Carlos J. —de su segundo matrimonio—, dice que su padre tenía la opinión de que “el no haber ganado la guerra trajo ventajas, como fue la de librarse de la condena de tener que ejercer un puesto público sin tener el estímulo de hacer empresa, como él lo hizo”.

Manuel Waldo Carrero, en su libro *Chinácota*, agrega: “Don Carlos J., fue Gerente y tesorero durante muchos años de la Compañía de Alumbrado Eléctrico, empresa de la que mi papá fue promotor y Presidente en la Junta Directiva, prácticamente durante toda su vida; mi papá fue el mayor accionista de la Compañía, los otros eran Ramón González Valencia, Joaquín Camargo, David Conde, Espíritu Santo Morales, Josué Canal y José A. Valero”. “En 1928 mi papá reeligió Gerente y Tesorero a Don Carlos J. Villamizar, después de otros Gerentes, Rafael Lizcano y José Natividad Ortega, a quien la gente llamaba Don José de la Luz”. Álvaro Villamizar Suárez relata que su padre tenía concepciones curiosas y simpáticas; una de ellas consistía en afirmar que a los pequeños no había que decirles la verdad de la realidad doméstica, menos si era

precaria; en la casa donde no había victrola, por ejemplo, había que decirles que el ruido de tales artefactos resultaba fastidioso y ensordecedor; si lo que no había era cicla, se les decía que tales aparatos no dejaban de ser peligrosos, pues una caída podía significar una pierna rota o algo peor; antes que subsanar las carencias había que preservar la salud y seguridad de la familia; si no había nevera—“en mi casa sí había”, aclara Álvaro—, se les advertía a los muchachos que las neveras propagaban gripas y catarros o, peor, bronquitis. Una suma de piadosos pretextos que buscaban no amargar la vida a los pequeños, ni menguar su autoestima.

Ducho conocedor del medio y de sus gentes, a Don Carlos J., no se le podía escapar que el mundo adulto era igual de susceptible a invenciones de varia ficción, aptas para subrayar prestancias. En los comienzos de la segunda década del siglo XX, don Carlos J. Villamizar, su esposa Elvia y sus cuatro hijos, nacidos en Chinácota (Gilberto, Rafael, Ana Teresa y el menor, Carlos Julio, padre Eduardo) se trasladaron a Nueva Pamplona. Era una pequeña ciudad de ambiente sosegado, con su diaria rutina piadosa y comercial, sin mayores contratiempos ni sucesos; los habitantes se conocían entre sí “de toda la vida”; eran amigos, parientes o simplemente paisanos; las familias, numerosas, se distribuían en las parroquias de Santo Domingo, El Carmen, Las Nieves y San Francisco (convento con hermosa capilla colonial, que fuera Seminario Conciliar, antes de ser derribado para construir el actual Hotel Cariongo, a finales de los años 50). Cualquier hecho banal se convertía en noticia. Cuando los Villamizar Girón llegaron a la pequeña ciudad, dijeron que ellos eran los dueños de Puerto Villamizar,<sup>23</sup> cuento que desapareció luego entre la niebla.

La familia vivió en una casa grande, a media cuadra de la iglesia de San Francisco.<sup>24</sup> Los dos hijos mayores debían ingresar al colegio, quizás el motivo principal de su traslado; en Pamplona había dos planteles, el Seminario, de vocaciones sacerdotales, y el Provincial de San José, colegio laico, fundamentado en el siglo XIX por el general Francisco de Paula Santander. El primero, de índole religiosa, podría no ser del interés del padre y los hijos, liberales radicales; sin embargo, su calidad educativa era famosa, sobre todo lo concerniente a disciplina, e idiomas: griego, latín y francés; por aquellos tiempos la filiación política de la familia del aspirante podía constituirse en impedimento o no, para el ingreso a los claustros vocacionales; pero, dado el caso, los Villamizar Girón, liberales, podían contar con la influencia del coronel Protasio Conde, baluarte del

conservatismo local, quien habría podido influir en el ingreso al seminario de sus sobrinos políticos, hijos de Elvia Girón Jiménez, hermana de su esposa Victoria.

Lo cierto es que los jóvenes cursaron bachillerato en Nueva Pamplona y prosiguieron sus estudios superiores con gran éxito en la capital de la República. Gilberto (nacido en 1901), se graduó de abogado en la Universidad del Rosario de Bogotá; Rafael (1904), abogado, egresado de la Universidad Externado de Colombia —padre del abogado y profesor universitario Edgar Villamizar Marulanda— quien colaboró en algunos datos para la presente biografía. Ana Teresa, única mujer, “estudió en los mejores colegios de Pamplona y Bucaramanga”, al decir del mismo Edgar, su sobrino, quien agrega: “Ella casó con Francisco Gaviria y tuvieron a Margarita, que fue la esposa del Dr. Juan Francisco Villarreal, ex gerente de Ecopetrol y Rector de la UIS”. (El parentesco político de Eduardo Villamizar Lamus y el Dr. Juan Francisco Villarreal, Rector de la Universidad Industrial de Santander (UIS), trajo trascendentales beneficios a la Universidad de Pamplona, a través de los acuerdos logrados entre los dos rectores).

Carlos Julio el menor, padre de Eduardo —nacido en Chinácota en 1908—, fue el único de los varones que no entró a la universidad, presumiblemente a causa de la responsabilidad adquirida con su temprano matrimonio; (uno de sus hijos, Gilberto, agrónomo, afirma que su padre “hizo cinco años de derecho, pero no se graduó”; por su parte el sobrino Edgar, nuestra amable fuente, acota que el tío Carlos Julio “estudió varios años medicina”). Lo cierto es que don Carlos Julio se movía con seguridad en el medio judicial, entre tribunales y juzgados, donde adquirió conocimientos de leyes como el que más, incluyendo abogados titulados.

Gilberto, el mayor de los hijos del coronel Carlos J., en Chinácota tuvo fama de dandi; vestía a la moda bonaerense, con peinado gardeliano, un estilo personal que lo hacía sobresalir en el conjunto pueblerino, donde ganó cierta animadversión por “presumido y petulante”; montó cancha de tenis y dio clases de este deporte, un tanto singular para el medio; emprendedor, fundó el salón de cine Gilvilla, donde se proyectaban películas de Chaplin y de otros grandes del cine silente. Lo que tal vez sucedía con Gilberto es que él tenía espíritu ciudadano, de mente urbana, muy abierta a la modernidad.

Con el tiempo los hermanos Villamizar Girón partieron de Chinácota —salvo Carlos Julio— y nunca regresaron; tomaron otros rumbos, se vincularon definitivamente al occidente del país; Gilberto, el abogado y dandi, casó con la dama pereirana Pobreza Vélez (“que de pobreza no tenía más que el nombre”, según el consabido decir); Rafael, abogado notable, casó con doña Inés Marulanda Grillo, dama pereirana; Gilberto murió a los 39 años, de un infarto cardíaco, cuando se desempeñaba como presidente transitorio del Tribunal Superior de Pereira.

Después de algunos años en Nueva Pamplona, el coronel Carlos J. Villamizar Guerrero regresó a Chinácota; “los godos de Pamplona lo sacaron”, afirma su biznieto Edgar Villamizar Marulanda; Elvia, la esposa del coronel, falleció en Chinácota en 1928. Al cabo de algunos años de viudez, don Carlos J., casó con doña Ramoncita Suárez, de Herrán, padres de Álvaro y Mario Villamizar Suárez, prestigiosos profesionales, varias veces citados aquí y muy apreciados en la capital nortesantandereana.<sup>25</sup>

Don Carlos J. Villamizar Guerrero era alto, rubio, apuesto; nació en Chinácota en 1870, donde pasó buena parte de su vida, salvo la mencionada estadía en Pamplona y finalmente en Cúcuta, donde falleció el 1 de enero de 1950. Las fotos existentes dejan ver su esmerado gusto en el vestir; un retrato en la sala de los nietos Villamizar Lamus, lo muestra trajeado con elegancia, lleva sombrero de fieltro de cinta ancha y ala corta, estilo gardeliano. Su esmerado gusto en el vestir provenía, muy seguramente, de su padre, don José Calixto Villamizar Villamizar, que era sastre y por lo tanto experto en la materia; a don José Calixto se le puede observar en otra foto, muy elegante, incluso pareciera que usara monóculo.

Al referirse a su padre Carlos Julio Villamizar Guerrero, su hijo Álvaro dice que era de carácter “rebelde”; algo así como un muchacho díscolo que mostró temprano su talante independiente; a los doce años se marchó de la casa y se internó en la vecina selva del Sarare, por entonces una tupida jungla primigenia; un vasto territorio inexplorado, habitado por fieras y bandidos, que no ofrecía a quien osara penetrar en sus dominios más que riesgos y peligros; los u'wa, antes llamados tunebos —de la región de Tunebia—, eran sus naturales habitantes y se encontraban poco menos que cercanos a la Creación; algunos habían entrado en contacto con misioneros jesuitas (después con las monjas de la Hermana Laura —hoy canonizada—, fundadora de la comunidad

antioqueña, quien visitó la selvática región); nada detuvo al abuelo de Villamizar Lamus y a sus doce años se adentró en aquella geografía inhóspita, celosa de su territorio impenetrable. Es posible conjeturar que el joven Carlos Julio hubiera buscado alistarse en una expedición que diera cobijo a su aventura, como la emprendida por esos días (de 1883), por el general Daniel Hernández, que penetró la región en busca del Camino del Sarare; pero don Carlos J., que se sepa, nunca se refirió a ello, lo que hace suponer que emprendió solo su aventura.

### El camino del Sarare

Fue el proyecto más ambicioso de los pamploneses del siglo XIX y buena parte del siglo XX. La empresa se concibió con el propósito de asegurar e porvenir económico de la región. En 1906, el Dr. Leopoldo Castellanos Hernández, ilustre pamplonés, fundó El Impulsor, semanario destinado a promover la empresa, que como otro sino fatal de la región, padeció incontables contratiempos.

El propósito de lograr la apertura del camino venía de antigua data. En 1776 don Antonio Useche “puso la piedra fundamental en la empresa del camino de Nueva Pamplona a los llanos del Casanare”. La primera noticia de su construcción viene del 4 de febrero de 1787, en tiempos del Virrey José de Espeleta, cuando los gobernadores de Pamplona y de Barinas, Juan A. Villamizar y Pinedo, y Fernando Miyarés González, despacharon sendas comisiones que partiendo una de la primera y la otra de Carmen de Guadualito, debían encontrarse en mitad del camino. Se sabe que la expedición hacia Barinas estaba compuesta por 68 personas distribuidas en grupos de 8 hombres, comandados por el jefe principal don Antonio Useche. Marcharon en 13 canoas que subieron el río Sarare, llevando como Capellán al padre dominico Fray José Mahecha. Desde 1783, por orden del mismo Virrey Espeleta, los vecinos de Nueva Pamplona habían emprendido viaje en busca de la vía. No hay datos sobre el encuentro de estas comisiones ni sabemos si cumplieron su cometido.

En 1847, sesenta y cuatro años más tarde, en tiempos de la Confederación Granadina, por comisión del Gobierno, los geógrafos Agustín Codazzi y Manuel Ancízar recorrieron esta vía hacia Tame y levantaron la carta geográfica de la región. Sin embargo, dicha carta se tachó de deficiente, debido a que los nombrados no penetraron a fondo en dicho territorio. En 1882 el general Daniel Hernández, con un grupo de pamploneses esforzados y valerosos, organizó la expedición que salió de Labateca. El

general, liberal radical, fue pionero en la búsqueda del Camino, proyecto cuyo cometido final consistía en conectar la región con el emporio agropecuario de los Llanos.

Esta visión caballescica del general Hernández parecía la de un tardío hombre de la conquista, que al frente de sus huestes penetró en aquellos inexplorados territorios, no en busca de El Dorado sino del gran camino que los indígenas de Arauca conocían desde antaño, para comunicarse con los valles de Nueva Pamplona y su comarca; Hernández se abrió paso en la espesura y llegó al punto donde se juntan los ríos Margua y Cubugón, que a partir de allí se llama Sarare; el 20 de julio, a orillas del río, fundó Santa Librada, en honor de su esposa que cumplía años ese día. La incursión selvática del general Hernández terminó frente a la serranía insalvable de Las Cortinas. El 27 de julio de 1883, el general fundó en allí la Empresa Camino del Sarare; pero la batalla de La Humareda —en la guerra civil de 1885 contra la dictadura de Rafael Núñez—, cegó su prometedor existencia, una derrota militar que significó el fin de la Constitución Radical de Rionegro y con ella del partido liberal.

En 1886, a un año de la muerte del General Daniel Hernández, los pamploneses reorganizaron la Empresa; el italiano Vicente Frontero y Marco A. Uribe abrieron una nueva vía de la Palma a Padilla para evitar el terrible paso de “Las Cortinas”, en la Cordillera de Piar, donde Daniel Hernández atravesó escarpadísimos cerros.<sup>26</sup>

A corta edad, don Carlos Julio Villamizar Guerrero consiguió sobrevivir a su aventura extrema; experiencia que debió de proporcionarle buenas lecciones en el conocimiento de las leyes de la vida y de su congénere el “homo sapiens”. Sin duda la fama de “rebelde” de don Carlos Julio provino de su renuncia al partido conservador de su familia, decisión que implicó seria ruptura con la tradición y los lazos políticos de sus mayores; pero estos casos de adhesión o transfuguismo no eran infrecuentes en la época; muchos de los que así optaban publicaban su adhesión en los periódicos. Los hijos de don Carlos J., Álvaro y Mario, retomaron el hilo roto por el padre y restauraron la afiliación conservadora en la familia; a su modo esto también los hizo rebeldes, en un acto de legítima voluntad que trasluce firmeza de carácter, fe en sus creencias; todo indica que su progenitor, fiel a los principios liberales, no intervino en la decisión tomada por sus hijos y dejó que ellos eligieran libremente su afiliación, como lo había hecho él en su momento. Gran personaje este don Carlos Julio Villamizar Guerrero.

Otros de sus hermanos, Filemón y Julio Villamizar Guerrero, hacen parte de la crónica de Chinácota y figuran en sus páginas; estos dos hermanos del coronel se desempeñaron en distintos cargos, como asentistas y concejales del municipio. El registro más antiguo de Julio fue su elección como edil (con 190 votos) en los comicios electorales del 14 de noviembre de 1909. Filemón gozó del aprecio de sus coterráneos, y al paso de los años se le conoció como el “ampolletero del pueblo”.<sup>27</sup>

“Filemón vivió la Cra. 5ª. No. 6-03, en la Calle de Atrás, donde vivía la élite del pueblo, casado con María Daza, padres de Elvina, Jesusa y Carmen, esposa de mi tío Jorge Becerra y los ilustres pedagogos Antonio y Ernesto Villamizar Daza. Elvina, casada con el abogado José Francisco Lobelo”,<sup>28</sup> padres del condiscípulo y amigo Roberto Lobelo Villamizar.

En los relatos de Chinácota es famosa la anécdota de don Julio Villamizar (en la familia hubo dos hermanos de nombre Julio) “que tuvo la mala idea de dejar una libreta con los nombres anotados de las mujeres que habían estado con él (posiblemente como Juan Vicente Gómez, para verificar posibles hijos); su viuda, la tía Celmira, la descubrió después de su muerte”.<sup>29</sup> el salaz pariente era tío de Álvaro Villamizar Suárez, que asegura que “eso no se debe hacer”.

En cuanto al coronel Segundo Lamus Ramírez, de épicas hazañas, su nombre desaparece de los anales departamentales, alrededor de 1931; en el último registro figura como asentista; puede inferirse que el coronel murió a finales de la década del treinta, o a comienzos del cuarenta, en Bochalema, donde nació y vivió siempre, exceptuando los días del exilio en Venezuela (estuvo asilado allí bajo la protección de Cipriano Castro). El Coronel Segundo, gran luchador de las ideas liberales, padeció persecución y destierro; su figura, de especial relieve, no deja de traernos la imagen del coronel Aureliano Buendía, personaje del gran escritor Gabriel García Márquez que en la ficción trazó con mano maestra el retrato de aquellos hombres finiseculares, guerreros andantes de un ideal aún no cumplido.

#### El coronel Segundo Lamus Ramírez

El coronel Segundo Lamus Ramírez vivió en calidad de asilado en Venezuela, perseguido como fue por los conservadores gobiernistas de Bochalema, su municipio natal; allí vivía, en una de sus fincas llamada El Edén, según me han contado. Allá también estaba asilado un hermano suyo llamado Jesús María; la situación económica era muy precaria, pues no se conseguía ocupación; el número de colombianos asilados

## \_Primeros Años\_

era bastante alto, y quien se encargó de proveerle lo suficiente para sobrevivir fue su hermano Jesús María, que también estaba como asilado allá. Tengo conocimiento que estuvo en San Cristóbal, principalmente, pero también iba a San Antonio y Capacho. Yo supe que se encontraba ya en Venezuela hacia febrero de 1901 y para el mes de junio estaba esperando le dieran un salvoconducto para poder regresar a Colombia, pero parece ser que no lo obtuvo, pues estuvo en la batalla de San Cristóbal el 30 de Julio. Según me contó mi abuela, durante la guerra peleó al lado del general Justo L. Durán, que según he podido saber, era un conservador no gobiernista de Cáchira, en el batallón dirigido por el general Uribe Uribe. Durante su estadía en Venezuela estuvo enfermo, también estuvo enferma su esposa en Bochalema, quien debido a la situación económica no pudo irlo a visitar; subsistían vendiendo algunos de los animales que el coronel pudo llevar hasta San Antonio y los que tenían en sus fincas, las fincas se llamaban El Edén y El Hurapal; en esas fincas sembraban café, molían caña y criaban mulas, vacas y caballos. De esas fincas se encargó la esposa mientras él estuvo en Venezuela, explotándolas mediante medianerías; la casa familiar era la que en la actualidad ocupa la Apostólica en Bochalema, pues Alfredo Lamus la donó a la curia; las fincas mencionadas se extendían de la parte posterior de esa casa hacia el campo abierto. Para esa época según creo, solo habían nacido Alfredo y Jorge. Se comunicaban mediante cartas que les llevaban amigos que tenían familiares allá en la misma situación, pero la comunicación era difícil, pues el gobierno ejercía censura en una alcabala que estaba situada en “La Donjuana”. Grandes amigas de la familia eran las hermanas Moller. No sé exactamente en qué fecha regresó a Colombia. Para esa época también vivía el papá del coronel en Bochalema, pero ya había muerto la mamá. Jorge, uno de sus hermanos, murió en la batalla del río “Peralonso”, también llamada batalla de La Amarilla o de La Laja.

Gustavo Velasco Ramón. Abogado. Bisnieto del coronel Segundo Lamus Ramírez.

Miembro sobresaliente de la familia del coronel Segundo Lamus fue su hermano Jesús María, de profesión farmaceuta; propietario de la “Farmacia Central”, botica que durante muchos años estuvo en la Plaza Mayor de Nueva Pamplona, junto a la casa de su sobrino el médico Alfredo Lamus Girón; en periódicos de la época se ven anuncios de la renombrada farmacia, y el registro de las varias sociedades que don Jesús María hizo con su botica: “Lamus & León”, “Lamus & Peralta”, “Lamus & Caballero”. Casó con su prima hermana<sup>30</sup> Edelmira Lamus Villamizar, padres de Francisco “Pacho” Lamus Lamus, dos veces gobernador del Departamento. Las fórmulas magistrales de don Jesús María Lamus gozaron de prestigio entre los facultativos más reputados de la época, los

médicos Horacio Montañez, Constantino Mora y Fructuoso Calderón; el boticario pasó sus últimos años en Bochalema, tierra de sus mayores, donde abrió al público su legendaria farmacia por última vez, y allí falleció, en 1950.

En cuanto a la esposa del coronel Segundo Lamus Ramírez, doña Ana Josefa Girón Jiménez, hay que decir que falleció años antes de su esposo, a causa de diabetes. “Yo conocí a Ana Josefa”, dice Anita Lamus Peralta, hoy con más de ochenta años, y agrega: “Tenía el pelo mono”. Lo hijos quedaron huérfanos a temprana edad. Doña María Antonia de Rodríguez, señora muy cercana a la familia, asumió el cuidado de los pequeños que, al pasar de los años, ocuparon todos posiciones preponderantes en el ámbito político, económico y profesional de la región y del país, así lo señala el historiador pamplonés Rafael Eduardo Ángel Mogollón (en la genealogía antes citada), cuya parte pertinente transcribimos a continuación.

#### Los Lamus Girón

##### **Alfredo Lamus Girón**

Médico, político liberal quien en ese ejercicio alcanzó el desempeño de la jefatura de su partido en Norte de Santander durante muchos años; Gobernador de Norte de Santander en dos oportunidades, Representante a la Cámara, hizo parte de los fundadores de la Unidad Sanitaria de Pamplona, tuvo gran habilidad para la pintura y la ejerció como distracción en su vejez, miembro de la logia masónica de la cual tuvo el grado 33; estuvo casado con Alicia Guerrero Serrano, sin que con ella tuviera descendencia. Tuvo descendencia natural.

##### **Jorge Lamus Girón**

Pamplonés, graduado de Maestro Bachiller en la Escuela Normal Superior de Cúcuta (hoy Normal María Auxiliadora), siendo el mejor de los 16 primeros graduandos y fue nombrado vicerrector del Colegio San Luis Gonzaga de Chinácota en 1917, pero el Pbro. Demetrio Mendoza (“causante de tribulación donde quiera que estuviera”) vetó su nombramiento. Se graduó como abogado en la Universidad Republicana de Bogotá, Magistrado del consejo de estado, liberal, Senador de la República, casado en San Antonio, Venezuela, el 6 de enero de 1923 con Alcira Irwin Hernández, hija de Roberto Irwin Vale, autor de la letra de “Las Brisas del Pamplonita” y de la esposa de este, Alcira Hernández Villamizar hija del General radical Daniel Hernández y de la esposa de este Matilde Villamizar Peñaranda. Jorge y Alcira son padres de Matilde, pamplonesa, mujer inteligente, soltera, profesora de francés y Directora durante muchos años en Cúcuta de la Alianza Colombo Francesa, así como Directora de “Profamilia” en la misma ciudad. Carmen Lamus Irwin, casada con Fernando Ruan; Judith Lamus Irwin; Silvia

## Primeros Años

Lamus Irwin casada con Manuel Waldo Carrero, padres de Manuel Ubaldo y Juan Antonio Carrero Lamus; y Nohora Lamus Irwin, casada con Alfonso Bayter Aljure, costeño, padres de Edgar Bayter, contador público, comerciante en Cúcuta donde casó con Margy Rey, con descendencia.

### **Ana Josefa Lamus Girón**

Casada con el dentista autorizado Hugo Alberto Ramón Jaimes, padres de José Antonio, médico anesthesiólogo radicado en Estados Unidos; Cecilia casada con Miguel Reyes Lineros, descendiente de Mercedes Reyes Abrego; Beatriz, casada con el militar Silverio Blanco, padres de Luz Estela casada con Fernando Carrasco Villamizar; padres de Fernando José Fernando Carrasco Blanco y Hugo Blanco Ramón, médico; Olga casada con un hijo del maestro Guillermo Valencia nacido en Popayán de nombre Víctor Alberto Velasco, con descendencia; Margarita casada con el abogado Pedro Silvio Martínez, natural de la Provincia de Ocaña, Magistrado del Tribunal Superior de Pamplona, padres del abogado Enrique Martínez Ramón, Secretario de la Universidad Santo Tomás de Bogotá y de Mario Martínez Ramón, abogado; y Mercedes Ramón Lamus casada con Manuel Sánchez, comerciante, padres de Jaime Sánchez Ramón, médico especializado en Francia, casado con una médica.

### **Olga Lamus Girón**

Casada con el ingeniero Carlos Rentería, padres de Carlos Alberto, odontólogo, casado con Imelda Sanclemente; Álvaro, odontólogo, casado con su prima hermana Martha Lamus Irwin, con descendencia.

### **Segundo Lamus Girón**

Abogado, funcionario del DANE y de la Contraloría General de la República, vivió y murió en Bogotá, casado con Ángela Ruiz Becerra, sobrina del sabio matemático, geógrafo y astrónomo santandereano Belisario Ruiz Wilches, natural de Zapatoca, padres del odontólogo Segundo Eugenio Lamus Ruiz y Claudia Patricia Lamus Ruiz. Hombre afable, de notable bonhomía y gran caballerosidad.

### **Rafael Lamus Girón**

Médico radiólogo, diputado y senador liberal por Norte de Santander, casó con Delia Becerra Rodríguez, de cuya unión son hijos Rafael, economista, casado con Nohema “Muñeca” Pinedo Ruiz, hija del samario Donaldo Pinedo Díaz Granados y Nohema Ruiz Becerra, padres de Margarita Rosa y Andrés Lamus Pinedo, con descendencia; Gustavo, dibujante de publicidad, aficionado a la música y a la pintura, compañero de Rosmira Pérez de cuya relación son hijos Rafael Guillermo y Rosamaría Lamus Pérez; Fernando, economista, profesor universitario, correspondiente de la Academia de Historia de Norte de Santander, soltero; Ricardo, médico radiólogo, casado con María Lourdes “Lula” García Herreros Prada, hija de Antonio García Herreros, educadora, Licenciada en Matemáticas, Directora del Gimnasio Los Almendros de Cúcuta, padres

\_Primeros Años\_

de Daniel, Camilo y Adriana Lamus García Herreros.

**Mary Lamus Girón**

Casada con su primo hermano Carlos Julio Villamizar Girón, chinacotero, empleado judicial durante toda su vida, Alcalde de Pamplona, hijo de Carlos Julio Villamizar Guerrero y Elvia Girón Jiménez.

### 3

## Partida a Nueva Pamplona

La boda de Mary Lamus Girón y Carlos Julio Villamizar Girón, padres de Eduardo, se celebró en la iglesia de Chinácota, en 1928.

El noviazgo de los primos hermanos debió de producirse con la naturalidad de la cercanía familiar; Mary, joven estudiante, había cursado un año de internado en el Colegio de las Dominicas Terciarias en Boavita, en Boyacá, antes de venir a Chinácota, donde ingresó al Colegio de la Presentación; allí vivía su tía Elvia, madre del primo Carlos Julio; como arriba habíamos anotado, Carlos Julio Villamizar fue el único que permaneció en casa de sus padres, luego que todos sus hermanos se marcharon a la capital, donde obtuvieron títulos profesionales y nunca más regresaron a Chinácota: con Norte de Santander su relación se hizo cada vez más distante y terminaron por establecerse del todo en el occidente del país; Ana Teresa se radicó en Bucaramanga.

En una fotografía del álbum familiar, tomada bajo el sol del patio en la casa de Chinácota, se ve a los novios muy juntos, iluminados por la luz, radiantes de la dicha; Carlos Julio viste de paño, tiene el pelo ondulado, con carrera al medio; es joven y su figura muestra indicios de la futura barriga prominente (aspecto físico que lo caracterizó, igual que su esmerado culto en el vestir, que heredara su hijo Eduardo; (padre e hijo, igual de quisquillosos en el cuidado del traje, la ubicación correcta de las prendas, la camisa impecable, sin arrugas, el juego de mancornas, el color de la corbata en juego con el vestido, los zapatos lustrosos, etc.). En la foto que describimos, Mary lleva un traje claro, su rostro es bondadoso, alegre, tiene la mirada jovial y la sonrisa dulce.

La fotografía de la boda fue tomada en estudio y muestra a los recién casados frente a un telón de fondo, ella con su traje largo y blanco, el novio de riguroso frac; hay en la foto una niña volantona, que lleva la cola del traje de la novia; es Carmen Lamus, sobrina de Mary, como hija de su hermano Jorge Lamus Girón; (años más tarde veremos esta foto en un portarretratos sobre la mesa de noche de Eduardo).

Merceditas Bonilla, esposa de Jaime, anota que sus suegros tuvieron que esperar cuatro años, hasta 1932, cuando la fortuna los favoreció con el

nacimiento del primogénito, que fue Jaime, justamente el que sería su esposo.

Eduardo no esperó; llegó al año siguiente con puntualidad de reloj suizo; Alfonso (El Mono), vino después y completó la terna de los mayores nacidos en Chinácota. A fines de 1939 la joven familia partió de Chinácota a Nueva Pamplona. Él era muy pequeño, pero como buen observador y dueño de una excelente memoria nunca olvidó la partida de su pueblo y la llegada al nuevo hogar, en aquel viaje decisivo; recordaría siempre con especial afecto la casa de la Calle de Atrás, “y así lo mencionaba orgullosamente en sus conversaciones”.<sup>31</sup> Pamplona era una pequeña ciudad medio rural y medio urbana, hospitalaria y esquiva, melancólica y festiva, solemne y risueña, conventual y soterrada; en la plaza se levantaban antiguos caserones, que a los ojos infantiles de los chinacoteros recién llegados —Eduardo y sus dos hermanos—, bien pudieron parecerles de una gran urbe.<sup>32</sup>

La casa de su tío Alfredo Lamus Girón, médico y político (hijo del coronel Segundo Lamus Ramírez), se levantaba en la esquina nororiental de la plaza, frente a la alcaldía: dos antiguos caserones de dos pisos y balcón volado —el de la alcaldía había sido la sede del Ayuntamiento de los tiempos coloniales—. Las dos casonas fueron demolidas para dar paso al edificio de la alcaldía actual, y la casa del médico, una mansión de los años 30-40, hermoso palacete de tres pisos, que a la distancia semeja la silueta de un barco anclado en la plaza principal, con torre de vigía para otear el horizonte; pero allí el horizonte está sellado por las altas montañas, detenidas como inmensas olas pétreas sobre el cielo azul desde la era mesozoica.

El rosado exterior de la nueva casa del doctor podía aludir a la simbología política de su dueño, apasionado liberal; en la fachada sobresalían balcones, aptos para las intervenciones oratorias de su dueño y los discursos de los políticos visitantes, candidatos a la presidencia o presidentes en ejercicio que llegaban a Nueva Pamplona y en la casa de Lamus Girón encontraban el lugar más que apropiado para dirigirse a sus copartidarios; desde esos balcones hablaron todos los candidatos liberales de aquel tiempo, menos Jorge Eliécer Gaitán. Pocos días antes de su asesinato, el gran caudillo visitó la ciudad en campaña a la presidencia; Gaitán no ascendió por la escalera de mármol rosado que conducía a los balcones, pues su propietario, el jefe liberal Alfredo Lamus Girón militaba en la candidatura contraria, la de Gabriel Turbay,

el candidato oficial, la otra facción en que se encontraba dividido su partido. El caudillo indiscutible del liberalismo era Gaitán; el líder popular representaba a las masas y con ellas avanzaba, imparable, a la presidencia de la República; Gaitán, desde el balcón de la esquina suroriental de la plaza, habló al pueblo liberal y conservador, este último, cauto y receloso, no pudo resistirse al vibrante espectáculo de oratoria del histórico tribuno.

### Nueva Pamplona

Ciudad colonial, infatuada de su pasado y de su condición de capital de la Provincia, primera población fundada por los españoles en territorio del hoy departamento Norte de Santander, ha presumido siempre de pergaminos que la acreditan como fundadora de ciudades, incluyendo San Cristóbal y Mérida, en Venezuela.

Los 137 peninsulares que arribaron al Valle del Espíritu Santo, en 1549, al mando de Pedro de Ursúa y Ortún Velasco, figuran en Elegías de Varones Ilustres de Indias de Don Juan de Castellanos, constituyen los apellidos originarios del departamento (se desconocen los nombres de otros treinta; (En la sección Anexos se transcribe la lista de los españoles que llegaron a Pamplona de Indias).

La ciudad, vetusta, religiosa, con su vocación histórica y tendencia a presumir de abolengos y viejas tradiciones, resume la idiosincrasia de las primeras poblaciones de Indias, sustituidas por los modernos valores de la educación y la cultura.

Es cierto que los ejércitos ibéricos atravesaron inhóspitas regiones, y la mayoría de ellos perecieron en la intrépida aventura; los sobrevivientes fundaron ciudades, pero también actuaron bárbaramente contra las tribus nativas; no es del tema referirse aquí a su despiadada y estúpida conducta, pero por imposición de la verdad histórica es inevitable señalar la violencia y brutalidad de estos ibéricos contra los habitantes originarios, que los llevó casi al exterminio. En documento del interrogatorio efectuado a un integrante de la Fundación, el ex alcalde Rodríguez de Escobar, “manifestó la crueldad de Ursúa hacia los nativos que eran asesinados con lanzas y espadas. Además, el navarro utilizaba perros entrenados para que despedazaran a los naturales y les arrancaran los genitales...desalojando con suma crueldad a los naturales de sus viviendas, apoderándose de sus mujeres para servirse de ellas, de sus sembrados y de sus pertenencias”.

*María Clara Valero. La fundación de Pamplona de Indias en el siglo XVI, en territorio del Nuevo Reino de Granada.*

La familia Villamizar Lamus se instaló en la parroquia del Carmen, barrio donde vivía el coronel Protasio Conde y su esposa Victoria Girón Jiménez, tía de Mary Lamus Girón; el coronel Protasio (uno de los tres coroneles que casaron con una de las tres hermanas Girón Jiménez) era

chinacotero, militar de carrera, conservador, hermano del general David Conde (jefe del asalto a la avanzada liberal que pernoctaba en la casa de Buenos Aires, en los comienzos de la guerra de los Mil Días).

Importantes parientes tenía la familia en Nueva Pamplona: don Jesús María Lamus, conspicuo personaje, de quien ya hemos dicho que era propietario de la Farmacia Lamus, “ubicada en el costado oriental de la Plaza Mayor”.

Pero otro familiar muy notable era el Dr. Alfredo Lamus Girón, jefe liberal del Departamento, casado con la acaudalada dama Alicia Guerrero Serrano; el Dr. Alfredo era hermano de Rafael Lamus Girón, otro médico de la familia, residenciado en Cúcuta (en cuya casa Chato y Jaime vivieron un par de años, cuando cursaron la escuela primaria).

No obstante en 1940, a poco de la llegada a Pamplona, encontramos a la familia en Bucaramanga, donde el *pater familia*, Carlos Julio, se había trasladado transitoriamente en desempeño “de la administración de una finca”. Para esos días Mary su esposa, después de un prolongado receso maternal, se encontraba esperando a Gilberto, el cuarto de los hijos, que vino a nacer en Bucaramanga el 31 de enero de 1940. Chato y Jaime fueron llevados a Cúcuta, a casa de su tío y fueron matriculados en el Liceo del Sagrado Corazón de Jesús de los Hermanos Cristianos. El Dr. Rafael, radiólogo y notable personaje de la sociedad cucuteña (aquel año era presidente del Club Tenis), y había casado el año anterior (20 de abril de 1939), con doña Delita Becerra Rodríguez, de Chinácota, dama muy apreciada y elogiada por su bondadosa personalidad y belleza.

La casa y consultorio del médico quedaban junto a la esquina de la avenida 4ª con calle 9ª, enfrente de lo que fue la conocida lonchería “El Palacio”; la familia del radiólogo se mudó después a la calle 9ª con avenida 1ª, una bella casa de estilo californiano, aún permanece, pionera de las viviendas que embellecieron aquella notable calle de la ciudad capital. Los hermanos Villamizar Lamus, de nueve y ocho años, asistieron al colegio de los Hermanos Cristianos, a unas seis cuadras largas de la residencia del tío Rafael; el alumno Villamizar Lamus Eduardo obtuvo Mención de Honor, un pequeño cartón verde pálido que dice: “Por haber alcanzado las más altas calificaciones en Conducta, aprovechamiento y Buena Educación, durante los meses de Junio y Julio de 1941”; firma el Director del Liceo, Hno. Alfonso Juan.

Algunos lejanos testimonios daban cuenta del comportamiento inquieto de los muchachos; la autoridad paterna, representada por el tío

radiólogo, de cuando en cuando tenía que echar mano del ancho cinturón de cuero y aplicar el correctivo acostumbrado, los fuetazos que generación tras generación aplicaban los padres a los hijos, severos tratos que se prolongaban en la escuela destinados “a formar en los pequeños la hombría necesaria para el resto de sus vidas”. La férula continuaba en la escuela como proyección del sistema patriarcal, autoritario, considerado por algunos necesario y eficaz. (Ya en el siglo XVIII decía el Doctor Johnson: “El niño teme los azotes, por lo que cumple sus deberes y punto”).

El rendimiento escolar de los hermanos fue más que aceptable; aplicados estudiantes, cumplían a cabalidad con las tareas escolares, se aprendían al pie de la letra las lecciones, al caer la noche iban a la mesa donde debían tomarse toda la sopa, les gustara o no, según lo ordenaba en todas partes la disciplina familiar; la orden de ir “a orinar y acostarse” no se haría esperar, mientras el calor ardía en sus orejas coloradas de “coicos”.<sup>33</sup>

Chato y Jaime residieron en Cúcuta un par de años, suficientes para que a Eduardo no le quedaran ganas de volver; detestaba el calor, apenas podía soportarlo y años después, cuando lo exigían sus obligaciones y tan pronto podía, huía en su carro a buscar refugio en su querida “nevera” de Pamplona. De Cúcuta guardó los recuerdos de la casa del tío, del liceo, de la afición al basquetbol, deporte que en los años 30 del siglo XX trajo a Cúcuta el hermano Arturo Monier, de los Hermanos Cristianos; el Colegio Sagrado Corazón de Jesús se convirtió en principal escenario, donde se jugaron los primeros campeonatos y el basquetbol cobró fama nacional.

Lo cuenta el periodista Gastón Benítez Vargas, en reportaje al ex basquetbolista Alfredo Díaz Calderón, figura cucuteña de la época:

“Llega (Díaz Calderón) al Colegio Sagrado Corazón en 1940 (año en que él estudiaba allí) a cursar tercero elemental, donde consigue el ambiente apropiado para el basquetbol (deporte que había empezado a jugar en el solar de la joyería El Sol), por el apoyo que le daban los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En 1937 se hizo el Primer Campeonato Nacional de Basquetbol en la cancha de tierra del Colegio Sagrado Corazón, con Toto Hernández como el mejor jugador del evento”.<sup>34</sup>

Con estos alicientes se aficionó al básquetbol, que practicó en el Colegio Provincial de Pamplona, ya adolescente, con especial fervor, y llegó a hacer parte de la selección titular del colegio. Para el año de nuestra historia al muchacho todavía le faltaba mucho por crecer, como se

advierte en una foto tomada en el parque Santander, en la esquina del Hotel Palace (ícono turístico de la ciudad), donde se ven dos muchachos de pantalón corto y maletín terciado, posando casualmente ante la cámara: Chato y Jaime.

La familia Villamizar Lamus regresó de Bucaramanga y se instaló definitivamente en la parroquia del Carmen,<sup>35</sup> en una bonita casa al estilo de la Calle de Atrás de su pueblo, con tejado de dos aguas, patio empedrado y solar profundo; tras sus muros nacieron los demás hijos y allí, al cabo de los años, fallecieron los padres; (hoy la habitan los que fueron los menores, Luis Carlos, María Cristina y Luz Mary).

Cuando los Villamizar Lamus partieron de Chinácota, el mayor de los Villamizar Suárez, Álvaro, tenía tres años y era tío de Eduardo, que tenía siete; (el abuelo de los Villamizar Lamus, Carlos J., había casado en segundas nupcias con doña Ramoncita Suárez, padres de Avaro y Mario); cuando los jóvenes parientes que quedaron en Chinácota crecieron, fueron muy amigos entre sí, con los familiares de Pamplona; a veces disputaban, pero en general “juntos pasamos vacaciones inolvidables en Chinácota, en la Calle de Atrás”, comenta Álvaro.

Las familias compartieron alegres temporadas; “la llegada de los Villamizar Lamus a mi casa en Chinácota —recuerda Álvaro— era esperada como un acontecimiento feliz”. Los jóvenes compartían juegos, comían “pocicles” (*popcicles*) en El Polar, tienda del parque que aún existe, diagonal a la alcaldía; Manyú Carrero —contemporáneo de Chato y autor del libro *Chinácota*—, escribe: “en la casa de los Villamizar veíamos las revistas Billiken y El Peneca; jugaban en el solar, que ellos llamaban “Tierra Grata”, con carritos que las manos infantiles empujaban por las carreteras trazadas en la tierra grata del solar.

“Chato era líder nato”, dice Álvaro; “dirigía, comandaba, ideaba, y todos lo aceptábamos como el guía”. En una ocasión, mientras paseaban por las afueras (alternaban el lugar de vacaciones), Chato mostró a sus parientes cucuteños la casa de un tal Juan Zancas, hombre de traza matraera, según él, que perseguía a los muchachos y les pegaba en los ojos. “Vamos por ese hombre”, dijeron todos: Jaime, Alfonso, Álvaro, Mario y Eduardo; echaron a reptar por la maleza, avanzando hacia la vivienda del malvado; ya cerca hicieron un alto y preguntaron al líder del grupo qué hacer en el caso de encontrarse con el malvado Juan Zancas; “¡Pues lo enfrentamos!”, dijo él con decisión; esperaron un rato en silencio y cuando oyeron unas zancadas que avanzaban hacia ellos, se

levantaron de un salto y echaron a correr sin mirar atrás. En otra ocasión, el relato es de Merceditas Bonilla, no sin cierta inquina vengativa Eduardo y Jaime, cogieron “prisioneros” a Álvaro y Mario, los ataron de un árbol, hicieron candela, los iban a asar, y bailaron alrededor la danza caníbal.

En las noches tibias de Chinácota, antes de acostarse, los muchachos se reunían alrededor del maestro Félix, un inagotable contador de cuentos, hombre pequeño y cobrizo, de pómulos salientes, es decir “un chinácota” descendiente directo de los que flecharon a Alfinger; el maestro Félix entretenía a su juvenil audiencia con relatos de aparecidos y fantasmas; Chato complementaba la sesión con cuentos de su propio magín, que hacían perder el sueño a los más fuertes, incluyendo a su autor, que terminaba por creerlos ciertos. “En esto de la invención novelesca”, prosigue Álvaro, “el Chato destacaba; tenía una habilidad innata, extraordinaria; pudo llegar a ser un gran fabulista, un magnífico escritor de cuentos fantásticos”. Eduardo era muchacho de espíritu activo, de ánimo intrépido y talante sólido, dispuesto a tomar partido en las distintas instancias de la vida.<sup>36</sup> Tenía frente angosta y larga, las cejas espesas, el pelo abundante y apretado, los ojos enérgicos, vivaces, de gesto voluntarioso y vigilante.

En unas vacaciones que los Villamizar Suárez pasaron en Pamplona, fueron a observar de cerca el río Pamplonita (que a su paso por la ciudad todavía muestra trazas de recién nacido) para ver si podían cruzarse con un salto; al comprobar que en aquel punto el río era poca cosa, los visitantes cucuteños no ocultaron su decepción; Eduardo intervino en defensa del Pamplonita y dijo a los muchachos con seriedad: “Lo que pasa es que este no es un río horizontal sino vertical; no es ancho pero es profundo, tiene como de cien metros de hondo”. Aterrados, los visitantes no quisieron volver a acercarse a la orilla de aquel río infernal, negro y sin fondo. Chato poseía un don verbal extraordinario; hacía malabares con las palabras y en alianza a su poder de convicción convertía en verosímil lo ilusorio.

En Chinácota, en casa del abuelo coronel Carlos Julio Villamizar Guerrero y de su segunda esposa Ramoncita Suárez, había un trapecio que Manyú Carrero describe: “un tubo y unas anillas colgados en el corredor, que ellos llamaban el gimnasio”; una vez Eduardo tomó posesión del trapecio y quiso mecerse solo, sordo a los clamores de los otros chicos que pedían turno para subir; el abuelo, que contemplaba la

escena y quiso corregir el talante dominante de su nieto, meció con más fuerza el trapecio que tomó altura y el muchacho, asustado, cayó al piso y se fracturó el brazo izquierdo; el protagonista mismo contaba a su hijo Ramón el episodio.

De las muchas anécdotas que acompañaron los días infantiles, está la de la desaparición de una moneda de centavo, de las que el abuelo guardaba varias sobre una repisa; este preguntó a los muchachos por la moneda (con un centavo se podía comprar un “pocicle” en El Polar), naturalmente la respuesta general fue negativa; el coronel Carlos J., a modo de los abuelos bíblicos, repartió a cada uno un pequeño palo de igual tamaño, con la advertencia de que en manos del autor este crecería; temeroso, Chato se dio a la tarea de recortar el suyo varias veces, y al día siguiente el abuelo examinó los palos y encontró que el suyo era el más corto de todos, por lo cual su pilatuna quedó al descubierto.

Terminada la residencia transitoria en Cúcuta, Eduardo y Jaime regresaron; los muchachos pudieron experimentar la felicidad de encontrarse con sus padres y hermanos, “Mono” y Gilberto, este último de dos años y aún no lo conocían; después del larga ausencia podían ahora disfrutar de su propia casa, del barrio del Carmen, de la pequeña ciudad que apenas conocían; debió de ser plena la satisfacción de saber que su padre, Carlos Julio Villamizar Girón, era el alcalde,<sup>37</sup> y su tío Alfredo Lamus Girón el gobernador del Departamento.

¿Qué más podían pedir estos muchachos y sentir su pecho henchido de orgullo? Si para vivir se requiere de ídolos, ellos los tenían; tales acontecimientos familiares compensaban la larga ausencia y daban pábulo a las ínfulas juveniles, que los dos hermanos cultivaban con esmero.

Eduardo fue matriculado en quinto año de primaria en el Liceo Niño Jesús de Praga, dirigido por la señorita Luisa María Cortés; provenir de Cúcuta, la capital del Departamento, y del Colegio Sagrado Corazón de Jesús de la misma ciudad, eran hechos que revestían al nuevo alumno con un aire de superioridad indiscutible entre sus condiscípulos.

La señorita Luisa María Cortés tenía el labio hendido (los alumnos le decían secretamente “medio beso”); la maestra era de tronco ancho, rostro altivo, autoritario, sus ojos menudos y oscuros, despedían destellos penetrantes; era sobrina del canónigo y pedagogo monseñor Francisco de Paula Cortés; el Liceo Niño Jesús de Praga tenía fama en la comarca por la severidad de la maestra, y su método de reglazos aplicado desde 1940, año de su fundación.<sup>38</sup>

Era el único plantel de primaria laico en la ciudad mitrada; allí estudiaban hijos de familias pudientes y de otras no tanto, pero todos pagaban y con los años la maestra llegó a amasar notable fortuna; el Liceo Niño Jesús de Praga podía considerarse como el reverso de la Escuela Anexa de La Salle, un plantel público, gratuito, para varones de primaria, regentado por los Hermanos Cristianos, donde los profesores laicos también les pegaban a los alumnos; (la señorita Luisa María Cortés aplicaba la alternancia de castigo y recompensa: repartía reglazos y también melcochas). No faltan hoy viejos ex alumnos que afirman “sentirse agradecidos con la rígida maestra, gracias a cuyo fuerte método aprendieron las primeras letras”. Pese a la fama de su férula, el Liceo gozaba de gran respetabilidad; personas que la conocieron y trataron (Olguita Rodríguez Hernández, Anita Lamus Peralta) ponderan la simpatía personal de la maestra: “Tenía muy graciosos y oportunos apuntes”, dicen ellas.

El Liceo de la señorita Luisa María (casó después con un ex hermano cristiano), se distinguía además por su banda de guerra; en los desfiles y festividades públicas la banda lucía uniformes confeccionados al estilo de los héroes de la Independencia: sacoleva azul, botas a la rodilla, pantalones color crema, botones dorados, charreteras, gorros con barboquejo y visera rutilante, coronados de airones.

Otros liceos de la ciudad exhibían bandas de guerra, aunque no con tanto brillo y colorido: el Colegio de la Presentación tenía un liceo de primaria, que funcionaba adjunto al de secundaria, femenino. Los alumnos desfilaban como pequeños soldados de plomo, con pantalón crema, saco de paño azul marino, apliques rojos y botones dorados; la banda precedía al colegio, seguida de la “tropa”, que con morral de paja y fusiles de madera al hombro, marchaba al compás; detrás venían las muchachas de bachillerato, alrededor de doscientas, siguiendo al paso de tambores y trompetas. El que esto escribe cursó allí unos años de la primaria y a mucho honor fue tambor mayor; uno de sus condiscípulos, Álvaro González Joves, fue capitán de verdad y rector de la Universidad de Pamplona.

Tres ex alumnos del Liceo Niño Jesús de Praga de Luisa María Cortés fueron rectores: Eduardo Villamizar Lamus, Rafael Leal Landazábal y Ciro Caicedo Camargo; el primero, odontólogo, egresado de la Universidad Nacional; el segundo, abogado, de la Universidad Gran Colombia; el tercero, egresado de la Universidad Libre de Bogotá, graduado en Derecho y Ciencias Sociales.

De la escuela pública Anexa de la Salle hubo cuatro ex alumnos que también fueron rectores, egresados de la Universidad de Pamplona, considerados ejemplo de su labor educativa: Oscar Rosas (Licenciado en Ciencias de la Educación), Rodolfo Contreras (Licenciado en Química y Física), Jorge Vergel (U. Nacional) y Pedro Nel Santafé (Universidad de Pamplona-UIS). Los nombrados, docentes de la Institución, sucedieron a Eduardo Villamizar Lamus en la Rectoría.

Cuando Chato llegó al Liceo de la señorita Luisa María Cortés no había aún banda de guerra; de haber existido, él habría sido sin duda su tambor mayor; el plantel aún no funcionaba en su sede propia, sino en una pequeña locación adjunta a la Capilla de las Clarisas; pero sí existían los reglazos en la mano extendida, en cuya palma había que poner una pestaña con la certeza de que al golpear la regla se partía. No podemos saber cuántas pestañas tuvo que ponerse en la mano el futuro rector durante su paso por el Liceo Niño Jesús de Praga; pero sabemos que en 1944 terminó allí la primaria, y al año siguiente entró al Colegio Provincial San José a cursar bachillerato.

En la mañana del 7 de febrero de 1945, vemos al alumno a la entrada del colegio; para el joven primerizo es un momento trascendental, emocionante; ya lleva pantalón largo, signo de que “es un hombre”, según el canon de la época; apenas tiene trece años pero ya sabe que al cruzar el umbral del Colegio Provincial, su infancia habrá quedado atrás.

## El Colegio Provincial, la Juventud, los Sueños

El edificio del Colegio Provincial es nuevo; recientemente ha sido inaugurado y todavía se ven algunos albañiles dando los toques finales; el bloque frontal, de aulas, ha sido totalmente terminado: tres pisos horizontales, con ventanas a los cerros orientales; del otro lado están los corredores interiores, con los pisos de madera y las aulas con sus puertas enfiladas, con ventanillas de vidrio; desde los pisos superiores se observa el patio y la cancha de básquetbol, donde habrán de jugarse futuros torneos, escenario de los clásicos encuentros por venir; entonces los tres pisos se verán colmados de muchachas, alumnas de los colegios de bachillerato femenino, las Terciarias (sección femenina del Provincial), la Presentación, las Bethlemitas, todas vitoreando al unísono el quinteto de sus preferencias; a los oídos de Chato, proclive a las voces de triunfo, llegan los hurras juveniles celebrando la victoria; voces de las barras que animan los encuentros, la selección del Provincial vs. Sagrado Corazón de Cúcuta, Provincial vs. La Salle o vs. Los Caribes de Bucaramanga; partidos plenos de emoción, con final de paroxismo y victoria indiscutible del quinteto local, el Colegio Provincial de San José de Pamplona, ¡hurra campeones! (Aquel año de 1945 se realizó en el colegio el primer torneo intercolegial departamental de básquetbol).

El pabellón que está detrás del edificio central es de los internos (la mayoría de Cúcuta, Bucaramanga y el vecino país de Venezuela); entrando, mano derecha, están los comedores y los espacios de clausura de la comunidad de los H.H.C.C. Es un verdadero colegio; a la altura de los mejores del país; el Ministro de Educación, doctor Germán Arciniegas, lo señaló como uno “de los mejores de Latinoamérica”, en su discurso inaugural.

Nuestro joven alumno cruza el umbral; va contento, dispuesto a afrontar su nueva condición de estudiante de bachillerato. En su casa la familia se encuentra integrada plenamente, han nacido todos sus hermanos y hermanas. A Jaime, Eduardo y Alfonso, los mayores, les dicen en “los

hijos del alcalde”; ellos mismos se han encargado de pregonarlo: “Abran paso que aquí van los hijos del alcalde”, decían; podrían agregar: “y sobrinos del Gobernador”.<sup>39</sup>

El que así alardeaba no era el Chato plácido y tranquilo que conocimos después, sino el jovenzuelo fantasioso, resuelto a dominar el medio que sentía tal vez demasiado estático para sus ímpetus juveniles. Los muchachos Villamizar Lamus, volantones, audaces, poseían el ímpetu del que no se deja amilanar por simples contratiempos; si se le acababa la tinta al Esterbrook, iban al Banco de Bogotá y lo recargaban en el tintero de los clientes.

En 1945 eran socios del Club del Comercio; una disposición prohibía la entrada a menores, pero los muchachos de nuestra historia no dejaban de asistir, y al parecer propiciaban situaciones que un día llevaron a la administración a pronunciarse: “Con frecuencia menores de edad frecuentan el Club, sin la autorización de los padres, por tal motivo, se ordenó se libre sendo oficio al Señor Carlos Julio Villamizar Girón, pidiéndole que controle a los jóvenes especialmente a Eduardo y Jaime”.<sup>40</sup>

Por su parte la Junta Directiva de 1948 entró a considerar “el incidente presentado la noche del 24 de diciembre, entre Alfredo Camargo Belén y el joven estudiante Jaime Villamizar Lamus, quien le propinó un fuerte golpe en un ojo, a Camargo Belén. Como consecuencia, la Junta Directiva resolvió clausurar la entrada a los que promuevan escándalos dentro del Club”.<sup>41</sup>

Un día que vino a casa de Los Villamizar Lamus un amigo a preguntar por Jaime, que no estaba, oyó decir a la madre, de gran simpatía personal, que Jaime debía estar en el atrio “expeliendo belleza”.<sup>42</sup> Si la “belleza” tocaba a Jaime, a Eduardo le correspondía la inteligencia, que ahora por asociación nos devuelve al Colegio Provincial de San José, donde había quedado nuestro relato.

El Provincial tenía dos divisiones, internos y externos, que funcionaban separadamente hasta el cuarto año, cuando se unificaban. Chato era de externos y le correspondió con el hermano Tetaqueo, que así llamaban los estudiantes al titular de Primero A. En 1945 ingresaron al plantel “374 alumnos, de los cuales se matricularon internos 160”.<sup>43</sup>

En su curso, y en los cursos vecinos, Eduardo Villamizar Lamus encontró a quienes serían los compañeros del bachillerato y a sus amigos de toda la vida: Gonzalo “Turpial” Villamizar, Alfredo Villamizar Silva, Carlos J. “Maduro” Parada R., Alfredo Carrasco, Juan José Mendoza

Vega, Horacio y Clemente Montañez, Roberto Trujillo, y otros; el Chato gozaba de gran popularidad; “era gracioso, divertido”, dice su amigo y condiscípulo, el Director de Teatro Germán Moure Ramírez, quien agrega: “tomaba la palabra y hacía corrillo”.

El interno Manyú Carrero, de Chinácota, en este mismo año alumno de primero de bachillerato, narra pormenores de esos días:

“En el colegio Provincial de Pamplona, todavía en 1945, nos decían “que ser liberal era pecado”. Nosotros nos desquitábamos cuando en la misa, que era en latín, el sacerdote decía el Padre Nuestro y al final se debía contestar *Ser libera nos a malo*, y nosotros respondíamos *ser liberal no es malo*”.<sup>44</sup>

En los tiempos del relato, ser liberal excluía el derecho de creer, un privilegio reservado a los conservadores; muchos liberales, sin embargo, eran tan creyentes como el que más, y algunos igual de rezaderos; a las gentes simples se les había inculcado desde los púlpitos la creencia de que los liberales eran enemigos del Papa y de la religión católica, ideas que calaron en las mentes ignaras y fueron causa de la violencia que vino después. Estar de acuerdo con la separación de la Iglesia y del Estado —causa principal de las diferencias—, no tenía nada que ver con las creencias religiosas, pues lo del Concordato era un asunto político, de Estado, no un dogma de fe.

Gonzalo “Turpial” Villamizar, del mismo curso, pertenecía a una familia liberal de vieja data; Gonzalito tenía los ojos azules y el pelo rizado, apretado en pequeñas ondas; en los desfiles era portador “vitalicio” de la bandera nacional: él mismo cuenta que en los desfiles, al pasar frente al Hermano Salomón, este mascullaba con sátira partidista: “La bandera de la patria es santa, flote en las manos que flotare”. (El hermano Salomón era famoso por el mechón de pelo que le bastaba para cubrir toda la amplia extensión de su calvicie, en una especie de prodigiosa ingeniería capilar.

Desde luego los temas de política y de sexo estaban terminantemente prohibidos en el claustro; pero era muy poco, casi nada, lo que se podía hacer para impedir que los temas entraran al establecimiento, cuando en realidad hacía rato estaban adentro; afuera, del otro lado del río, había una casita donde sus dueñas, Evangelina y Genara, administraban un negocio tan “antiguo como la humanidad”, y tenía varias muchachas a su servicio. Nadie lo ignoraba, menos los Hermanos Cristianos. El médico “Maduro” Parada narra que el Padre Faría, en su senectud, cuando

pasaba junto a Evangelina, ya anciana, este le decía: “¡Adiós Evangelina! ¡Memorias a Genara!”

La junta conciliar del Colegio la componían los doctores Francisco Lamus Lamus, Luis Alberto Lindarte, Roberto Trujillo y Jorge Flórez Castillo. El último había renunciado y el Gobernador Alfredo Lamus Girón nombró en su reemplazo a Luis Alejandro Bustos, persona que no era de la simpatía del hermano Gilberto Fabián, director del colegio; el hermano director rechazó el nombramiento, “por cuanto el señor Bustos en su época de estudiante había sido expulsado muchas veces del mismo colegio, y porque había cometido actos sacrílegos, que fueron denunciados por La Unidad Católica, consistentes en haber penetrado en estado de beodez a la Iglesia de Santo Domingo, dando gritos blasfemos y pretendiendo violar el Sagrario para extraer el Santísimo y profanarlo. Algo semejante había cometido en Bochalema, cuando también embriagado en último grado entró a la Iglesia persiguiendo a una muchacha, siendo entonces cuando subió al pulpito y empezó a llamar a la joven a gritos”.<sup>45</sup>

El nombramiento del señor Bustos en la consiliatura, hecho por el gobernador Lamus Girón, tío del Chato, desembocó en una huelga general de estudiantes del Provincial, el 18 de junio de 1945, en un hecho verdaderamente insólito en los anales del Colegio.

“Ante la posición reacia del Hermano Gilberto Fabián, rector del colegio, para aceptar el nombramiento de Bustos, el Gobernador pidió al Hermano Visitador, que se encontraba de paso en el Colegio, que dicho Director fuese cambiado, pero el Visitador terminó su labor y no hizo ningún cambio. Ante esto el señor Gobernador Lamus Girón se dirigió al gobierno nacional informando de lo sucedido y pidiendo que tal colegio fuese nacionalizado para de ese modo deshacerse de los Hermanos Cristianos.

“El 18 de julio los alumnos entraron en huelga; solicitaron del Gobernador la permanencia del Hermano Gilberto Fabián en la rectoría, y que no tuviese en cuenta el nombramiento de Luis Alejandro Bustos como Consiliario.

“La huelga fue apoyada por las estudiantes del Colegio de las Terciarias, una de cuyas alumnas pronunció un discurso desde los balcones del colegio, cosa que no había ocurrido nunca ni en Nueva Pamplona ni el Departamento. Igual apoyo hicieron los alumnos del colegio del Sagrado Corazón de Jesús de Cúcuta, que entraron en huelga.

“Los padres de familia se dirigieron tanto al señor gobernador como al Director de Educación, para hacerles ver lo peligroso que sería el intento en que estaban empeñados de quitar la dirección del colegio San José a los Reverendos Hermanos Cristianos, pues podría ocurrir lo del Colegio José Eusebio Caro de Ocaña cuando el liberalismo quitó de dicho colegio a los Reverendos padres Jesuitas, cosa que no produjo sino trastornos e irregularidades en su funcionamiento desde entonces.

“Los Reverendos Hermanos del San José pidieron a los alumnos el 22 de junio el retorno a clases, lo que hicieron, confiando además en la promesa del señor Gobernador de que el problema sería arreglado. Pero como llegase el 25 de junio y nada se hubiera arreglado, la huelga continuó, pues para entonces Bustos no había renunciado su cargo de conciliar alegando que el Gobernador nada le había pedido, y además se supo que el mismo Dr. Lamus le había ofrecido la rectoría del San José a Germán Arciniegas con \$1 000 mensuales de sueldo si se conseguía la nacionalización del colegio.

“El 6 de julio el señor Gobernador dio declaraciones en que defendía a Luis Alejandro Bustos, tratando de disculparlo al decir que no era masón, toda vez que su nombre no aparecía en ninguna de las logias masónicas, y que en relación con el hecho de Bochalema, lo que había sucedido era, conforme a la información dada por Efrén Vásquez, que estando los dos en una tienda libando algunas copas, había pasado por allí una joven muy bonita que le había gustado mucho a Bustos, quien había resuelto seguirla. La dama al verse perseguida entró a la Iglesia y se escondió en un confesionario. Al no hallarla por ninguna parte, este, subió al púlpito y con el fin de localizarla se puso a dar voces. Ante esto la muchacha salió y corriendo entró a la sacristía y dio cuenta al párroco de lo que estaba ocurriendo.

“El 9 de julio el señor ministro de Educación Dr. don Antonio Rocha dirigió al reverendo Hermano Gilberto Fabián una carta enérgica censurándole su conducta al no aceptar el nombramiento hecho por el señor Gobernador como su representante en la consiliatura y echándole la culpa como provocador y sostenedor de la huelga estudiantil.

“El Reverendo Hermano Gilberto Fabián en su condición de rector del colegio protestó ante el señor ministro Rocha por las ofensas y cargos indebidos e injustos que le había inferido como educador y como religioso todo lo cual era falso y se contenía en la carta que se acababa de publicar. Por la falsedad y lo tendenciosos de tales cargos el Reverendo

Hermano Gilberto Fabián pide al Ministro una reparación, que naturalmente no se produjo, pues ya hemos dicho atrás cuáles eran los actos del Dr. Antonio Rocha en el ministerio de la educación, cuando nos referimos a la destitución masiva que del magisterio del departamento, le ordenó al señor gobernador, como sanción por la huelga que proyectaban al no subirles los exiguos e injustos salarios. Fue entonces cuando él pretendió llevar a Norte de Santander maestros de otros departamentos del país para sustituir a nuestro magisterio. Pero ni el señor gobernador ni el director de Educación consintieron en tan absurda y anti regional propuesta”.<sup>46</sup>

La crónica anterior hace un retrato fidedigno del ambiente político y religioso que se vivía entonces; el cronista toma el partido de la comunidad de los hermanos, pues el debate había desbordado los límites del claustro.

El 28 de julio el Hno. Gilberto Fabián citó a los consiliarios a una reunión extemporánea, urgente, que se hizo en la hacienda Palermo, del Dr. Alberto Lindarte, en las vecindades de Chinácota; el hermano rector leyó allí la comunicación del Hno. Enrique José, Provincial de la comunidad Lasallista, enviada al Sr. Gobernador, en donde le expresaba la decisión de la comunidad de dar por terminado el contrato con el Colegio Provincial a partir de finales de dicho año, en vista de que el gobierno departamental se encontraba realizando gestiones para contratar profesorado nacional y extranjero, y remplazar a los HH.CC. Firmada la carta el Hno. Enrique José – Provincial.

El Hno. Gilberto Fabián puso en manos de los consiliarios la resolución; estos, Víctor J. Cote, Roberto Trujillo y Alberto Lindarte, redactaron una comunicación para el gobernador, donde expresaban que “habiendo recibido la Nota del R.H. Provincial en la que pedía la finalización del Contrato con los H.H. le preguntaban a él, Gobernador, si estimaba que debía terminarse ese contrato para proceder en consecuencia, aunque dejaban por sentado que la consiliatura quisiera encontrar una solución que permitiera la continuación de la vigencia de dicho contrato”.

“El Sr. Gobernador no dio respuesta a las notas del Hno. Visitador ni de la H. Consiliatura. El silencio gubernamental se prolongó por varios meses.

“El problema del colegio San José no vino a resolverse hasta cuando dejó de ser Ministro el doctor Antonio Rocha, quien se caracterizó por su sectarismo político y su odio a la Religión. El nuevo Ministro, Dr.

Germán Arciniegas, viejo amigo del Colegio, reconoció la autonomía de la Consiliatura dentro del régimen interno del colegio. Este reconocimiento fue alcanzado gracias a las gestiones de la Comisión de la Consiliatura, que en nombre de la sociedad de Pamplona viajó a Bogotá, y estuvo integrada por los doctores Luis Alberto Lindarte y Roberto Trujillo, quienes se entrevistaron con el nuevo ministro y obtuvieron no solamente el reconocimiento de autonomía de la Consiliatura, sino la aprobación de la conducta del Reverendo Hermano Gilberto Fabián y su comunidad, lo que fue considerado como un triunfo”.<sup>47</sup>

El Chato, al tanto de los acontecimientos, tomó partido naturalmente por el gobernador, su tío, aunque con cierta prudencia, a sabiendas de que su actitud podía acarrearle inconvenientes con las directivas del plantel; en su mente juvenil debió de considerar legítima la posición del gobernador, quien por ley nombraba a los consiliares; pero el asunto residía en que la decisión de los nombramientos debía ser tomada de común acuerdo entre la junta y el rector, por norma aprobada en el contrato con la comunidad, donde su autonomía era indiscutible; el gobernador ignoró el rechazo que el rector hizo del nombramiento del señor Bustos, con argumentos un tanto inquisitoriales, inaceptables para un hombre de principios liberales como Lamus Girón; el estudiante debió de interpretar que en el trasfondo de la discusión se movían, enfrentadas, consideraciones políticas; impelido por los lazos familiares y la identificación con su partido, el alumno díscolo se puso del lado de la causa contraria a las directivas del colegio, aunque pasivamente, como es de suponer. Era riesgoso para el joven estudiante, solitario entre la mayoría del estudiantado, y de buena parte de la ciudadanía pamplonesa, que daba irrestricto apoyo a la comunidad de los HH.CC.

Sobre este caso Chato Villamizar contaba que fue llamado a rectoría; el hermano rector se mostró indulgente, tal vez dada la juventud del alumno y sus legítimos sentimientos familiares, “que habían impulsado al estudiante al error, aunque gracias a Dios —afirmaría el Hermano—, todo había terminado felizmente, como podía verse en el telegrama enviado a la comunidad por el presidente de la República, doctor Alberto Lleras Camargo, que decía: “Supongo que ya están ustedes enterados de que el Sr. gobernador se dirigió a los RR.HH. Cristianos, comunicándoles el deseo de que continúen al frente del Colegio al cual tanto el Gobierno Departamental, como el Nacional, le prestan la más

constante atención y consideran orgullosamente como uno de los mejores institutos de Educación del País”.

El joven Villamizar debió de reflexionar sobre el asunto y sacar sus propias conclusiones: en el llamado arte de la política, pensaría, todo es cambiante como piel de camaleón: los enemigos de hoy pueden ser los amigos de mañana y viceversa; definitivamente, las trincheras de la revolución de sus abuelos, habían terminado sepultadas cincuenta años atrás, aunque muchos de sus ideales seguían vigentes; ahora los copartidarios (como su tío), llegaban al gobierno por elección o nombramiento; si bien su “*glorioso partido liberal lindo*” se hallaba en el poder, la Constitución conservadora de 1886, la misma contra la que se habían levantado sus correligionarios medio siglo antes, seguía rigiendo los destinos de la nación. El joven estudiante, ante las circunstancias descritas, haría mejor en ocuparse de su bachillerato para luego ingresar a la Escuela Naval de cadetes, como era su deseo.

La consiliatura, en el impase presentado con el gobernador, actuó del lado de las directivas del colegio y fue relevada del cargo; en su remplazo se designó nueva junta, que el Hno., visitador calificó de “espúrea”; el rector se negó a dar posesión a los recién nombrados, Sres. Ciro Caballero, Ciro Chacón Hernández, Augusto Ramírez Villamizar, J.M. Bautista y Jorge Zurek Mesa, quienes, ni cortos ni perezosos, acudieron al alcalde para que este les diera posesión en sus cargos, y así lo hizo.

Para la dirección del plantel dicha posesión carecía de validez, contrariaba las disposiciones del contrato, donde la autonomía del colegio era norma prioritaria; la consiliatura depuesta ni siquiera terminaba su período de cuatro años, y su legitimidad estatutaria seguía vigente; tiempo después, cuando el gobierno nacional nombró autoridades militares, considerando que las condiciones de orden público lo ameritaban, el gobernador militar del departamento dio su apoyo a la consiliatura “espúrea”, arguyendo que ésta, como entidad pública, bien podía tomar posesión ante el alcalde, primera autoridad municipal. En su respuesta, la comunidad lasallista consideró incumplidos los acuerdos y anunció de nuevo su retiro del plantel. Después de vueltas y revueltas, el debate finalmente cerró a favor de los hermanos cristianos: el gobernador militar, Pablo Rodríguez Achury, aceptó las condiciones de los religiosos y reconoció su potestad en el manejo interno del establecimiento, “aunque de mutuo acuerdo y aprobación con la autoridad gubernamental departamental”.

La comunidad de los HH. CC. tenía presencia continental; la sede principal en Colombia era Bogotá, situación que la ponía un poco a salvo de las intrigas del medio, sobre el cual no dejaba de practicar cierta actitud distante, fundada quizás en su condición capitalina y el prestigio pedagógico mundial; como comunidad religiosa era de jerarquía vertical, manejada con autoridad innominable, ducha en el arte de lidiar con los poderes terrenales. Los hermanos habían llegado al departamento en los años 30, traídos por el gobernador Ramón Pérez Hernández a través de ingentes esfuerzos y un largo período de negociación; comunidad un tanto quisquillosa, orgullosa y susceptible en el cumplimiento estricto de lo pactado; ante signos inequívocos de intromisión partidista, enemistad religiosa o incumplimiento, argüían ruptura del acuerdo y planteaban su retiro inmediato, como lo expresaron en más de una ocasión, durante el tiempo que duró su permanencia en el Departamento.

Nueva Pamplona brindó apoyo a la comunidad lasallista en toda circunstancia; la ciudadanía — especialmente los padres de familia—, veían en el Hno., rector a un personaje de categoría obispal; su autoridad era inconcusa, respetadísima. Entre las figuras rectorales, la del Hno. Gilberto Fabián marcó época; muy apreciado en la ciudad, el rector tenía una figura parecida a la del Pontífice Pio XII; su mirada penetrante (era psicólogo), tras los espejuelos papales, redondos, intimidaba. Él lo sabía y no le incomodaba. En la celebración de los trescientos años del santo de La Salle, patrono de la comunidad religiosa, la ciudad se volcó en su homenaje, luciendo su tradición de ciudad elegante, generosa y agradecida. No podía ser de otro modo: el Colegio Provincial, hechura de la ciudad, constituía su patrimonio cultural máspreciado; durante casi ciento cincuenta años de sacrificios colectivos, el colegio fue sostenido por la comunidad pamplonesa y su persistencia y calidad llevó a considerársele Ciudad Educadora del nororiente colombiano.

Otro debate, esta vez de índole histórica, se presentó cuando en la biblioteca del colegio entronizaron el retrato de Monseñor Lasso de la Vega, obispo de Mérida, como fundador del Colegio; quienes atribuían el mérito exclusivo de la fundación al General Francisco de Paula Santander protestaron airadamente. La ciudadanía se involucró en la polémica; incluso la curia diocesana participó a través de su vocero público oficial, el semanario La Unidad Católica,<sup>48</sup> que sentenció: “Monseñor Lasso de la Vega no es solamente el protector del Colegio San José sino su verdadero fundador e iniciador”.

El Colegio Provincial constituye el antecedente histórico más antiguo de la Universidad; este reconocimiento exige trazar un esbozo de su trayectoria, que en 2016 cumplió doscientos años.

### El Colegio Provincial

El Colegio Provincial, fundado en 1816 por el obispo panameño Rafael Laso de la Vega, como así lo reconoció el mismo General Francisco de Paula Santander, gran impulsor del colegio; en aquel tiempo, cualquier iniciativa fundacional en el campo de la instrucción venía de la Iglesia, en parte porque la educación era su misión primordial y porque el clero, y las comunidades religiosas, constituían el sector más ilustrado de la población, eran maestros, poseedores de conocimientos y medios para difundirlo.

Para Nueva Pamplona la presencia del obispo Lasso de la Vega, fervoroso adalid de la instrucción, fue providencial; de paso para Santa Fe, a donde debía ir a recibir su nueva investidura de obispo de Mérida, visitó la pequeña ciudad; su clima sereno, el ambiente recogido, tal vez inspiraron al prelado panameño para fundar allí un “Colegio-Seminario, con cátedra de Gramática”; este fue el origen de los dos planteles: el Colegio y el Seminario; separados posteriormente, continuaron funcionando como entidades autónomas. De su propio peculio el obispo adquirió la hacienda Carrillo, propiedad de Águeda Gallardo (heroína pamplonesa), y destinó este bien para que de sus réditos se asegurase el mantenimiento de la Casa de Estudio. (Actitud del Obispo panameño que recuerda la asumida muchos años después por el P. Rafael Faría, que hizo aportes personales, necesarios para la iniciación de la Universidad).

Las guerras de 1816 y 1819 (llamadas de la Reconquista y de la Independencia), entorpecieron el desarrollo del naciente plantel; los pamploneses, porfiados, mantuvieron viva, contra viento y marea, la llama de la instrucción, en espera de mejores tiempos.

Los mejores tiempos llegaron con el decreto del 5 de marzo de 1832, firmado por el Vicepresidente General Francisco de Paula Santander, mediante el cual el gobierno nacional daba existencia oficial al Colegio; después, el mismo General como Presidente, expidió el Decreto de junio 15, más completo e importante, donde se otorgó al plantel autonomía, se establecieron los fundamentos de su financiación, y la debida organización para el funcionamiento académico. Del decreto en cuestión transcribimos los artículos 3º y 15º.

“Artículo 3º Habrá en el Colegio de Pamplona un rector, un vicerrector, dos catedráticos de la clase de jurisprudencia civil y canónica, dos de la clase de ciencias filosóficas, exactas y naturales, uno de latinidad y gramática castellana, y uno de idiomas vivos, dibujo y elementos de agricultura, geografía e historia.

“El rector y el vicerrector pueden ser al mismo tiempo catedráticos y disfrutar reunidos los sueldos de la cátedra y del rectorado o vicerrectorado”.

“Artículo 15º. Los cursos ganados en el colegio de Pamplona, con todos los requisitos legales, habilitan para obtener el grado universitario”.

El decreto del General Santander dio vida al colegio; le otorgó categoría universitaria, ordenó facultades de derecho y filosofía e implementó el mismo plan de estudio que regía en el Colegio de San Bartolomé en Bogotá. Le fue cedido el local del convento de los Agustinos (donde funcionó por muchos años el Colegio de las Hermanas Terciarias); el antiguo local fue sometido a refacción, y entretanto la Casa de Estudio —que así se llamó— funcionó en el Colegio Viejo de los jesuitas,<sup>49</sup> hoy Plaza de Mercado cubierto.<sup>50</sup>

Una vez terminados los arreglos de la edificación, se dio inicio al año escolar, solemnemente, el 27 de octubre de 1835, con 45 alumnos bajo el gobierno de Don Isidro Villamizar Gallardo quien, como autoridad de la ciudad, escribió al Secretario del despacho del Interior y de Relaciones Exteriores:

“Tengo la satisfacción de participar a Ud. que a las cuatro de la tarde del 18 de los corrientes (octubre) se verificó la apertura del Colegio de esta Provincia, en los términos que Ud. verá por la copia del acta que acompaño. El concurso de esta función fue tan numeroso, que sin embargo de que la capilla del colegio es bastante capaz, una gran parte del pueblo quedó en la calle sin poder entrar a ella; el regocijo se ha manifestado en el semblante i la expresión de cada uno de los ciudadanos, en seis días de fiestas públicas con que se ha celebrado un suceso de tanta importancia para la provincia i en los cuales se han felicitado unos a otros, juntando sus votos al cielo por la conservación del establecimiento que hay por mejorar nuestra educación ... El celo, fervor i actividad con que han empezado a desempeñar sus funciones la subdirección de estudios, i el Sr. Rector Dr. Emeterio Ospino...

...“Sírvasse U.S. poner en conocimiento de S.E. el poder ejecutivo tan fausto suceso, ofreciéndole de mi parte mis mayores esfuerzos por la conservación y adelantamiento del colegio, i que contando, con el jefe que hoy preside la República, i lo hará

memorable en la historia literaria de la Nueva Granada, lejos de sufrir la suerte desgraciada que tuvo en años anteriores...Soy de U. S. mui obediente servidor, Isidro Villamizar”.

La pequeña escuelita que existiera en los comienzos, sobrevivió a todos los embates divinos y humanos: terremotos, guerras, etc.; el Radicalismo y sus Estados soberanos hicieron especial énfasis en la educación, y beneficiaron el Colegio con significativos aportes: el Congreso de Colombia adjudicó en propiedad la sede donde venía funcionando el antiguo convento de los agustinos, con cien metros de frente por cincuenta de ancho y una sección de dos plantas, con patios, dormitorios, laboratorio de física importado de París, y un amplio salón de actos para eventos especiales. Esta es la Ley del 6 de marzo de 1859:

“El Congreso de la Confederación Granadina, Decreta:

“Artículo único: cédese al Colegio de San José de Pamplona la casa de propiedad nacional que hay en aquella ciudad. El Presidente del Senado, Vicente Cárdenas. El Presidente de la Cámara de Representantes, José Antonio Marroquín.”

En distintos momentos de su historia, ciudadanos cultos y profesionales de mérito prestaron su concurso como profesores, a más de los ilustres docentes asignados; en un artículo del hebdomadario *El Impulsor*, de 1906, dirigido por el Dr. Leopoldo Castellanos Hernández, quien fue su profesor, anota:

“Desde la época de su fundación, el Colegio de San José ha tenido un cuerpo docente notable por sus virtudes y por su ilustración; y los archivos del Establecimiento deben guardar con amor y gratitud, los nombres de los Pbro. José Ma. Ramón, Emeterio Ospina, Marcelino Gutiérrez Salgar, Ramón García y José Natividad Zafra; habiendo llegado el Colegio a su mayor brillo y esplendor, durante el rectorado de este último eminente sacerdote, educado en Roma en el Colegio piolatino bajo la protección de la Curia Diocesana. El Dr. Zafra dio en él, durante dos años, lecciones de alta filosofía, y estableció con resultados halagadores los títulos de Bachiller, Licenciado y Doctor en Literatura y Filosofía. Y entre los rectores que han dado renombre al Establecimiento, es preciso recoger también los nombres ilustres de los Dres. Ramón Vargas de la Rosa, José Joaquín Vargas, Carlos Nicolás Rodríguez, José María Villamizar Gallardo, Dámaso Zapata, Eulogio Ramírez, Manuel José Valencia, Santiago Cortés S., Pedro Elías Otero, Isidoro Laverde

Amaya, Carlos Felipe Torres, Antonio R. Costa y Mesier Eufantin, distinguido agrónomo francés, contratado durante la administración del Dr. Aurelio Mutis.

“Los estudios hechos en este Colegio, particularmente en ciertas épocas brillantes, eran de tal solidez, que sus alumnos podían pasar directamente a cursar estudios superiores en las facultades de la capital de la República...”

El Provincial aparece con distintos nombres a lo largo de su historia en los documentos oficiales: Casa de Estudios, de Segunda enseñanza, Escuela superior, Colegio de San José, Colegio público de Pamplona.

En 1872 la consiliatura dispuso: “La junta organizadora del Colegio, compuesta por los señores Emilio Villamizar, Félix María Hernández, Eulogio Ramírez, Joaquín Peralta, Eliseo Canal, Juan Antonio Hernández, Telésforo Bonilla y Rafael Romero, lanzó el 20 de noviembre de 1872 el prospecto que anunciaba a la ciudadanía que el 1º de febrero de 1873 se abrían las matrículas del plantel, que funcionaría por el término de cinco años, y que tendría anexa la escuela agrícola creada por la ley 36 del año anterior”. Ordenaba también dicha junta que “el uniforme para todos los alumnos es obligatorio y constará de levita, pantalón, chaqueta y corbatas negras y sombrero de nacuma”.

En 1875, la consiliatura puso en venta algunas de las propiedades del Colegio: “La Casa del Parque,<sup>51</sup> situada en la Parroquia del Carmen, y El Colegio Viejo, dividido en cuatro locales y puesto a pública subasta.”

En las guerras frecuentes, las instalaciones fueron ocupadas indistintamente por tropas de los distintos bandos;”...durante las últimas guerras civiles que han azotado al país, las fuerzas del Gobierno y de la Revolución ocuparon, alternativamente, el local del Colegio, destruyendo por completo el mueblaje y los gabinetes de física e Historia Natural y el Laboratorio de Química, que eran tenidos en su tiempo como de los mejores de la República”.

“Con los sucesos de los años treinta a cuarentaicinco, el Colegio decayó visiblemente y a mediados del siglo era un pequeño establecimiento educativo.

Alrededor de 1850 la ciudad recibió la visita del Dr. Manuel Ancízar, “a quien no le cayeron en gracia ni la ciudad, ni sus gentes, ni sus centros sociales, y escribió en su libro La Peregrinación de Arpa: “Hai una casa de educación secundaria, en que se intenta enseñar latín i metafísica, tal vez para instruir jóvenes que en lo adelante descubran i hagan valer las ricas minas de la provincia o contribuyan al perfeccionamiento de la agricultura”.

A principios del siglo XX, para subsanar la carencia de planteles de educación que había dejado la guerra, don Julio Pérez Ferrero fundó el Liceo Católico, que sostuvo hasta 1906, cuando el colegio Provincial reabrió sus puertas y don Julio fue nombrado rector; este estuvo en la rectoría hasta 1910 (año en que asumió la presidencia de la primera Asamblea del recién fundado departamento Norte de Santander).

En una tercera etapa (1923 a 1930), el Colegio recuperó su autonomía, conforme a la Ordenanza No.26 de 1923 que le dio consiliatura y un régimen interno igual al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá, así como \$40 000 para indemnización de los daños que le causó la Guerra de los Mil Días, al tomarle su edificio para cuartel y hospital militar.” La comunidad de los Hermanos Cristianos, como lo habíamos anotado, asumió la dirección del plantel en 1930.

## La Escuela Naval, la Universidad Nacional

Tres años demoró la construcción del nuevo Colegio, tiempo record de una obra pública dadas las características acostumbradas; en la pronta ejecución tuvo que ver la intervención directa del presidente Eduardo Santos, que a su paso por Pamplona, en visita oficial al Departamento, ofreció a la ciudad la construcción del colegio y dio especial prioridad a la construcción; la obra fue terminada en 1943.

Como alumno a Eduardo Villamizar Lamus le correspondió estrenar el edificio; este mismo año tuvo de profesor al P. José Rafael Faría; el Pbro., estaba vinculado al Colegio desde 1923 (en 1924 había sido Vicerrector); dictaba en los primeros años Lógica, Religión e Historia Patria, y Apologética en los cursos de 5º y 6º. (Por las fechas podemos advertir que la vocación docente del Padre se manifestó de manera temprana, y a la par de su vocación religiosa). Chato pudo ser su discípulo presencial, como otros lo eran a través de los textos pedagógicos del Pbro., que versaban sobre religión y filosofía, textos de amplia difusión nacional e internacional, algunos de carácter obligatorio en colegios de Colombia y el exterior.

Entre los varios títulos, publicó uno de poemas titulado *De mi huerto*, donde dejó ver su vena lírica, propia de un ser romántico, sensible y soñador; no estuvo el padre exento de voluntad pragmática, pues sus numerosos libros didácticos llegaron a proporcionarle considerables dividendos editoriales; en uno de sus libros el sacerdote quiso emprender una refutación de la teoría marxista, a partir de su punto de vista religioso; dicho libro, de pequeño formato y pasta roja, semejaba los libros editados en la República Popular China, y sus alumnos de la Universidad lo bautizaron jocosamente el Libro Rojo del Padre Faría, en alusión al famoso Libro Rojo de Mao Tse Tung, por entonces “biblia” de la revolución china.

Con su estampa teatral, Eduardo Villamizar Lamus declamaba en los actos literarios del Colegio; una de sus actuaciones en el género es

recordada con gracia por su condiscípulo y amigo el médico Carlos S. “Maduro” Parada, que nos cuenta de una sesión solemne donde Chato recitó con lucimiento *Margarita Gautier*, el poema de Rubén Darío:

Recuerdas que querías ser una Margarita  
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está  
cuando cenamos juntos, en la primera cita,  
en una noche alegre que nunca volverá...  
Tus labios escarlatas de púrpura maldita  
sorbían el champán del fino baccarat;  
tus dedos deshojaban la blanca Margarita:  
“Si...no...sí...no” ¡Y sabías que te adoraba ya!

En el lustro estudiantil que nos ocupa, el deporte fue la actividad que más tiempo adicional demandó del Chato; aficionado al básquetbol, como ya lo hemos dicho, sobresalió en este deporte y jugó como pívot en la selección oficial del Colegio. La afición le venía de sus tiempos de alumno en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús de Cúcuta, cuna regional de este deporte, que llegó a convertirse en emblema del Departamento por los mismos años en que él cursaba su primaria en este notable Colegio en Cúcuta.

En una foto tomada en el patio central del Provincial, publicada en el Aguilucho de 1949, se le ve con el uniforme de la selección, en pleno disfrute vital de sus años mozos: un joven serio, esbelto, bastante lejano del hombre robusto que conocimos después.

En la década de los cuarenta, varias figuras del deporte hicieron historia a su paso por el Colegio Provincial; en basquetbol Gregorio Gilly, los hermanos León y Enrique Hoplan, los hermanos Meneses, Humberto y Mario, de Bucaramanga; en el internado imperaba el béisbol, deporte favorito de los venezolanos; esta modalidad tuvo figuras notables como los hermanos Hublet, de Maracaibo (el pitcher era Enrique, el mayor); el béisbol, deporte de gran popularidad en el Caribe, resultaba algo exótico en nuestro medio andino, pero pronto cobró afición y sus practicantes llegaron a organizar campeonatos con participación de varios equipos, entre ellos el del batallón García Rovira, integrado por soldados oriundos de la costa atlántica.

El fútbol tenía numerosa afición; el P. Manuel Grillo Martínez, profesor, poeta y *centre forward* (jugaba con sotana), era su promotor; siendo

profesor del Provincial organizó campeonatos donde participaron hasta diez equipos locales. “Los balones —dice el médico Carlos Parada— se fabricaban en la talabartería del papá del futbolista Álvaro Niño, en la Calle Real, donde estuvo la farmacia Muñoz”.

El colegio era dirigido por los H.H.C.C., de grata recordación, con sus nombres tan característicos, peculiar antroponimia de esta comunidad que usaba nombres compuestos, insólitos: Andrés Cecilio, prefecto de primera división; Cándido Martín, impulsor del deporte y réferi de varias disciplinas; Juan Agustín (llamado Juan y medio por su estatura) era el rector; Enrique José, Francisco Pedro, Remigio María, Atanasio Emilio, Gilberto Luis, Gonzalo Carlos, Gedeón Marie... Los profesores civiles más recordados de la época fueron Hermes Martín, Fernando Velandia, Joaquín Faría, etc., (este último hermano del Pbro. fundador).

En el Provincial la misa diaria era obligatoria; a las 6 a.m. todo el alumnado debía estar presente, so pena de castigo, consistente en pasar la tarde del domingo encerrado en el colegio. Algunos alumnos, los que sacaban siempre los primeros puestos, comulgaban todos los días y lo hacían de manera ostensible, ante ojos de los superiores, para ascender en méritos. Chato Villamizar no comulgaba todos los días ni perteneció al exitoso club de “sapos” o aduladores; su condición era la de un alumno de rendimiento aceptable, católico sin aspavientos.

Hemos dicho que el castigo consistía en permanecer encerrado en el colegio la tarde del domingo; en el recinto solitario pesaba un silencio sobrecogedor, y el tiempo se alargaba como paradigma del tedio metafísico; pasaba con una lentitud que podía palpase; para poder salir había que aprenderse una poesía imposible, y recitarla completa al hermano prefecto, como requisito *sine qua non* para obtener la libertad, donde los otros condiscípulos disfrutaban a plenitud: iban a matiné en el teatro Cecilia, mascaban chicle, fumaban cigarrillos perfumados, veían a las novias y a las venezolanas internas el único día que salían a la calle; existía un sitio llamado El Moroco, establecimiento de sano esparcimiento, con patinódromo y venta de sándwiches, empanadas, refrescos, donde se podía patinar en la pista o se bailaba al son de los ritmos de la época, boleros, guarachas y porros.

“A veces nos amacizábamos sanamente, sólo mejilla con mejilla”, dice Manyú Carrero. Un pamplonés, Alfonso Núñez, propietario de El Moroco, había vivido en Estambul y a su regreso montó aquel negocio, que decoró con vistosos motivos de la remota capital turca; allí

disfrutaba el público juvenil, las muchachas más simpáticas y populares de la época eran las Vargas Rey, las Vargas Torres, las Romero Villamizar; el citado Waldo Carrero, alumno del Provincial y partícipe de aquellas *soirées* estudiantiles, hace en su libro el inventario casi exhaustivo de las piezas musicales que animaron las tardes dominicales bailables de aquel tiempo:

“Dos almas, Duda, Quizás, quizás, quizás, La última noche, Seré para ti, Lucerito de plata, Tristezas del alma, Usted, Me pedías un beso, Hasta mañana, Amorcito corazón, Vereda tropical, Mujer, Bésame mucho, Muñequita linda, Solamente una vez, Yo tengo ya la casita, Sin ti, Navidad, Camino verde, Aunque me cueste la vida, Estamos en las mismas condiciones, Humo en los ojos, Un poquito de tu amor, Inolvidable primavera, Porque un beso como el que me diste, Partiré canturriando, Piel canela, Noche de ronda y en los últimos años canciones de las películas americanas, italianas y francesas: Begin the beguine, You you you, All my love, Monalisa, Vaya con Dios, Abril en Portugal, Piccolissima serenata, Que será será, Nunca en domingo, Cést si bon, La vie en rose”.

A mediados de los años cuarenta terminó la II Guerra Mundial; Colombia no estuvo ajeno al conflicto; los golpes bélicos de Europa retumbaron en el tambor del mundo y el gobierno de Alfonso López Pumarejo había tomado posición beligerante en contra de la Alemania nazi. En el país se caldeaban los ánimos para la próxima violencia, más bárbara que la anterior, si se quiere, o se intensificaba la existente. Alfonso López Pumarejo, cabeza de un gobierno progresista, renunció a la Presidencia en mitad del segundo mandato, presionado por la oposición conservadora, encabezada por el diario El Siglo; el encargado de terminar el período fue el ministro de gobierno, Alberto Lleras Camargo.

En 1946 Lleras Camargo, presidente interino, dispuso el nombramiento de alcaldes militares para la mayoría de los municipios de Norte de Santander, y así “salvaguardar el orden público en las próximas elecciones”; el gobernador del Departamento Alfredo Lamus Girón se mostró incómodo con la medida, aduciendo que las elecciones anteriores, de 1945, bajo su mandato “habían sido ordenadas, y se había sancionado no solo a los empleados politiqueros sino a los falsificadores de los resultados”; como consecuencia de su descontento, Lamus Girón renunció al cargo; en la carta de renuncia consideró “lesivo para su

dignidad de Gobernante, y señal de desconfianza a sus actos de gobierno, que se invadiese un fuero exclusivamente suyo como era el de nombrar alcaldes”.

El contenido de la renuncia del gobernador nortesantandereano causó revuelo en la prensa y los medios políticos de Bogotá; “El Tiempo” la calificó como acto de rebeldía contra del ejecutivo central. Fue esta la causa de la desavenencia entre las dos figuras destacadas del liberalismo, los doctores Lleras Camargo, jefe nacional, y Alfredo Lamus Girón, jefe en Norte de Santander. La familia del mandatario regional asumió la ojeriza., así mismo el personaje objeto de esta biografía.

Alfredo Lamus Girón fue un dirigente sensible, de firmes convicciones democráticas; en su vida personal y como gobernante dio importancia a las artes, que consideró vehículo de educación y humanización; en su primera administración (1943), fundó la Orquesta Sinfónica Departamental y la Escuela de Música y Pintura “Ramón González Valencia” en Pamplona; influyó en la creación del Museo de la Casa Colonial; su esposa, Alicia Guerrero de Lamus, lo acompañaba en estas labores culturales. El doctor Lamus era pintor aficionado; en la torre de su “castillo” rosado, practicaba este arte con gusto y devoción.

### Alfredo Lamus Girón

Natural de Bochalema, se graduó en Medicina en la Universidad Nacional de Bogotá, el 12 de noviembre de 1924. “Estuvo cuatro años como practicante cirujano en la Clínica Marly; se especializó en Cirugía en París.

“Político militante, dos veces gobernador de Norte de Santander, fue Jefe de la Unidad Sanitaria en Pamplona, donde desempeñó su mayor actividad científica; ejerció su profesión en Cúcuta muy esporádicamente.

“Cuando se escriba la “Historia de la Medicina en Pamplona”, se podrá apreciar el aporte científico que hizo a la Ciudad y el beneficio hecho a la comunidad.

“Transcribo la nota que el Dr. Carlos Lleras Restrepo escribió a raíz de su muerte, en la revista “Nueva Frontera” (diciembre 21 de 1981):

“Una llamada telefónica hizo llegar a mi casa la noticia de la muerte de Alfredo Lamus Girón. Me la comunicaron un poco tarde, cuando ya no me era posible hacer los arreglos para concurrir a su funeral. Y me he quedado pensando con melancolía en el viejo compañero, reconstruyendo los episodios de una amistad que comenzó hace ya muchos años, cuando se iniciaba la República Liberal, y que se mantuvo a lo largo de todos los últimos lustros sin una sola sombra.

“Pertenece Alfredo Lamus a esa clase de Jefes Liberales que ha ido desapareciendo: Siempre listo a servir sin demandar recompensas: conductor nato de sus coterráneos

que admiraban su fervor su desinterés político y también la manera tan humana y generosa como ejerció su profesión.

“Los balcones de su casa sirvieron como tribuna a todos los jefes del liberalismo y a su mesa hospitalaria todos los que, subiendo desde los cálidos valles de Cúcuta, llegábamos a la Ciudad colonial a predicar el credo de nuestro partido. Desde esos balcones hablé a mis copartidarios en el curso de mi última campaña electoral y Alfredo, ya minado por la edad y las enfermedades, hizo un supremo esfuerzo para anunciar mi intervención.

“Gran amigo y gran ciudadano. Profesaba a su patria chica un entrañable afecto. Afecto por la tierra, para la vida llena de historia, para sus gentes. Le sirvió en todos los campos y jamás quiso separarse de ellas. ¡Cómo mantuvo viva la llama del liberalismo en las épocas de adversidad! Siempre estuvo listo a todos los sacrificios y mientras pudo intervenir en la política de su Departamento, le comunicó la dignidad de su propio comportamiento.

“En el Congreso, del cual fue miembro distinguidísimo, su voz fue siempre la de la sensatez y la concordia. Como lo fue en el seno de las convenciones liberales. Tuve la fortuna que me acompañara en casi todas mis empresas políticas con la discreción que fue en él característica, y su muerte quiebra un vínculo que fue para mí tan amable y tan honroso”.

“Completa y exacta descripción del caballero, del ciudadano, del político y del médico.

“El Doctor Lamus murió a los 83 años en Pamplona, el 9 de diciembre de 1981”.

Dr. Juan Agustín Ramírez Calderón. *Historia de la Medicina en Norte de Santander.*

Arriba anotábamos que el partido liberal se había presentado a las elecciones presidenciales de 1946, dividido entre los candidatos Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay. Lamus Girón, acatando la “disciplina de partido” adhirió a Turbay, representante oficial de la colectividad. La contraparte conservadora le apostó a la división liberal y ganó; para 1946-1950, fue electo a la presidencia Mariano Ospina Pérez.

En este período ocurrió el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, en una calle céntrica de la capital. La repercusión del magnicidio estremeció al país; hubo motines en todas partes y en la vecina y liberal Cúcuta, se produjo una de las mayores reacciones violentas.

Eduardo Villamizar Lamus relataba la angustia vivida en aquel día, en Pamplona igual que en el resto del país; la consternación que la noticia produjo avasalló los ánimos; él y sus hermanos, como jóvenes liberales, acudieron ante su tío Alfredo, jefe del partido en la comarca, y se pusieron a sus órdenes.

—¿Qué hacemos? —preguntaron los muchachos.

—Nada —dijo el tío Alfredo—. Váyanse para su casa.

En realidad “irse para la casa” era todo cuanto podía hacerse en aquel momento de desconcierto general; de norte a sur, de oriente a occidente, se desató la violencia; la nación entera tembló de rabia, de frustración, de dolor; por doquiera se respiraba miedo, amenaza, venganza. La muerte de Gaitán significó el fin de la esperanza de un pueblo irredento. Esa tarde se cerraron los colegios, las entidades suspendieron actividades, los habitantes se guardaron en sus viviendas. Se esperaba lo peor. Hubo quienes, desde luego, aprobaron en privado el magnicidio. Pero para la mayoría de colombianos el presente y el futuro se presentaba oscuro, incierto, amenazante.

Los liberales, con “el fin de resguardar las vidas”, hicieron un pacto de participación con el gobierno conservador de Ospina Pérez, y con carácter de urgencia fue nombrado ministro de gobierno el Dr. Darío Echandía; los dirigentes liberales del departamento, encabezados por Alfredo Lamus Girón, enviaron al Ministro liberal la siguiente declaración:

Cúcuta, abril 12 de 1948

“Profundamente conturbado el ánimo por el tremendo golpe asestado con la Patria y el Liberalismo, al ser sacrificado por mano asesina la preciosa existencia de nuestro Jefe Máximo, el doctor Jorge Eliécer Gaitán, orgullo de la democracia americana y esperanza legítima de Colombia, así como por los acontecimientos registrados bajo la conmoción que tan salvaje hecho produjo en el alma nacional, y teniendo en cuenta;

1°. Que el señor Darío Echandía, figura esclarecida de la causa liberal, se ha posesionado del alto cargo de ministro de gobierno, acompañado en el gabinete por eminentes figuras del partido;

2°. Que el doctor Echandía tomó dicho paso trascendental con el pleno respaldo de la Dirección Liberal Nacional, compuesta por todos los miembros que constituían la Junta Asesora del Jefe Único, doctor Jorge Eliécer Gaitán;

3°. Que tal determinación fue adoptada después de estudiar cuidadosamente con los más connotados dirigentes del partido la situación extraordinariamente difícil que se ha presentado para la Nación, y la necesidad de mantener incólume los principios liberales, que con tanto denuedo supo cuidar en todas horas el gran caudillo desaparecido, y defender los fundamentos republicanos y democráticos que han sido norma de la nacionalidad y los únicos que pueden garantizar el bienestar y la grandeza futura de la Patria, los suscritos, miembros de la Dirección Liberal de Norte de Santander, declaramos:

1°. Que condenamos con toda energía de nuestro ánimo y con el sentimiento de nuestro corazón herido en lo más profundo, el atroz y abominable crimen que privó al Liberalismo de su Máximo Jefe, el doctor Jorge Eliecer Gaitán, en cuyas manos flotaba limpia la bandera del partido en marcha victoriosa hacia un porvenir venturosos para Colombia;

2°. Que señalamos la vida del doctor Jorge Eliecer Gaitán como el aliento perenne para el partido, luz inextinguible que iluminará su futuro, y su sacrificio como la pérdida más irreparable para la Patria y para la causa liberal;

3°. Que sostenemos y defendemos a toda costa la pureza de los principios liberales que no son otros que los de mantener la independencia de la nación y el imperio de la libertad, la justicia, la democracia, el orden constitucional y legal, el respeto a los derechos de todas las personas y colectividades, y la protección a la vida e interés de cuantos conviven y trabajan en el seno de la Patria...

(En el documento hay otros considerandos que se pueden resumir de esta manera: el unánime pedido de los líderes liberales del departamento a sus huestes de mantenerse unidos en torno a los principios de la no violencia, respeto institucional y apoyo a los miembros de la colectividad que aceptaron hacer parte del gobierno conservador, en busca del restablecimiento de la paz; exigencia al gobierno del respeto debido al partido liberal, a su origen constitucional, y a su voluntad de cooperación en los difíciles momentos que atravesaba el país).

Firmaron: Alfredo Lamus Girón, Virgilio Barco Vargas, Luis A. Cáceres, Nicolás Colmenares, Alberto Camilo Suárez, Alfonso Lara Hernández, Guillermo Eliseo Suárez, Luis Hernández Gutiérrez, Rafael Espinoza, y otros.

A los diecisiete años (la mayoría de edad se cumplía a los veintiuno), terminado el quinto año de bachillerato, Eduardo decidió entrar a la Escuela Naval Almirante Padilla, en Cartagena; lo anunció con anticipación, siguiendo los pasos acostumbrados: primero la familia, luego el colegio, por último los amigos: “el Chato Villamizar se va para la marina”, dijeron las voces del entorno en la localidad. En las etapas del trámite hubo expectativa por la partida, se cumplieron despedidas, promesas, recomendaciones, anhelos, consejos.

La decisión juvenil tenía mucho de aventura gloriosa, de osada incursión en el ámbito de lo remoto y desconocido, esta vez con el lejano mar como trasfondo; la verdad es que al futuro marinerlo lo esperaban días de

fuerte disciplina castrense, y la no descartable posibilidad de verse obligado a participar en una eventual guerra; la decisión parecía tener visos definitivos, un tanto dramáticos, como la de quien opta por ingresar intempestivamente al seminario, o ingresa en una comunidad misionera encargada de evangelizar en alguna selva remota; al joven aspirante a la marinería debieron de tentarlo los sueños de la aventura novelesca, estimulados por las atractivas fotografías que traían los prospectos, donde los cadetes lucían impecables uniformes, casinos de elegantes salones donde jugaba billar como en la corte inglesa, bajo lámparas rutilantes, espléndidas; fiestas y bailes de gala eran con la presencia de muchachas de la sociedad cartagenera; no fue el único de sus paisanos que entraron a la Armada; otros jóvenes lo hicieron, en obediencia cierta fiebre de moda que había en el ambiente; sin embargo, entre las expectativas que mostraban los prospectos y la realidad había diferencia; salvo excepciones (el Almirante Jaime Parra Ramírez, de Chinácota, que accedió al máximo galardón naval), los aspirantes del interior a la marinería disponían de menores condiciones físicas que los de la costa, que podían adaptarse mejor a los rigores propios de la milicia naval. Empezando por el clima y la exigencia mínima de la natación. Villamizar Lamus ingresó a la Escuela Almirante Padilla en marzo de 1950, y permaneció hasta febrero del 51, cuando pidió la baja; pero, antes de retirarse pudo pasar vacaciones en Pamplona, y paseó por sus calles con el uniforme de cadete de la Armada, en compañía de su hermano Jaime, a su vez bachiller de la Escuela Militar de Bogotá.

Consuetudinariamente los dos hermanos mantuvieron una suerte de emulación fraterna, como esta vez por los uniformes respectivos y decidieron pasear por las calles luciendo los uniformes de gala; pasaron frente al centinela del Batallón García Rovira, para que este les rindiera pleitesía militar; Chato pasó primero pero el centinela no se inmutó; cuando pasó Jaime ante la garita el guardia llevó la mano al casco y se puso firmes. Podríamos aventurar aquí un breve diálogo plausible:

—¿Si vio, Chato? —dice Jaime henchido de orgullo como un pavo.

—¿Qué? —finge él.

—¡Que el centinela se me cuadró a mí y a usted no!

—¡Ah, es que los boyacos de infantería nunca han visto un uniforme de la Naval, que es el más elegante de todos! —remata Chato.

Aquel año los dos hermanos dejaron la milicia; Jaime siguió vinculado con los cuerpos castrenses como odontólogo; su condición de liberal le

había impedido continuar la carrera militar, pues según dice su hermano Luis Carlos, “lo eliminaron por causa de *la várice roja*, el pretexto exhibido en la institución para descartar liberales”; Chato renunció a la carrera naval por propia voluntad; como causa adujo un golpe accidental recibido por un remo en un riñón; pero, viendo la lista de cadetes que ingresaron aquel año, setenta, salta a la vista que más del cincuenta por ciento obtuvo la baja, una muy alta proporción. En el curso de Eduardo Villamizar Lamus, Contingente NA 17, dos cadetes llegaron a recibir el grado máximo como almirantes de la Armada Nacional: Manuel Avendaño Galvis y Rafael Grau Araújo; en reportaje a este último, la periodista Ángela Cortina<sup>52</sup> le pregunta al almirante Grau Araújo: “¿Cómo recuerda sus primeros y últimos días en su carrera naval?; responde el almirante: “Los primeros me traen recuerdos jocosos y los últimos nostálgicos. Recuerdo que ya siendo cadete me volé para la fiesta de bienvenida que le hicieron a mi amiga Miriam Barrios, y por eso pasé 13 días en un calabozo de 1,90 metros de largo por 0,80 centímetros de ancho, infestado de ratones y cucarachas, a pan y agua cada tercer día, en pantaloneta, sin camisa ni zapatos tenis, sin cordones para que no me ahorcara, y a pesar de que ese fue mi estreno como cadete, seguí. Los últimos momentos fueron una mezcla. Por un lado estaba emocionado porque iba a tener más tiempo con mi familia y para hacer otras cosas, pero también sabía que me iba a hacer falta la rutina que tenía en la armada”.

En 1951 Chato Villamizar regresó al colegio Provincial, a terminar el bachillerato; se graduó aquel año con las siguientes calificaciones, sobre 30 puntos. Literatura: 29, Francés: 24, Inglés: 20, Historia: 25, Geografía: 25, Religión: 24, Filosofía: 26, Física: 21, Química: 21, E. Física: 30, Canto y Música: 24. Total: 300. Puesto 12.

Tenía fama de buen lector; en su adolescencia leyó todos los libros de la colección Labor que había en su casa, 100 títulos de los más diversos temas. Le atraían especialmente los asuntos científicos e históricos; conocía al dedillo la táctica y la estrategia de los ejércitos en la Segunda Guerra Mundial; otros temas menos sesudos no le fueron ajenos: el período de Oro del fútbol nacional, entre 1949 y 1953, época en que en los equipos criollos jugaron grandes figuras internacionales, sobre todo en Millonarios, llamado el “Ballet Azul”: Alfredo Di Stéfano, Adolfo Pedernera, Néstor Raúl Rossi, Schubert Gambetta, Eusebio Tejera,

Antonio Sacco, Bibiano Zapirain... Al decir de Gonzalo “Turpial” Villamizar, el ídolo del Chato era Santiago Murman, un jugador brasileño cuyas hazañas celebraba y transmitía con voz de locutor, en partidos imaginarios: “Murman avanza con la bola, mira a su alrededor, analiza el entorno y mide la distancia, avanza, reina el suspenso en el estadio, los rivales están tensos, vigilan a Murman que se lanza a coronar el área, penetra en territorio enemigo, dribla a uno, dribla a dos, dribla a tres, rompe el cerco de la defensa y penetra el área, el estadio se pone de pie, ¡gol!, señores, ¡oooooooooooooooooool de Santiago Murman! Media gradería salta y grita de felicidad, mientras la otra mitad guarda silencio ¡Pero así es la vida, campeón! Santiago Murman fue el paradigma futbolístico de su juventud. Gonzalo terminó por decirle *Santiago*, igual al futbolista, y él le decía a su amigo Turpial; Murman es un jugador desconocido, hasta el punto de no saberse si existió realmente o fue una invención de Chato, a través del cual proyectó su afición juvenil, su ficción futbolística.

Desde temprana edad Chato mostró vivo interés por la información de la prensa escrita y radial; los domingos leía *El Tiempo* de pe a pa (periódico que su padre repasaba todos los días con fervor liberal); complementaba la lectura de periódicos con las revistas y largas sesiones de noticias por la radio. Convirtió la información actualizada en costumbre cotidiana y la mantuvo hasta el final; él, junto a su primordial vocación educativa, puede decirse que poseyó vena periodística innata; dos actividades que bien entendidas pueden complementarse positivamente; de haber existido en esos años facultades universitarias en estas materias, podrían haberse presentado como opción.

En 1951 se inscribió en la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional de Bogotá; su hermano Jaime también lo hizo; otros familiares y condiscípulos llegaron a estudiar a la capital: su pariente Álvaro Villamizar Suárez, sus condiscípulos Alfredo Carrasco, Alfonso Villamizar Silva, Jaime y Germán Moure Ramírez, Roberto Trujillo y otros; un grupo de paisanos y parientes, dispuestos a compartir la carga de la soledad y el “exilio” capitalino; al principio los Villamizar Lamus vivieron en casa de su tío el abogado Rafael Villamizar Girón, luego en las residencias universitarias. Chato ya había iniciado su memorable afición por el cine, y era su espectador consumado; durante las décadas siguientes vio todas las películas memorables que llegaron a Colombia. Bogotá era la ciudad de los cines; en la urbe proliferaban las salas; en el

centro, en Chapinero, unas de índole “plebeya” (cine continuo), otras de estrenos, elegantes, forradas en cortinas de terciopelo, silletería acojinada, telón de boca que se abría puntual en los horarios establecidos de matiné, vespertina y noche; la solemnidad teatral del espectáculo se hundía en la oscuridad, donde ocurría la magia hipnótica del cine; cada día, sobre todo en los fines de semana, el público capitalino se volcaba a los teatros.

Los diarios anunciaban las películas con su respectiva censura, en página completa, desde la portada. Para Eduardo “Chato” Villamizar el cine fue su pasatiempo favorito; cinéfilo adicto, lo disfrutó como el que más. En los años cincuenta las películas norteamericanas y europeas consagraron al tema de la II Guerra Mundial su producción más exitosa; el público buscaba ávidamente los títulos en las carteleras: El puente sobre el río Kwai, Los cañones de Navarone...; igual los westerns eran muy apetecidos: Veracruz, Río Bravo, Los siete magníficos, A la hora señalada, Shane el desconocido (los actores eran Gary Cooper, Cary Grant, John Wayne, James Stewart, Montgomery Clift, Henry Fonda, Paul Newman, Burt Lancaster, Marlon Brando, Gregory Peck, etc., las estrellas masculinas del celuloide y sus pares “los animales más bellos del mundo”: Ava Gardner, Rita Hayworth, Liz Taylor, Marilyn Monroe, Audrey Hepburn, Sara Montiel, María Félix, Grace Kelly, Sofía Loren, Gina Lollobrigida, etc.; llegaba el cine europeo de grandes maestros de vanguardia, filmes del neorrealismo, de la Nueva Ola, a cuyo arte nuestro aficionado nunca estuvo ajeno. A veces dedicaba sesiones enteras, matiné, vespertina y noche, sin perjuicio de sus pesados compromisos con la Universidad, donde exigían el aprendizaje de un capítulo diario de anatomía de cuarenta páginas. El estudiante tenía tiempo para todo, incluyendo los sueños; su cabeza funcionaba con precisión, allí no había lugar para languidez ni procrastinación, ninguna actividad se atravesaba con la otra, todo marchaba con orden y eficacia.

Aun siendo estudiante, fue nombrado profesor de la Universidad Libre; dictó Anatomía, materia de su predilección, que dominó a plenitud; en la Universidad Nacional donde cursaba fue nombrado igualmente como pasante; debió de dictar en otros planteles, quizás en el colegio de su pariente, el ilustre pedagogo Ernesto Villamizar Daza, que fuera Secretario de Educación de Bogotá. Dictar clases le permitió a Villamizar Lamus profundizar sus estudios y recibir ingresos que le proporcionaban más entradas al cine y la satisfacción de poder ayudar a

sus hermanos, como ellos lo han reconocido; la categoría fraterna de Chato fue fundamental; lo confirman los testimonios de afecto que él profesaba por ellos; si bien se mira, entre sus varias vocaciones tuvo en primerísimo lugar la de ser padre, maestro y hermano, así lo practicó con sus hijos, sus amigos, alumnos y hermanos.

Los días 8 y 9 de junio de 1954, en las calles bogotanas, se desató el acontecimiento que marcaría su vida: la muerte trágica de varios estudiantes (hubo muchos heridos), en una manifestación de protesta durante el régimen de Rojas Pinilla. Como cada año, el 8 de junio, los estudiantes conmemoraban el Día del Estudiante Caído, en honor de Gonzalo Bravo Pérez, alumno de derecho de la Universidad Nacional, muerto en 1929, en una manifestación contra la hegemonía conservadora, con medio siglo de poder excluyente; veinticinco años después, el 8 de junio de 1954, terminado el acto anual en el Cementerio Central, los estudiantes regresaron a la sede de la Ciudad Universitaria, donde se desató un enfrentamiento entre estudiantes y las fuerzas policiales; en la refriega cayó mortalmente herido el estudiante Uriel Gutiérrez, de 23 años, alumno de cuarto año de medicina y segundo de filosofía.

El suceso causó consternación; al día siguiente, universitarios y colegiales de la capital, incluso en ciudades de provincia, marcharon en protesta; exigían un pronunciamiento del presidente sobre el crimen, la efectiva investigación de los hechos y el castigo a los culpables; se cumplía por esos días un año del gobierno del Gral. Gustavo Rojas Pinilla, que había accedido a la Presidencia mediante un golpe de facto.

El día de la protesta, al paso de la marcha hacia la Plaza de Bolívar, se sumaron estudiantes de todas las universidades: Andes, Javeriana, Gran Colombia, Externado, El Rosario, América, y algunos colegios; la prensa calculó en 10.000 el número de participantes en la marcha, que avanzó de cinco en fila, en pleno orden. Al llegar a la carrera 7ª con calle 12, irrumpió un pelotón de soldados. Se supo que pertenecían al Batallón Colombia, ex combatientes de la reciente guerra de Corea.

A continuación transcribimos los relatos de los estudiantes presentes en las primeras filas de la marcha, testigos presenciales en los trágicos sucesos; los testimonios aparecieron en el diario El Tiempo, en la edición del día siguiente, 10 de junio, bajo el título “Los Universitarios dan su versión” (la versión oficial atribuía la reacción de la tropa a disparos dirigidos contra ella desde uno de los balcones de la esquina):

“Marché a la cabeza de la multitudinaria manifestación estudiantil que salió de la Ciudad Universitaria. Durante el recorrido se nos fueron uniendo los compañeros de las demás universidades de Bogotá, que acudían para solidarizarse con nuestro dolor. Así vinimos avanzando hasta la esquina de la calle 12 con carrera 7ª, cuando un cordón de soldados al mando de un cabo nos cerró el paso. Tratamos de persuadirlos de que nos dejara seguir. Ellos no accedieron y en respuesta a nuestra petición nos amenazaban con la culata; decidimos entonces sentarnos en la calle. El grupo de soldados fue creciendo y pude distinguir que por sus uniformes pertenecían al Batallón Colombia. A los dos minutos de llegar los mismos elementos del citado batallón, se desató una cerrada descarga, que fue creciendo y pude distinguir que por sus uniformes pertenecían al Batallón Colombia; recogí al compañero Hernando Ospina, quien falleció minutos después. No oí los disparos desde ningún balcón de la calle 12 de que habla la versión oficial”.

Edgardo Glen Castro (estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional)

“En la esquina de la calle 13 con carrera 7ª ingresé a la cabeza de la manifestación. Fuimos detenidos en la calle 12 con la misma carrera 7ª por un cordón del ejército. Allí permanecimos entonando el himno nacional y sentándonos a ratos. Luego llegó un pelotón de soldados al mando de un oficial. Hubo vítores y aplausos al ejército. Dicho oficial se arrojó a los estudiantes y vi que hablaba de manera acalorada con los de la primera fila. Yo no alcanzaba a entender lo que decían porque me encontraba más o menos en la tercera fila y el bullicio no dejaba oír. En seguida oí una serie de disparos y me tendí en el suelo igual que el resto de compañeros. Que conste que no distinguí intervalo entre el primer tiro y los siguientes y éstos se producían no en forma cerrada, sino continúa”.

Enrique Guzmán (cuarto año de arquitectura de la Universidad Nacional)

El estudiante Eduardo Villamizar Lamus venía en las primeras filas de la marcha, junto a su paisano y amigo Jaime Moure Ramírez; de repente un zumbido de balas pasó rozando sus cabezas; los muchachos se lanzaron al piso; años después, al relatar el episodio, Chato afirmaba sentir todavía el silbido de las balas sobre su cabeza (su hija Majandra dice que su papá no soportaba que le tocaran la cabeza); Eduardo vio en el piso a Jaime, estaba herido. “¡Jaime, Jaime!”, lo llamó con angustia. Como pudo levantó a su amigo y avanzó con él sobre sus espaldas, buscando salida de aquel maremágnum de cuerpos tendidos, gritos, quejidos, voces de auxilio. “¡Aguante, Jaime! ¡Aguante! ¡Vamos al hospital!”. Pero su amigo no pudo responder, estaba muerto.

Jaime Moure Ramírez murió en plena juventud; tenía veinticuatro años; su cuerpo embalsamado llegó a Pamplona en un caja, una oscura noche en la que el que escribe estuvo presente (vivíamos a la vuelta de los Moure); lo entraron a su casa en hombros de los amigos, entre ellos Chato que vino de Bogotá al sepelio.

El suceso lo llevó a tomar conciencia plena de la violencia que azotaba al país; hasta ese momento su experiencia al respecto había sido tangencial, indirecta; no había tenido contacto con la muerte violenta de forma tan cercana; él mismo pudo ser un muerto, y llegar a su casa en un cajón de madera, en hombros de los amigos. El hecho sangriento marcó el principio del fin de la dictadura. Creció la indignación nacional; los estudiantes continuaron las protestas, las marchas se multiplicaron en las calles y él no dejó de participar en ellas; en la universidad se estudiaba, sí, pero también se acudía a los actos de protesta como lo exigían los hechos nacionales; era parte del acontecer universitario, una responsabilidad irrenunciable, histórica, máxime cuando compañeros suyos, amigos y paisanos, habían caído en manifestaciones pacíficas; alguien de su familia afirma que en la primera página de un diario capitalino en aquellos días salió la foto de un joven airado que protesta con dolor y angustia, y que este era el Chato Villamizar. Bien podía ser; o cualquiera otro: el rostro airado de aquel joven estudiante, resumía el de todos los estudiantes de Colombia. El 9 de junio de 1954 hubo veintitrés estudiantes muertos (entre estos otro pamplonés, Jaime Pacheco Mora) y cuarenta heridos.

Jaime Moure Ramírez, estudiante de cuarto año de Química, había perecido protestando por la muerte de uno de sus compañeros de universidad, al que tal vez no conoció, pero alzó su grito de protesta por su injusta muerte; como injusta fue la suya, a causa del viejo anhelo colectivo de justicia, libertad y paz; loables motivos que en nada justifican su temprana desaparición, aunque la ennoblecieron y la hicieron menos vana. El Gral. Gustavo Rojas Pinilla, por presión popular, depuso el poder en mayo de 1957.

Ese mismo año, Eduardo Villamizar Lamus obtuvo el grado de Odontólogo de la Universidad Nacional; recibió el doctorado en ceremonia realizada “en el Aula Máxima de la Facultad de Derecho, a las 11 a.m. del día 28 de noviembre de 1957, con el grupo de alumnos que se inscribieron en los seminarios para elaborar los trabajos de tesis y presentar juntos un trabajo titulado “Histología de la membrana periodontal”.<sup>53</sup>

Una vez con el diploma, el recién graduado partió para su pueblo, con el título de doctor bajo el brazo; esta vez no viajó en bus, sino en avión; ya no haría más los interminables viajes de sus días de estudiante, por la carretera Central del Norte, veinte horas con pernoctada en Málaga, población a mitad de camino entre la capital del país y Nueva Pamplona. Además del diploma, Eduardo traía de su permanencia en Bogotá un cúmulo de experiencias decisivas: en lo político, amplió su visión del país, más allá del ideario de los partidos tradicionales, circunscrito a las pasiones adversas entre sí; no menos trascendente fue su encuentro con la vocación de la enseñanza, hecho decisivo en su trayectoria personal; la inclinación docente lo llevó a plantearse la educación como un compromiso social, al que dedicó todos los esfuerzos como profesor y dirigente; así lo señaló:

“Definitivamente la civilización de un pueblo se mide por la importancia que dé a la niñez y por la preocupación que siente por formarla lo mejor posible. Hacer el verdadero futuro es construir el presente de la infancia. Por eso en todo el gigantesco país americano que se prolonga al sur del río Bravo la primera preocupación actual es educar. Los gobiernos y los pueblos han comprendido que sólo la educación podrá derrotar el subdesarrollo porque solo ella da técnicas de producción y conciencia de destino”.

En su época estudiantil tuvo la oportunidad de ejercer la vocación pedagógica, que vino a confirmar en la Universidad de Pamplona, donde fue profesor durante 28 años, de 1963 a 1991. Habíamos señalado su primera incursión en el oficio profesoral en la Universidad Libre, en 1953, y en la Universidad Nacional cuando fue nombrado profesor Asistente de Anatomía Descriptiva; transcribimos los respectivos nombramientos:

Bogotá, Febrero de 1953

Estimado señor Villamizar:

Tengo el gusto de comunicarle que ha sido nombrado miembro del personal docente del Departamento de Anatomía Primera, desde el 1º de febrero hasta el 31 de diciembre del presente año, con una asignación mensual de \$30,00.

Espero que Ud. nos haga el favor de aceptar este nombramiento, con el cual prestará una valiosa colaboración a esta Facultad. Le agradeceríamos que viniera a la Secretaría de esta Escuela, a la mayor brevedad posible, para tomar posesión del cargo mencionado.

\_La Escuela Naval, la Universidad Nacional\_

Con sentimientos de alta consideración me suscribo de Ud. como su atento y seguro servidor.

Jorge González Esguerra. Decano.

Y en la Universidad Nacional:

Bogotá, mayo 17 de 1955

Señor

Eduardo Villamizar

Tengo el gusto de comunicarle a Ud. que por Resolución Número 387 de mayo 17 de 1955, procedente de la Rectoría de la Universidad Nacional, ha sido nombrado como preparador de M/cte.

Si Ud. acepta sírvase tomar posesión en las Oficinas de Personal y Estadística de la Universidad Nacional.

De Ud. atentamente,

Fernando Henao Ortiz, Secretario.<sup>55</sup>

## 6

### Fundación de la Universidad

Abrió su primer consultorio en la calle de Santo Domingo, la placa junto a la puerta decía: “Doctor Eduardo Villamizar Lamus, Odontólogo, Universidad Nacional de Colombia”. Poco después trasladó el consultorio al barrio del Carmen, en local de la casa paterna.

Finalizaban los años 50, antesala de otro decenio maravilloso, los años sesenta, plenos de sortilegios, promesas y expectativas. Eduardo había empezado a actuar en los prolegómenos de la fundación de la Universidad, tarea en la cual se comprometió cada vez más; se cuenta que por entonces un empleado de su consultorio tenía que ir a buscarlo con frecuencia para recordarle que en la silla de la dentistería lo esperaba un señor con la boca abierta.

—Dígale al señor de la boca abierta que vuelva mañana —ordenaba el odontólogo.

A la par de su condición profesional, el flamante doctor Villamizar Lamus había entrado a asumir el puesto que le correspondía en una ciudad que, ansiosa, esperaba la llegada renovadora de su juventud dirigente; era invitado infaltable en todo tipo de eventos, cívicos, sociales (inauguraciones, celebraciones, aniversarios, grados, etc.), que reclamaban su presencia y en donde no pocas veces debía tomar la palabra. Vibraba en el ambiente general la energía propia de una época que anunciaba cambios, un porvenir que lucía brillante y prometedor.

El P. José Rafael Faría había sacado de su caletre la idea de fundar la institución, proyecto que significaba la salvación de Nueva Pamplona, ciudad que desde los tiempos de “Pamplonilla la Loca” y sus minas de oro no había tenido otra nueva esperanza; sin embargo para los habitantes del poblado el proyecto del P. Faría traía a la memoria un historial de intentos fallidos; el Pbro., no desfalleció y a modo del maestro del Evangelio decidió salir de puerta en puerta en búsqueda de sus discípulos; los visitó en sus casas, les predicó el proyecto, los invitó a participar y con su sentido visionario encontró a los indispensables de la

empresa, entre todos el primero, Eduardo “Chato” Villamizar Lamus. Nadie podía negarse a la invitación del P. Faría, sacerdote y maestro, muy apreciado en la pequeña ciudad. El padre vivía en una casa esquinera de dos pisos, a una cuadra del parque, y allí moraba entre libros, discos, oleos y partituras musicales. Las notas que en la noche irrumpían a veces en el silencio de las calles provenían de su viejo piano vertical. Una lánguida luz permanecía en las ventanas hasta las primeras horas de la madrugada. Una noche de aquel año empezaron a llegar los invitados, un grupo de profesionales, personajes notables de la localidad, que habían decidido acompañar al cura en su gran empeño educativo: la fundación de la Universidad. A partir de ese momento las reuniones se repitieron dos o tres veces por semana.

La primera reunión formal del Comité Pro-Universidad de Pamplona se efectuó en la casa del P. José Rafael Faría, el 28 de septiembre de 1960; el tema a tratar fue la orientación del proyecto. En aras de asegurarle al mismo un amplio apoyo institucional se denominó Universidad de Norte de Santander.

“Un mes después, el 1º de octubre de 1960, el Comité reunido en la casa del Padre Faría tomó una decisión trascendental, en los pasos a seguir para alcanzar el apoyo institucional. En esta ocasión estuvo presente el Dr. Eduardo Cote Lamus, entonces Secretario de Educación del Departamento, quien sugirió al comité que con motivo de las fiestas del 12 de octubre del mismo año, se realizara una gran celebración para mostrar el “potencial estudiantil” de Pamplona; en esta ocasión fueron convocados miembros del senado de la república, del gobierno nacional, del gobierno departamental. El Dr. Cote fue el puente entre el comité y las comisiones correspondientes del senado en los preparativos de lo que sería el primer acercamiento oficial que daría viabilidad al proyecto fundación de la Universidad”.<sup>56</sup>

(El poeta Eduardo Cote Lamus cumplió rol decisivo en la fundamentación del proyecto universitario; estuvo siempre presente, le insufló dimensión nacional y aportó su poder, orientación e influencia). En el segundo piso de la casa del Pbro., a la pálida luz que a duras penas suministraba la planta de El Dique, se discutían y analizaban los pros y contras del proyecto; uno de los debates versó sobre la dimensión funcional que debía tener la futura universidad; el joven Jorge Andrés Monroy Quintero (q.e.p.d.), en su tesis de grado lo planteó lucidamente: “Universidad para la producción o Universidad para la enseñanza”.<sup>57</sup>

En casa del fundador la tendencia que se ventiló con más fuerza propendía por una orientación agro-industrial, debido al recientemente instaurado Frente Nacional que regiría el país durante los próximos dieciséis años, y cuya Reforma Agraria aparecía como programa prioritario del liberalismo en cabeza del Dr. Carlos Lleras Restrepo; el programa presidencial sirvió de base a la creación del INCORA (Instituto Colombiano de la Reforma Agraria); el país venía de atravesar el período de mayor violencia en los años cuarenta y cincuenta, bautizado por historiadores y académicos como el de la “Violencia en Colombia”; la denominación dio pie al título de un sonado libro del mismo nombre,<sup>58</sup> que reveló al país y al mundo, a través de documentos y testimonios, la macabra realidad vivida durante esos años en el campo colombiano; traía el mencionado estudio fotografías de un horror indescriptible, de crueldad psicopática, realizada sin contención alguna; la opinión nacional e internacional se estremeció, aterrorizada con los testimonios; las gentes del campo y de los pueblos huía para salvar sus vidas, y vinieron a extender los cinturones de pobreza en las ciudades, especialmente en la capital de la república; la revolución cubana, por aquel tiempo con su discurso popular y revolucionario, empezó a inquietar a las clases dirigentes latinoamericanas; Estados Unidos, con John F. Kennedy en la presidencia, lanzó para América Latina el programa Alianza para el Progreso, “que sólo con barbas tuvo suceso”, decía la copla popular”.

En el contexto del Frente Nacional la idea de orientación agraria para la naciente universidad cobró fuerza, se ajustaba al programa gubernamental de formación técnica para el agro. Pero, justamente, un proyecto similar había desaparecido hacía poco, al ser fundado el ISER, Instituto Piloto de Educación Rural.

El Dr. Víctor Espinel Blanco, abogado entusiasta, participe en similares proyectos, propugnó por la creación de una Facultad de Derecho, basado en la amplia demanda que esta carrera prometía, a más de contar con el recurso local de un profesorado idóneo, puesto que en la ciudad tenía su sede el Tribunal Superior del Departamento. Trabas estatales y múltiples impedimentos burocráticos terminaron por disolver el proyecto de escuela agro-industrial, y se abrió paso la creación de una Facultad de Educación, acorde con la tradición pamplonesa; el autor de la propuesta fue el Dr. Domingo Torres Triana, delegado de la comisión de la Asociación Colombiana de Universidades; entre los asistentes a las

reuniones del P. Faría la idea cobró fuerza, se la encontró razonable; los partidarios más entusiastas fueron el médico Enrique Hernández Pérez, el abogado Víctor Alberto Velasco y Eduardo Villamizar Lamus; creían sensata la creación de la Facultad de Educación, que se afianzaba en la vocación local y contribuiría a suplir el déficit de licenciados especializados en el país, por esos años calculado en 10 000.<sup>59</sup>

Eduardo Villamizar Lamus participó activamente en la discusión; sabía de la importancia que el proyecto tenía para la región y asumió plenamente el compromiso fundacional; el P. Faría conocía a su estrecho colaborador desde las aulas del colegio Provincial, cuando este había sido su alumno; sabía de su inteligencia y habilidad ejecutiva, que ganaron su confianza y le otorgaron primerísimo lugar en la empresa educativa, de la que al poco tiempo fue nombrado Secretario General, quien escribió sobre su maestro, el P. Faría:

“Recordar ahora, como esa figura inclinada de andar pausado, comenzó en un mes de julio de 1960, después de que Pamplona celebrara con magnificencia, el sesquicentenario de ser la primera ciudad que diera el Grito de Independencia el 4 de julio de 1810, a recorrer las oficinas y los consultorios de quienes habíamos sido sus alumnos, unos en el seminario y otros en el Provincial, para invitarnos a una reunión en su casa.

“Allá dejó volar, como poeta que era, su imaginación y describió la universidad que él soñaba para Norte de Santander con sede en Pamplona.

“Muchos fuimos escépticos, porque no era la primera vez que se hablaba de Universidad de Pamplona y muchos los intentos fallidos para crearla”.

Eduardo Villamizar Lamus. Discurso en conmemoración de los 25 años de la U.P., 1980

Era cierto, en la pequeña ciudad había motivos suficientes para el escepticismo, sin contar la inveterada incredulidad de los pamploneses para todo aquello que propiciaran sus coterráneos; esta vez, sin embargo, se trataba del P. Faría, respetado personaje que en su historial docente, como maestro, autor, sacerdote, mostraba igualmente experiencia como fundador de instituciones educativas: en 1954 había fundado y construido la sede del Colegio Norte, establecimiento con 500 alumnos matriculados en segunda enseñanza; en reconocimiento por la formación de este plantel, que cada año traía a la ciudad gran número de estudiantes venezolanos; la alcaldía municipal condecoró al P. Faría con la Medalla al Mérito Extraordinario. La presencia en el proyecto del sacerdote pamplonés significaba garantía de realización y continuidad.

El siguiente historial de fracasos fundamentaba el escepticismo general al que se refería el Dr. Villamizar Lamus en su escrito:

“En 1912, al iniciarse las sesiones del Congreso los senadores general Leandro Cuberos Niño y el Dr. Alberto Camilo Suárez presentaron el proyecto sobre la creación de un Colegio Universitario en Nueva Pamplona, proyecto aprobado en tercer debate por el Senado el 25 de octubre de 1912, pero la ley no recibió cumplimiento.

“En 1951, el Director de Educación del Departamento, doctor Hernando Gutiérrez Luzardo, planteó al señor Ministro de Educación, Rafael Azula Barrera, “la creación en Pamplona de la Universidad Santanderista; se llegó al acuerdo de que se fundarían facultades de filosofía y letras, pedagogía, matemáticas y una especialización técnica que orientase profesionalmente hacia las industrias, la ingeniería geológica, petrolera, etc.”.

“Por decreto del 26 de Junio de 1951 fue creada por el señor Gobernador la Junta Pro- Universidad de Pamplona.

“El 1 de Marzo de 1951, el Ministro de Educación envió a Pamplona al ingeniero Amaya para que estudiara la posible restauración y adición del antiguo local del Seminario de Pamplona, donde debía funcionar la futura Universidad.

“En febrero de 1954 se anunció que esta Universidad empezaría a funcionar con \$100 000, que figuraban en el Presupuesto Nacional. Sin embargo, solo hasta el 9 de noviembre de 1954 y por decreto No. 895 se nombró rector al Rvdo. Hermano Gilberto Fabián. El 28 de diciembre se posesionó de rector interino el padre Alfonso María Pinilla Cote, mientras lo hacía el Rvdo. Hermano Gilberto Fabián, que dirigía en el momento el Colegio Provincial”.

“El Gobernador Gonzalo Rivera Laguado, con fecha 9 de diciembre de 1954, nombró nueva junta de la Universidad de Pamplona, integrada por el Alcalde Militar, por Monseñor Rafael Ortiz, los sacerdotes Daniel Jordán y Alfonso Pinilla Cote, Betty Cuberos de Vargas Lara, Ciro Chacón Hernández, Virgilio Barco Vargas, Adolfo Martínez Badillo, Víctor M. Espinel y Mario Valencia.

“El gerente del Icetex doctor Gabriel Betancourt Mejía y su Secretario visitaron a Cúcuta y Pamplona a partir del 20 de diciembre de 1954 para estudiar la organización que pudiera tener la Universidad de Pamplona y determinar las facultades que debían establecerse.

Este proyecto se denominó Universidad Técnica de Pamplona:

“El 2 de junio de 1955 el Departamento Norte de Santander contrató a

los señores españoles, en su calidad de técnicos, Miguel Díez Rodríguez y Félix, Vicente Fontavelia González y Andrés de la Oliva Castro. El primero debía organizar la Universidad de Pamplona y servir de Director de la Facultad de Pedagogía.

“Los tres técnicos fueron seleccionados por el doctor Ricardo Díez-Hochleitner, quien había recibido esa comisión del señor Gobernador doctor Rivera Laguado conforme al decreto No.144 de 1955.

“Díez-Hochleitner, de acuerdo con el decreto anterior había visitado en Europa las universidades siguientes para enterarse a fondo de su organización y seleccionar el personal que iba a contratar para la Universidad de Pamplona.

“En España las universidades de Pamplona, Salamanca, Valladolid y Zamora, etc.

“En Italia las facultades de Agronomía y de Ciencias Económicas y la Feria de Milán.

“En Alemania, Francia y Holanda también visitó sus principales universidades.

“Consecuencia de estas visitas fue la escogencia de los tres técnicos mencionados, cuyas hojas de vida como profesionales elogia grandemente Díez-Hochleitner, lo mismo que las obras científicas que han escrito.

“A su regreso de Europa y después de rendir su informe al señor Gobernador el doctor Díez Hochleitner viajó a Bogotá para someter a la aprobación del Gobierno Nacional los planes para la Universidad Técnica de Pamplona, la cual debe empezar a funcionar en 1956 con las facultades de Ciencias Económicas y Administrativas, Técnica Agropecuaria, Instituto de Lenguas y Facultades Femeninas.

“El doctor Díez Hochleitner había firmado contrato para los servicios anteriores y para servir de Decano de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Pamplona, con el Cónsul de Colombia en Madrid José Jaramillo Montoya, el 5 de julio de 1955, al precio de \$1 200 mensuales, a partir del 1º de agosto del mismo año y por el término de dos años.<sup>60</sup>

“El doctor Miguel Díez Rodríguez, lo mismo que los técnicos Fontavelia González y Oliva Castro firmaron contratos semejantes con el mismo sueldo anterior y por igual tiempo, también en Madrid.

“El Gobierno Nacional delegó en Norte de Santander la construcción del edificio para la Universidad Tecnológica de Pamplona, y mandó que el Departamento de Contabilidad del Ministerio de Educación le entregara los \$350000 que figuraban en el Presupuesto Nacional para esa edificación.

“Los planos de este edificio fueron contratados entre el Secretario de Obras Públicas doctor Francisco Scovino y el doctor Luis Raúl Rodríguez Lamus.

“La construcción se inició con el primer aporte nacional de \$350 000, recibido el 23 de marzo de 1954. La construcción se hizo en un lote de tres hectáreas...pero se suspendieron los trabajos por cuanto el proyecto de una universidad de esa clase requería un terreno no menor de diez hectáreas de extensión. Todos ellos se comprometieron a diligenciar la adquisición del lote de terreno requerido para entonces sí reiniciar la construcción.

“Con destino a la construcción de la que hablamos, el señor Gobernador mediante decreto No. 359, expropió los terrenos de la Hacienda El Vallado en extensión de 28 hectáreas, declarándolas de utilidad pública. Dichas tierras eran de propiedad de don Camilo Mutis Daza, quien no había accedido a la venta por haber fijado precio muy alto por hectárea. Entre las causales de la declaratoria de utilidad pública está la de que esta Universidad es uno de los números para celebración del Cuarto Centenario de la Fundación de Pamplona.

“El doctor Rivera Laguado contrató los servicios del abogado Luis Chacón Hernández para que tramitara la expropiación de las tierras anteriores, con honorarios de \$5 000. También contrató con el doctor José Luis Acero Jordán para la expropiación al mismo Camilo Mutis Daza de los lotes de terreno para la Universidad de Pamplona; sus honorarios fueron de \$4 000.

“El 15 de agosto de 1956 el Tribunal Superior de Pamplona mediante la influencia de sus Magistrados doctores Luis Francisco Colmenares y Luis Buenahora anuló la sentencia de expropiación de los terrenos de don Camilo Mutis Daza donde se estaba construyendo el edificio de la Universidad.

“...El Gobierno Nacional dispuso que en lugar de Universidad Tecnológica de Pamplona se estableciera allí mismo el Instituto Piloto de Educación Rural, el cual la reemplazaría y funcionaría en el mismo local construido para la Universidad.

“...La única consecuencia favorable de la supresión de la Universidad Técnica de Pamplona fue la creación, con posterioridad, de la Universidad Francisco de Paula Santander en Cúcuta.

“...La creación del Instituto Piloto y la consiguiente clausura de la Universidad Técnica de Pamplona, fue consecuencia de la visita efectuada

a Cúcuta y Pamplona de los técnicos de la UNESCO, quienes al rendir su informe al Gobierno Nacional sugirieron la supresión del proyecto Universidad y en cambio la creación del Instituto Piloto de Educación Rural, con las especialidades siguientes: Capacitación de Maestros Normalistas para Cooperativismo, Educación Fundamental, Técnicas Agropecuarias y Organización de Administración Escolar. Agregaron que el fundamento de la creación de la Universidad era la enseñanza normalista y Pamplona por esa época tenía dos excelentes Normales: la Normal Superior de Varones y la Normal Femenina, en las cuales han podido crearse las especialidades educativas recomendadas, para no caer en redundancias innecesarias y costosas”.<sup>61</sup>

La brusca supresión del proyecto universitario asignado a Nueva Pamplona, con el edificio a punto de inaugurarse después de años de espera, dejó a sus gentes con la pesadumbre de la frustración; pero, pasados los años, este mismo sentimiento amargo pareció servir de motivación en el siguiente empeño, como aliciente de una reivindicación del orgullo local. Si los espíritus negativos no apoyaron esta vez, tampoco se opusieron.

Corría el año 1957, tiempo de legítimos entusiasmos; ramalazos de renovación removían el aire estancado del pasado; el P. Faría actualizó su proyecto y consiguió despertar el entusiasmo general, pues esta vez podía convertirse en realidad.

La propuesta, distinta ahora a los intentos anteriores, surgía como idea propia, concebida y realizada por pamploneses, a la manera de los pamploneses, valga decir con su nativa inteligencia, ingenio, audacia, amor por el terruño y no poca entereza para sobrellevar la adversidad; en cabeza del P. Faría el proyecto adquirió confianza, seguridad; la dirección no dependería esta vez como las anteriores de caprichosas voluntades impuestas desde afuera, en un repetido discurso que nunca llegó a concretarse.

El calendario anunció la llegada del año 1960; la ciudad se preparaba para la celebración del Sesquicentenario de la Independencia, declarada el 4 de julio de 1810, días antes que en Santa Fe de Bogotá; el alcalde, Ramón Gáfaró, por insinuación del P. Faría, incluyó en el programa general la proclamación de la Junta Pro-Universidad de Pamplona, que sería uno de los principales eventos del sesquicentenario; sería una reunión formal, con invitación extendida a los estamentos municipales, departamentales y nacionales; una gran figura pamplonesa que acompañó

la promoción y ejecución del proyecto educativo fue el poeta Eduardo Cote Lamus, como Secretario de Educación, primero, luego como Representante a la Cámara.

Llegó la fecha esperada del Sesquicentenario y la ciudad “echó la casa por la ventana”. La conmemoración fue inolvidable; un derroche de alegría, emoción, empuje, anhelo; los barrios de la ciudad presentaron carrozas, armadas con iniciativas originales, algunas mostraban escenas alegóricas de la historia local. La carroza de mayor éxito fue la réplica del avión “Bolívar”, de Camilo Daza Álvarez, pamplonés, pionero de la aviación nacional, que el 6 de marzo de 1923 venció las altas montañas y entró volando sobre su pueblo natal, en el avión cuya réplica exacta avanzaba ahora por las calles, con Camilo Daza en persona en la cabina como en ese remoto, los habitantes, viejos, jóvenes, niños, lo recibieron con verdadero júbilo; las campanas de las iglesias se echaron a vuelo, la cancha prevista para el aterrizaje fue copada por la multitud que vitoreaba al piloto, mientras este, desde la cabina, les hacía señales para que despejaran el campo; la multitud lo interpretó como un saludo del piloto, y millares de manos se alzaron emocionadas, agitándose en el aire; el piloto no tuvo más remedio que aterrizar su avión en un cerezo; se partieron las alas de la nave pero el piloto salió ileso: había cumplido su viejo sueño de llegar por los aires a su pueblo natal, volando como un cóndor con las alas desplegadas.

Y ahora, cuarenta y tantos años después, en el desfile venía Camilo, piloteando el avión “Bolívar”, réplica de su nave mitológica; en la cabina, radiante de felicidad, avanzaba el viejo piloto, entre los vítores de la multitud que lo ovacionaba como en el lejano día de su hazaña, mientras las campanas de todos los templos se echaban a vuelo.

El barrio del Humilladero presentó en el desfile un coche de la colonia, que la comunidad adquirió mediante bazares y otras actividades para conseguir los fondos; uno de los gestores directos de la compra, Toto Villamizar, informó que el coche había pertenecido al Virrey Solís, era una joya de la época colonial.

El antiguo carruaje venía por la calle real, entre las demás carrozas, tirado por un caballo con auriga en el pescante y una bonita muchacha pamplonesa, trajeada como dama antigua, con un vestido azul de raso, acompañada de una niña, Pilar Cárdenas, igualmente vestida de época; la “dama antigua” era Isabel Teresa Maldonado Pérez, que poco tiempo después sería la esposa del Chato.

El mismo día, en el salón de la alcaldía, se constituyó el Comité Pro-Universidad de Norte de Santander; el Comité convocó a su vez a una mesa redonda que se realizó el 23 de Noviembre, con asistencia del Ministro Virgilio Barco Vargas, senadores y representantes, y en cuyo acto final se firmó el Acta de Constitución, elevada a Escritura Pública el 29 de Diciembre, con lo cual quedó constituida legalmente la “Fundación Universidad de Pamplona”.

En su concepción inicial el proyecto se llamó “Universidad de Norte de Santander”. Pero en la anunciada mesa redonda, un parlamentario del departamento tomó la palabra para hacer emocionado homenaje de la ciudad donde “se había educado”, y acto seguido propuso que la Universidad debía llamarse “de Pamplona” y no de Norte de Santander”. (La modificación aprobada recortó grandemente la posibilidad presupuestal que el nombre original le daba, y la nueva denominación trajo más limitaciones que beneficios a la naciente institución).<sup>62</sup>

En reportaje aparecido en El Pamplonés, periódico fundado y dirigido por el que escribe, en el número de Agosto de 1980 (año en que se cumplieron 20 años de la Fundación), Eduardo Villamizar Lamus, quien en esos días terminó su período en la rectoría, relató pormenores del proceso y dijo:

“La aspiración de Pamplona a tener universidad se remonta a la fundación, en el siglo pasado (XIX), del Colegio Provincial; en el colegio se hablaba ya de facultad de Ciencias Naturales, de facultad de Meteorología, etc. Muchos años después la historia se puede ubicar en la llegada a Pamplona de una comisión española que durante un año estudió las posibilidades de Pamplona como Ciudad Universitaria. Este informe fue negativo, pues la comisión consideró que la ciudad no reunían las condiciones de servicios necesarios para fundar una universidad. Este informe coincidió con la construcción de lo que es hoy el Instituto Superior de Educación Rural (ISER). El arquitecto Luis Raúl Rodríguez Lamus hizo su tesis de grado sobre la Universidad de Pamplona, es decir lo que está construido en el Instituto Piloto.

Por entonces se había alcanzado a crear la Universidad por ordenanza departamental, e inclusive se nombró rector al Rvdo. Hermano Gilberto Fabián. Fue en 1955-56. Este nombramiento creó desavenencias entre la curia Metropolitana y la Comunidad de los Hermanos, pues la Curia pedía como rector al Padre Alfonso María Pinilla Cote. El gobierno resolvió el problema entregándoles las instalaciones de la Universidad a

la UNESCO y al ISER. En aquel tiempo la UNESCO había propuesto al gobierno la creación de un Centro de Educación Superior Rural, cerca de la frontera, pues el homólogo del Piloto se encuentra en Rubio.

“En 1957, aparece la persona que culminó la idea: el Reverendo Padre José Rafael Faría. Él, con muy buen tino, empezó a agitar el proyecto y consiguió que la fundación de la Universidad fuera uno de los actos del sesquicentenario de la Independencia de Pamplona, en 1960. Mediante el decreto 55 de septiembre 27 de ese año, firmado por el alcalde Ramón Antonio Gáfaró, se constituyó el Comité Pro-Universidad de Pamplona; el 12 de octubre del mismo año se convocó una mesa redonda, a la cual se invitaron a parlamentarios de todo el país. Ese día los parlamentarios se comprometieron a darle vía libre a la Universidad, y se procedió a la elaboración de los estatutos. El 23 de noviembre, con ocasión de la condecoración que el Gobierno Nacional dio al Dr. Clemente Montañez, al cumplir el ilustre médico más de cien años de vida, se pasó al salón del Concejo Municipal y allí se suscribió el acta de constitución de la Universidad, el Acta No. 1 que fue firmada por José Rafael Faría, Víctor Velasco, Virgilio Barco, Alfonso Lara Hernández, Jorge Lamus Girón, Luis Raúl Rodríguez Lamus, Eduardo Cote Lamus, Eduardo Villamizar Lamus, Jaime Villamizar Lamus, Alfredo Lamus Girón, Alicia Guerrero de Lamus,<sup>63</sup> Ciro Ramírez González, Carlos Montañez Villamizar, Víctor Manuel Espinel Blanco, Enrique Hernández Pérez, Alfonso Acero López, Alfonso María Pinilla Cote, Augusto Ramírez Villamizar, Manuel Parada Sánchez, Domingo Saavedra Rojas, Carlos Luis Ibarra, Rafael Sarmiento Peralta, Jesús Mogollón Parra, Luis Fernando Urbina, Nicolás Villamizar Pinto, Humberto Montañez Villamizar, Carlos Infante Rangel, Amílcar González, Máximo Rozo, Horacio Mogollón Parra, Manuel Bueno Gamboa, Jorge E. Forero, Eduardo Mogollón Cruz, Luis Arturo Rojas Blum, Rubén Darío Rangel, Luis M. Luna Mogollón, Francisco Quiroga, Ramón Antonio Gáfaró, Miguel Vega Olaya, Raúl Cárdenas Corredor, Rafael Gil Gil, Fernando Mendoza Hernández.

Estas personas, con excepción del Dr. Virgilio Barco, del Padre Faría y de Alfredo Lamus pusimos \$500 El Dr. Barco puso \$20 000, lo mismo que Alfredo Lamus”.

El 23 de Noviembre de 1960 se firmó el Acta de Constitución y el 29 de Diciembre se elevó a Escritura Pública, quedando legalmente constituida la Fundación Universidad de Pamplona. Un lustro después,

en su discurso de celebración de los 25 años de la U.P., el rector histórico retomó el hilo del relato de la Fundación, proceso del que dejó constancia en sus distintas intervenciones públicas.

“Llegó el mes de enero de 1961, y el Rector no aparecía por ninguna parte. Pero un día a mediados de Febrero apareció, con camiones cargados de sillas y escritorios, nos comunicó que había comprado él solo, la casa solariega de los Trujillo para la Universidad y que tenía autorización de la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) y del Fondo Universitario Nacional (FUN), para abrir las Escuelas de Secretariado Bilingüe y de Servicio Social”.

“El 5 de abril se dictó la primera clase. En el siguiente lapso de dos años la Universidad ofreció dos tecnologías. En 1963 comenzaron los programas de Educación”.<sup>64</sup>

El Padre Faría inició su acostumbrado apostolado, puerta a puerta; recorrió colegios, visitó maestros en sus aulas, entró a sus casas, incluso entró a los salones de billar donde la juventud quemaba el tiempo, y con su prédica les hizo comprender la conveniencia de acceder a un nivel académico universitario de primera calidad. Treinta, fueron los primeros matriculados, que contaron con facilidades en el pago de matrículas.

“...Había muchos problemas económicos como los hay hoy, pero llegamos en 1966, al más grave de todos: los primeros alumnos debían graduarse y no llegaba la aprobación de los programas de Psicología, Pedagogía e Idiomas.

“La Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) y el Fondo Universitario Nacional (FUN), no los querían ni siquiera visitar y menos aprobar”.<sup>65</sup>

En los informes entregados por las autoridades capitalinas no faltaban los elogios, pero en el momento de aprobar los programas agregaban nuevos requisitos y recomendaciones. En la última visita se establecieron tres nuevas exigencias: primero, introducción de algunas modificaciones académicas; segundo, integración con las universidades regionales (ordenada por el gobierno nacional en la búsqueda de la unidad regional universitaria); y tercero, inclusión de tesis, o de un semestre adicional para acceder al grado.

Los grados de la primera promoción quedaron suspendidos, hasta tanto se cumplieran los requisitos anotados. La Universidad puso de inmediato manos a la obra, con el fin de cumplir prontamente con las modificaciones académicas y demás condiciones impuestas; los graduandos se sintieron frustrados, luego del esfuerzo realizado; sintieron gravemente

amenazada la obtención de su anhelado título; se trataba de la primera promoción de la institución y un fracaso semejante podría poner en entredicho su existencia; los días pasaban y los estudiantes, angustiados, se reunían continuamente con las directivas, en espera de la palabra salvadora, de la respuesta satisfactoria a sus demandas. Es de imaginar al Dr. Villamizar Lamus capoteando el vendaval. El estudiantado de ese tiempo era tradicionalista, pasivo, y algunos tuvieron la idea de acudir al Señor del Humilladero, patrono de la ciudad, para implorar solución a su problema; tan grave se presentó a su juicio el desamparo, que sólo un milagro podía salvarlos.

Cuando sus ruegos fueron escuchados, los estudiantes acudieron al santuario y con la placa de plata prometida al Cristo, grabada su superficie con el siguiente mensaje: “Como testimonio de gratitud al Santo Cristo del Humilladero, por los favores recibidos. Promoción 1963”. Habían conseguido graduarse “por milagro”. Al parecer el Señor del Humilladero había escuchado sus súplicas a través del Padre Faría y de Eduardo Villamizar Lamus, cuya gestión exhaustiva y constante terminó, finalmente, coronada por el éxito.

Las demandas exigidas por el ICFES para otorgar la aprobación de los programas fueron cumplidas a cabalidad; la de mayor dificultad para su cumplimiento fue la integración regional universitaria, pues la única entidad que podía proporcionarla, la Universidad Francisco de Paula Santander, en cabeza del rector José Luis Acero Jordán se negó a hacerlo. El ex rector Pedro Nel Santafé, licenciado de la primera y famosa promoción, escribió sobre este punto:

“Que ironía que el Doctor José Luis Acero Jordán, fundador de la Universidad Francisco de Paula Santander de Cúcuta, pamplonés de cuna, honorable e ilustre ciudadano de estirpe conservadora, fue el mayor opositor a la integración con la Universidad de Pamplona”.

El “milagro” adicional de integración vino a darse con la Universidad Industrial de Santander (UIS), de Bucaramanga. Sobre este hecho trascendente, escribió el Dr. Villamizar Lamus: “El Padre Faría, un día se le ocurrió viajar a Bucaramanga a hablar con el Rector de la Universidad Industrial de Santander (UIS), que él no conocía. En Juan Francisco Villareal y en esa Universidad, orgullo de la Universidad Colombiana, encontramos la mano amiga, el brazo fuerte y el amparo económico de esa grande Universidad que es madre y hermana de la nuestra”.<sup>66</sup>

Cumplidos los requisitos de los expertos, vino a sumarse el apoyo brindado por el rector de la UIS, Dr. Juan Francisco Villareal, que con su

inteligente sentido regional facilitó la consecución del requisito de “integración regional”, solicitado por la institución pamplonesa; la presencia de los rectores José Francisco Villareal y Eduardo Villamizar Lamus fue preponderante, pues a los dos los unían lazos de parentesco, hecho que facilitó los trámites, que en circunstancias menos afortunadas podría no haber resultado de veras favorable. Continúa:

“Se pudieron graduar los primeros egresados, tal vez caso único en la historia universitaria colombiana, con un título firmado por las autoridades de dos instituciones, y así cogidos de esa mano y asidos de ese brazo, llegamos a 1970, cuando se cambió el status de Universidad privada a oficial”.<sup>67</sup>

Lo anterior es muestra, con ribetes jocosos si se quiere, de los muchos obstáculos, necesidades y problemas que cada día, durante tres décadas consecutivas (años 60, 70, 80), tuvieron que resolver las directivas, con Eduardo Villamizar Lamus a la cabeza, que intervino de manera eficaz para agenciar soluciones favorables.

## Tres Décadas: Años 60, 70 y 80

Odontólogo idóneo, muy solicitado en sus servicios profesionales, Villamizar Lamus dejó el consultorio particular para ejercer en el Centro de Salud de Pamplona (1956-1959), y en el Servicio de Salud de Norte de Santander, como jefe de la sección de odontología, Área Sanitaria No. 2 (1961-1970).

Por aquellos días su vida discurría en torno a lo que podíamos llamar los cuatro puntos cardinales de su entorno personal y cotidiano: la casa de sus padres, la oficina de la Universidad, el café del encuentro cotidiano y el Club del Comercio. Habría que añadir el teatro Cecilia, el cine donde se proyectaban las películas americanas y europeas que Chato (como su padre Carlos Julio), veía a diario como espectador consumado; los anuncios de las películas aparecían en la cartelera de la esquina de la Plaza, donde los letreros describían el género del filme: si de acción violenta, letras sangrientas; si de horror, letras temblantes como el miedo, pintadas sobre fondo violeta, con algunas gotas de sangre que escurrían de la multicolor caligrafía.

El otro teatro de Nueva Pamplona, el Jáuregui, presentaba películas en español, para el público iletrado; eran filmes mayormente mexicanos, de la llamada época de oro del cine azteca. Muy joven, Eduardo recibió el hechizo del cine, que disfrutó durante toda su vida con verdadera pasión. En los comienzos de la década de los 60, exactamente 1962, luego de la función nocturna en el teatro Cecilia, se reunía un grupo de aficionados al “séptimo arte” en un escaño de la plaza, para comentar la última película; invariablemente la discusión se hacía en torno al Chato, el experto en la materia; eran verdaderos cinefórum, realizados a esa hora de la noche, fría y desierta, y terminaban cuando la campana de la catedral daba las doce; la cita era para el día siguiente a la misma hora, cuando se reanudaba el espontáneo cinefórum; para el grupo era mejor cuando la película pertenecía al nuevo cine europeo, pues este planteaba situaciones más interesantes y complejas que las del simple cine de

acción. En la cartelera no faltaba el anuncio de películas de De Sica, Lattuada, Fellini, Visconti; el que escribe participó en las improvisadas reuniones, que terminaban después de proclamar unánimemente la admiración por los grandes maestros del cine “de todos los tiempos” (aunque en realidad era un “oficio del siglo XX”, que antes no existía).

Proyectaban western, famosos clásicos del oeste, afición preferida por los jóvenes de una época en que todos querían ser cowboys; él no fue cowboy, pero leía con fruición las novelitas de vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía, autor español que llegó a escribir 2 600 novelas de un género que el público consumía con avidez de adicto.<sup>68</sup> En la esquina del parque existía el café Niza, con puertas batientes como de un *Saloon*, y no faltaba quien llegara al local (Ismael Villamizar), con mirada torva bajo el sombrero alón, y se dirigiera al mostrador para pedir, golpeando el mostrador con una moneda previamente lanzada al aire, “un trago para refrescar el gaznate, o quiere que lo cuelguen de la encina.”

El “Turpial” recuerda todavía con estupor que Chato no montara a caballo; iba a su finca, El Hato, en vacaciones —dice Gonzalo— “pero no montaba a caballo”; para él una rareza inexplicable. Pero Eduardo era más de burgo que de campo, de urbe que de agro; su medio era el urbano, se sentía más cómodo en una calle que en un paisaje rural. Era joven, tenía entonces poco menos de treinta, pero resultaba inimaginable verlo usar bluyín; menos aún botas vaqueras o sombrero alón; su traje natural era el flus (camisa blanca, corbata, a veces gabardina) que usó hasta el final de sus días; salvo de jubilado, que a veces se ponía un suéter para el frío, seguramente tejido por su mujer.

Desde joven adquirió una cultura cinematográfica amplia, actualizada, que incluía su vasto conocimiento como espectador de centenares de películas, y su familiaridad con los filmes considerados obras maestras; poseía buena información sobre directores, actores, actrices; conocía la historia del cine, sus máximos maestros, las escuelas y movimientos principales, incluyendo técnica cinematográfica, etc. En las reuniones nocturnas de la plaza se hablaba de planos, secuencias, cámara subjetiva, travelling, etc. En una charla, Chato Villamizar y el que escribe, coincidimos en mutua admiración por Rosana Podestá, la actriz italiana que hizo el papel de Elena de Troya, la película de 1957, cuya belleza consideramos argumento supremo para justificar la guerra de Troya y la respectiva furia de Menelao, “el de los rubios cabellos”; (en esta película Brigitte Bardot hizo un primer papel fugaz, tan desconocido en el

reparto que nadie podía prever que ella sería la musa del cine francés, la diosa del cine mundial de los años sesenta).

En 1962 Eduardo Villamizar Lamus fue nombrado presidente del Club del Comercio; este fue el decenio dorado de la institución, cuando los clubes (Comercio, Santander, Águeda Gallardo) tenían por tradición celebrar con entusiasmo las fiestas decembrinas; la alegría era contagiosa, compartida por los habitantes de la pequeña ciudad, con la animación propia de todo carnaval, mezcla de elementos religiosos y paganos; comerciantes laboriosos, que durante los 350 días del año observaban un horario fijo, con disciplina casi castrense en lo referente a sus negocios, llegado diciembre y sus fiestas, colgaban el atuendo del trabajo diario y se lanzaban al jolgorio durante quince días con sus noches, hasta el día del velorio de Pericles Carnaval, que se celebraba en el parque entre el ruidoso llanto de las “viudas”, y la lectura oficial del testamento, escrito con coplas satíricas y como señal inequívoca de que las fiestas habían terminado; a partir del 16 de diciembre, se celebraban cada noche en el patio de una casa diferente las novenas bailables, con el tocadiscos a todo volumen, baile animado con porros, guarachas, boleros, eran los discos con los ritmos de Pacho Galán, Lucho Bermúdez, Billo's Caracas Boys, los Melódicos, etc.; todo bajo la mirada vigilante del *pater familias*, que invariablemente terminaba extraviado en medio del remolino que giraba al ritmo impuesto por una juventud feliz, en plena efervescencia; los clubes incluían en su programación anual bailes populares de disfraz, y la entrada era libre; los salones se colmaban de antifaces, caretas, capuchones emblemáticos, de colores vivos, de telas holgadas, bajo cuyos capirotos de carnaval el jolgorio continuaba, libre de las trabas moralistas habituales, y muy a pesar de los chismorreos que ante los disfraces quedaban inanes.

El Club del Comercio llegó a programar bailes con renombradas orquestas internacionales y nacionales: la Billo's Caracas Boys, los Melódicos, Pacho Bermúdez, etc.; la celebración anual tuvo notable brillo con la presidencia del médico Enrique Hernández Pérez; las orquestas regionales también cabían en el entusiasmo colectivo: Chato Simón, Manuel Alvarado, la local de Morita (con Nemoroso Mogollón, maraquero y cantante estrella); años después, el empresario pamplonés Jorge Antolínez fundó Los Ovnis, una orquesta de amplia fama en la región fronteriza.

De temperamento poco festivo, en apariencia parco, aunque igual lo entusiasmaba la fiesta, el recién nombrado presidente del Club del

Comercio, dio continuidad a la tradición festiva; no podía ser de otro modo; era un compromiso dictado por la historia del club, con su tradición rocambolesca establecida desde sus albores, cuando la institución fue fundada para combatir el tedio finisecular, quizá para permitir la reparación de relaciones averiadas a causa de la reciente guerra. Sobre los comienzos del Club del Comercio veamos las siguientes crónicas de la época:

#### Instalación del Club del Comercio 1906 y fiesta decembrina 1907

“En la noche del 21 de los corrientes, ante numerosa y selecta concurrencia de caballeros de dentro y de fuera de la ciudad, tuvo lugar la solemne sesión de instalación de este importante Centro social. El Sr. Presidente del Club, Coronel D. Eduardo Martínez, leyó una brillante exposición de los trabajos realizados por la Junta Directiva, a fin de obtener el formal establecimiento de tan simpática asociación. En cumplimiento de la honrosa comisión hizo uso de la palabra el Director de este periódico, en nombre de la entusiasta y progresista Junta Directiva. El Sr. D. Belisario Matos Hurtado recitó un bellissimo fragmento de su inspirado poema Elena, que cautivó a toda la concurrencia, por su alto mérito.

“La Orquesta, hábilmente dirigida por el Sr. D. Carlos Peña, satisfizo aun los gustos más delicados en su género; y el arreglo y decoración del Local demostraron el buen gusto de los jóvenes encargados de ellos. En un ángulo del salón principal, lucía hermoso ramillete de flores naturales, obsequio de la dama pamplonesa Sra. Da. Carlota Hernández de Gómez. Deseamos para el Club la mayor prosperidad, y sabemos con verdadera satisfacción que cuenta ya con más de cuarenta socios, que sabrán darle dilatada existencia y elevada importancia. El Impulsor pone sus modestas columnas a disposición del respetado Centro social, y le dirige sus más efusivas felicitaciones.

*El Impulsor*. 1906-1907. Semanario fundado y dirigido por el Dr. Leopoldo Castellanos Hernández, uno de los fundadores y presidentes del Club del Comercio.

#### Diálogo entre el director de *El Impulsor* y un disfrazado de la fiesta decembrina, en el Club del Comercio, 1907. (Fragmento)

—¿Y cómo te pareció el Club?

—El Club, señor Director, estaba bello. La galería del Norte era un hormiguero; el pueblo estaba allí apiñado, silencioso, observando la dicha que se agitaba en el hermoso patio convertido en salón suntuoso y perfumado. Cubría el patio un rico pabellón, bóveda de marfil, como dijo alguien, de cuyo vértice superior partían festones multicolores. En las otras galerías estaban todas las damas y señoritas no disfrazadas.

La orquesta exquisita preludiaba; el violín de D. José Antonio, se quejaba aquí, allá reía. A oír los preludios, el pie se alza instintivamente, el corazón se dilata, y parece que la danza infiltrada en nuestro organismo lo pone en movimiento como impulsando la materia con un resorte mágico. Qué horas, ¡mi señor Director!

—¿Me viste en el Club, Carcamán?

—Le vi, señor Director, en varias salas y también le vi en el Club. Le vi dichoso, le vi bailar feliz, y dije para mis adentros: mi señor director le está dando la bofetada a los años; está entusiasmado como un muchacho.

—No hablemos de edades, Carcamán. Yo no tengo la culpa de haber nacido antes que tú; pero si te digo que mi alma es joven y que mi corazón no es viejo. Y bien: ¿en el Club qué hubo?

—Todas las comparsas finalizaban allí. Ora entraba una tasa de cuyos bordes se alzaban verdes ramas; ora entraba una partida de monos inquietos, chillones, que danzan, se rascan, roban pañuelos y luego los devuelven; aquí vienen unos generales intrépidos; allá entran los simbólicos disfraces del Tiempo: el año que se extingue, el año que nace. ¡La orla de ciprés guarda la lápida a 1907! La corona de rosas acaricia la inscripción: ¡1908! Siempre el contraste: la risa con el llanto, el amor con el odio, la vida con la muerte. Ahora entra una linda comparsa de segadoras: traje alto, sombrero remangado, adornado de espigas, y hoces relucientes en sus manos. Entran en danza alegre que le recuerda a uno el lindísimo coro de Maggiares. ¡Y cómo baila esa linda comparsa! Cómo ruedan sus pies sobre la roja alfombra; como se mecen siguiendo los compases de la música. ¡Ay, señor director! ¡Quien viera el mundo siempre así!

—Cómo, ¿con máscara?

—Sí, señor Director.

—Nárrame ahora lo que hubo el día de los santos Reyes.

—Ah, llegamos al summum del entusiasmo. La velada del 6 fue un certamen de buen tono, de gusto y de exquisita cultura.

—¿En dónde estuviste en esa noche?

—Sólo estuve en el Club, señor director: excúseme el que concrete mis observaciones de esa noche, a las comparsas de los socios del Club.

—Ah, ¿el Club organizó comparsas?

—Organizó tres comparsas con un total de 48 personas, que hicieron su entrada en el recinto hermoso, con el lucimiento más grande que se le puede dar a una fiesta de esta índole. Al compás de una marcha entró Europa: los caballeros vestidos con el traje de diplomáticos, llevando terciada sobre el frac la banda de la nación que cada cual representaba. Las damas caracterizaban a las gallardas jardineras de Suiza: traje blanco con bandas rojas y gorro abullonado. Seguía la comparsa Enigma: los hombres con los trajes de los caballeros de la cruz de Malta, y las damas de un rosado vaporoso salpicado

de lágrimas de oro, y llevando sobre la cabeza, sobre un peinado artístico, una fulgente estrella... Los caballeros de la cruz de Malta recorrían con sus encantadoras parejas las amplias galerías... Cerraba el precioso desfile, la comparsa del Día y la Noche. Los jóvenes vestidos a la inglesa en la época de Shakespeare, salpicado su traje de lucientes estrellas y mostrando en la visera del tricornio la plateada luna. La música de las cuadrillas se inicia; un elegante y aristocrático paseo viene a terminar con la debida colocación de las parejas; luego el director ordena la figura y empieza el vaivén acompasado. La combinación de los colores cuando se ejecutan alas de damas, y cuando formaron la gran rueda, al ver pasar la diversidad de parejas elegantes, el espectador se sintió trasportado a otras esferas... Las damas de la segunda comparsa no parecían seres que viven en la tierra. El color sonrosado de su traje aéreo las hacía divinas... Bella; bellísima fiesta aquella, que marcará época en los anales del Club del Comercio de Pamplona.

—¿Y no fuiste al comedor y a la cantina?

—La cantina bien provista de exquisitos licores y confituras, y en el comedor, rico acopio de manjares.

—¿De modo que está satisfecho del diciembre en Pamplona?

—Más que satisfecho, señor director. Una fiesta como la del 6, no se presenta nunca en otra parte.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ahora, señor Director, si Ud. me lo permite, me voy a entrar a los retiros espirituales; si pequé, voy a lavar mis faltas en las aguas de la penitencia.

—Bien, Carcamán. Si quieres ser piadoso, ocurre allí.

—Amén. Señor director. Hasta la vista.

—Adiós, mi querido Carcamán.

Teodosio V. Sánchez. *El Impulsor*. Pamplona. 1906.

El Club del Comercio acabó sus días, después de 112 años de su fundación, siendo presidente Nelson Flórez García y gerente Luis Carlos Villamizar Lamus.

A comienzos de la década de los años sesenta, Chato e Isabel Teresa empezaron su noviazgo; la Negra, como se le ha dicho siempre, relata que todo empezó en la casa de las González Navas, durante la celebración de las Bodas de Plata matrimoniales de tan apreciada pareja, don Avelino González y doña Matilde Navas de González; al principio cruzaron miradas furtivas, como suele suceder; ella había tenido pretendientes, admiradores, que si fuese por sus cualidades los habría

aceptado sin reparos; pero la Negra era romántica y el amor para ella primaba por encima de todas las cosas materiales; el Chato era quien a ella le gustaba: joven, profesional, divertido, “buen partido”, como se decía de los posibles candidatos que exhibían brillante porvenir. En el entorno no había muchos; las muchachas generalmente tenían por pretendientes a jóvenes cadetes que llegaban a la ciudad, trasladados de otras partes, y no pocos casaron con bellas muchachas pamplonesas.

Era personaje de moda; activo, inquieto, participaba en actividades cívicas, deportivas, festivas, artísticas (actuaba en obras de teatro), religiosas, era miembro de juntas directivas, etc., (por estos mismos días, elaboró él solo los Estatutos de la Universidad de Pamplona, que fueron aprobados por unanimidad).<sup>69</sup> El joven odontólogo estaba siempre presto a colaborar donde fuera requerido, era su talante; le gustaba el ajedrez, jugaba al fútbol y alineaba con el Deportivo Pamplona. Con la intuición femenina que adivina el porvenir, aquella noche, en casa de las González Navas, Isabel Teresa supo que Eduardo Villamizar sería su esposo y padre de sus hijos, Isabel Teresa, María Alejandra y Ramón Eduardo. Cuenta la Negra que por los días en que el noviazgo se iniciaba, rondaba por ahí una muchacha “que ella misma se encargó de ahuyentar”. Paseos, bailes, fiestas, invitaciones, con participación numerosa, era característico de los noviazgos pamploneses; Isabel Teresa era diez años menor que él, y tenía una personalidad festiva, alegre; cuando en algún baile ella se le perdía a Chato entre la numerosa asistencia, este, paciente, iniciaba su búsqueda por los salones, mientras a la distancia ella lo miraba, juguetona y divertida; cuando se encontraban finalmente, él le decía: “¡Usted sí!, ¿no?” Y ella, con su risa fácil: “¿Y usted qué se hizo? Nosotras estábamos en la mesa con Ana Julia Pérez y todas ellas...”

En fotos de los días de noviazgo, paseos, reuniones, bailes, se les ve a los dos siempre alegres, risueños. “Chato no bailaba mucho”, dice ella, “pero bailaba”; en fin, los dos vivieron a plenitud los días azules que les correspondieron de felicidad, de juventud, de noviazgo, en su querida ciudad.

¿Qué muchachas, en sus años mozos, hicieron suspirar a la generación de Eduardo Villamizar? ¿Cuáles fueron los romances de su juventud? Ya no hay nadie a quien preguntarle; los datos que se pudieron recabar son escasos; las muchachas de más éxito, que gustaban a todos los jóvenes de la época eran Graciela Carrasco, María Elena Moure, Alba Guerrero, Nelly Mendoza, Florelia Miranda, Mariela Díaz, Graciela Ramírez

Maldonado, Cecilia Rodríguez, etc. Parece que el amor de Chato era su prima Carmen Lamus, la niña volantonera que aparece en una foto, donde se la ve llevando la cola de novia en la boda de su tía Mary Lamus, su madre; tal vez para recordarle a su hijo la edad de Carmen, la madre puso la foto en su mesa de noche.

Los años sesenta abrieron para Nueva Pamplona una ventana al mundo de la cultura moderna y universal; la fundación de la Universidad debe inscribirse como parte de esa visión renovadora; los nuevos vientos sacudieron el letargo de la ciudad colonial, anquilosada; la presencia del poeta Eduardo Cote Lamus influyó grandemente, por su aporte a esta circunstancia cultural; Alicia Baraibar, la esposa, colaboró como promotora del arte; los Cote Baraibar habían llegado de Bogotá, como antes de Europa y se instalaron por un tiempo en allí y luego en Cúcuta; su bagaje intelectual los impulsó a introducir en estas dos ciudades el aire renovador de las artes y las letras; quien escribe tuvo el temprano privilegio de ser amigo del poeta, y como tal accedió a la biblioteca (en el segundo piso de su hermosa casa de Pamplona), poblada con las más importantes obras de los poetas clásicos, los contemporáneos y la vanguardia mundial.

En el patio de su primera sede (casa que fuera de don Roberto Trujillo y su esposa Gertrudis), se realizó una exposición de Hernán Díaz, el gran fotógrafo colombiano; la muestra incluía una serie de retratos en blanco y negro, de los principales artistas contemporáneos del país: Alejandro Obregón, Fernando Botero, Lucy Tejada, Luciano Jaramillo, Edgar Negret, Gonzalo Arango, etc. Fue extraordinario ver en esta brillante galería a no pocos artistas pamploneses de primer orden: el pintor y escultor Eduardo Ramírez Villamizar, el poeta Eduardo Cote Lamus, la ceramista Beatriz Daza, el pintor Julio Castillo, el director de teatro Germán Moure, el poeta Jorge Gaitán Durán, el fotógrafo Rafael Moure; la exposición le mostró a la ciudad su notable posición en el ámbito cultural y artístico nacional, y a los artistas locales en ciernes enseñó que de perseverar podrían un día figurar en aquella ilustre galería. De Bogotá venían notables escritores y poetas, pintores, grupos teatrales; se programaban recitales, exposiciones, conciertos, conferencias; se fundó el museo Casa Colonial de Pamplona, con salas de exposición y muestras de expresiones precolombinas, coloniales, republicanas y románticas del siglo XIX. El que escribe tuvo la osadía juvenil de arrendar un local central y hacer allí una exposición con primeras obras de jóvenes

con inquietudes pictóricas, algunos con cuadros vanguardistas, abstractos o surrealistas. En Cúcuta se fundaron las Escuelas de teatro, pintura, escultura, cerámica y música. Alicia Baraibar organizó salones nacionales de pintura, considerados los más importantes de esos años en la historia del arte colombiano.

En la Universidad de Pamplona un grupo de teatro llevó a escena *Sueño de una Noche de Verano*, de William Shakespeare, dirigida por Mario Esleyton; Eduardo hizo el papel del Rey; el montaje, realizado con pocos recursos y mucha imaginación, se presentó en el antiguo patio, en un espacio dispuesto en semicírculo, con el público alrededor; la puesta en escena mostró buen gusto y conocimiento teatral. Actuaron directivos, profesores, alumnos y administrativos; el profesor José Ricardo (Pepe) Romero acertó en el papel de Puck, jefe de los duendes; Mary Villamizar Pérez, secretaria de la facultad, hizo de Reina de las Hadas; también actuó Beatriz Suescún, subsecretaria general. Pedro Nel Santafé y otros estudiantes “primíparos”, participaron en el elenco; la iniciativa teatral funcionó como actividad aleatoria, sin mayores pretensiones, con actores aficionados que denotaron talento, alegría, sensibilidad, y de paso dejaron ver con modestia que a nuestras gentes, talentosas y creativas, nada les queda grande cuando se lo proponen.

*Los árboles mueren de pie*, del español Alejandro Casona, fue otra de las obras cuyo montaje impactó a la comunidad pamplonesa; esta vez el Chato actuó en el papel de Mauricio, el rol principal, montaje producido esta vez por el grupo La Herradura de Oro, y la dirección de don Augusto Ramírez Villamizar; la agrupación realizó una gira regional exitosa; en el reparto figuraban personas muy estimadas en la ciudad: Ramón Castro, Margot Carrillo de Castro, Margarita Pérez, Pacho Moller, nombres de querida recordación. La casa de Ramón Castro y su esposa Margot Carrillo, era grande, espléndida; tenía un patio con jardín selvático y alrededor los corredores se abrían como brazos para recibir a amigos y visitantes; Margot y Ramón, pamploneses profundos, festivos, con magníficos dones histriónicos, decidieron acondicionar en su casa un pequeño lugar que llamaron La Cueva, decorado con el espíritu renovador, maravilloso, de los locos y geniales años 60. Durante esa década se gestó y fundó la Universidad de Pamplona, de la que Villamizar Lamus fue su primer Secretario General.

## 8

### Años 70

Por Ordenanza No. 14 de diciembre 14 de 1970 la Universidad pasó de fundación privada a oficial, del orden departamental; se buscó subsanar con ello el error inexplicable del comienzo, cuando se le dio a la institución carácter privado, limitando con esta medida sus posibilidades de financiamiento; igualmente sucedió con el cambio de la denominación original de Universidad de Norte de Santander, impidiéndole acceder a mejores rubros presupuestales.

Una vez convertida en ente oficial, le correspondió al gobernador, a su vez presidente del Consejo Superior, hacer nombramiento de nuevo rector; reunido el Consejo Superior, tomaron la palabra los delegados de los estamentos universitarios; el representante estudiantil, Sr. Ruperto Rodríguez, manifestó que la rectoría correspondía por derecho propio al Padre Faría, pero habló de la conveniencia de nombrar un “rector Asistente, dinámico, que ayudara al Padre Faría en sus labores”; la representante de la Junta Consultiva Cecilia Torres de Mogollón coincidió con la proposición del estudiante.

“Una vez elegido, o confirmado, rector, el P. Faría tomó la palabra y agradeció a los presentes la designación; en uso de sus facultades propuso para el cargo de Rector Asistente a Eduardo Villamizar Lamus, del que elogió su personalidad y trayectoria como Secretario General, desde la fundación.

“El gobernador abrió el debate en torno del nombre propuesto; el representante de los Estudiantes expresó que el doctor Villamizar Lamus era el elemento llamado a ocupar el cargo de Rector Asistente, por sus buenas relaciones humanas, su gran contribución a la organización de la Universidad y su experiencia durante 10 años de existencia de la misma. La representante de los profesores manifestó igualmente que el doctor Villamizar era la persona más indicada, por ser un elemento muy servicial y conocedor de los problemas de la Universidad. En el mismo sentido se manifestó el representante del

Ministerio de Educación; el arzobispo de Pamplona se sumó al concepto favorable”,<sup>70</sup> y por concepto general fue nombrado rector asistente.

Cuatro años más tarde el P. Faría renunciaba a la rectoría; la renuncia fue acepada, en consideración a su avanzada edad, y se le nombró Rector Honorario. En solemne acto, con presencia de la gobernadora Fidelia Villamizar, el Padre de la Universidad en su discurso de renuncia, el fundador expresó:

“Después de 14 años, no sin dolor, me separo de esta obra, que en realidad de verdad considero como hija de mis esfuerzos, de mi cariño, y de la tenacidad que siempre he puesto en las obra que emprendo, así sean difíciles y laboriosas y exijan ¿por qué no decirlo? sufrimiento y sacrificios...

“...entrego a usted, señora gobernadora, en su calidad de presidenta del Honorable Consejo Superior una Universidad con 13 carreras debidamente aprobadas por el gobierno nacional, con 1 300 estudiantes y ya casi 300 egresados.”<sup>71</sup>

De inmediato el P. Faría expuso la terna para elegir nuevo rector: Eduardo Villamizar Lamus, Alfredo Carrasco Villamizar y Juan de Dios Peláez Herrera. De cada uno el Padre hizo merecidos elogios y concluyó:

“El doctor Eduardo Villamizar Lamus ha sido mi colaborador más antiguo y mi brazo derecho. Incansable investigador, ha pasado horas y horas dedicadas al estudio de la organización administrativa y académica de las universidades, hasta llegar a ser verdadera autoridad en la materia.

“Aprovecho esta feliz y única oportunidad para defender a mi dilecto amigo de un cargo que se le hace de confundir con explicable idealismo las promesas que le hacían con el cumplimiento de ellas.

“Digamos que este defecto es la exageración de una virtud. Ha sido tanto su amor a la Universidad, que no concibe que las promesas que se hacen en favor de ella no deban cumplirse.

“Ya los años le han enseñado que no siempre pasa así. Tengo que agradecer su inmensa ayuda en estos 14 años que lleva de fundada la Universidad en que su cooperación ha sido tenaz y valiosísima”.<sup>72</sup>

La defensa afectuosa del Pbro., a su amigo en el discurso de despedida señala el gran aprecio del fundador hacia él, y era un reconocimiento público a su labor de tantos años.

El Padre abogó en su discurso por la comprensión de un defecto que se le señalaba a su más cercano colaborador, de prometer soluciones prontas y efectivas a problemas que requerían de más tiempo y compleja gestión, y cuyas decisiones finales no dependía de su entera voluntad;

promesas que en otras manos menos hábiles podían llevar a la desesperanza y frustración de sus subalternos; pero nuestro personaje, valido de su gran energía natural y motivado por la convicción profunda de su causa, sacaba adelante peticiones y daba solución a situaciones poco menos que insolubles; vale recordar el caso, ya mencionado, de la primera promoción de graduandos, a los que se les negó el título por causa de requisitos exigidos a última hora por las máximas autoridades educativas de la capital; sin atender las dificultades casi insalvables que la institución tenía en ese momento para resolverlo, los frustrados graduandos emprendieron una intensa presión sobre el entonces secretario general (cuya persona era fácil de abordar debido a las condiciones elementales de la antigua sede), mientras este batallaba para encontrar una salida favorable al *impasse*, cuya gravedad amenazaba la existencia misma de la Universidad. Hasta el Cristo del Humilladero llegaron los graduandos con sus plegarias; no es imposible imaginar al secretario general con sus nervios a prueba de temblores —miren como titilo— decía, soportando la agobiante presión, mediante recursos de su habilidad verbal y poder de persuasión; finalmente pudo conseguirse solución, y los graduandos por fin accedieron a los títulos a los que tenían derecho.

Muchas vicisitudes semejantes y de mayor envergadura debió de soportar Villamizar Lamus en los años de consolidación de la institución; incontables los viajes que hizo a Bogotá (todos debidamente justificados en actas preservadas en archivos), en busca de recursos para inversión, nómina, aprobación de nuevos programas, refrendación de los existentes, presupuesto, etc. Hubo épocas en que él (primero secretario general, luego rector asistente, por último rector en propiedad), debió de permanecer en la capital del país.

Como la cabeza visible de la institución debía gestionar ante las instancias gubernamentales respuestas efectivas a las múltiples demandas que exigía el funcionamiento de la entidad, la solución a problemas que no daban espera; a las dificultades había que sumar, quizá la más grave, políticas de menosprecio a la universidad pública y de provincia, a las cuales los entes del centralismo colombiano mantenía relegadas.

“Uno de sus amigos testimonia que cuando estudiaba en Bogotá, vio muchas veces al Dr. Eduardo, dinámico y metódico en las diligencias ante los Ministerios de Educación y Hacienda y ante el ICFES, donde cumplía la labor que le correspondía de rector titular, solicitando

partidas, entregando propuestas y documentos, dando informes, presentando resultados”.<sup>73</sup>

La Universidad se encontraba en plena formación; ningún recurso podía ser excluido, incluyendo el de la imaginación, gracias a la cual lograron más de una vez suplir carencias y demandas perentorias de los autoridades de la capital y sus delegados; un suceso memorable es la fabricación de una cámara de Gesell, sin la cual el programa de Consejería no podría ser aprobado. Había que importar este tipo de cámaras y su adquisición en el momento no era posible por urgencia y falta de recursos. En la institución no se arredraron; Villamizar Lamus, rector asistente, propuso buscar una solución propia, acorde con las posibilidades; el equipo se movilizó de inmediato en torno a la propuesta; empezaron por indagar modelos, planos, materiales, medidas, etc., (no se existían entonces computadores ni mucho menos Internet); con ingenio y ayuda de artesanos locales, lograron construir en los talleres una cámara de Gesell, que reunía todas las condiciones requeridas y ahora podían esperar confiados a los delegados de la capital. Una vez la visita oficial se hizo presente, su delegado mostró conformidad con el programa en general, pero exigió la cámara de Gesell “sin la cual no era posible conceder la aprobación”. “La tenemos” dijeron los directivos y llevaron al delegado ante la cámara, y este, estupefacto, dio la aprobación.

Pero la visita oficial definitiva, el culmen en la historia de la institución, fue la comisión del ICFES que vendría de Bogotá a dar aprobación, o no, a la Universidad de Pamplona. La presencia del Dr. José Francisco Villareal en la dirección del ICFES fue una coincidencia afortunada, dada la invaluable colaboración que Villareal había prestado a la universidad naciente, cuando se desempeñaba como Rector de la Universidad Industrial de Santander (UIS). En esta ocasión la visita de la comisión del ICFES significaba el trámite decisivo para garantizar la existencia del centro. El Dr. Villamizar Lamus con su perspectiva total de la situación supervisó cada pormenor previo a la visita; el resultado debía ser el esperado y no podía haber improvisación alguna; todo debía estar preparado y funcionar debidamente; se trataba, nada más ni nada menos, de la aprobación oficial de la Universidad, un esfuerzo de años; de no resultar así, vendría el atraso general y una nueva espera, la gestión de otro largo plazo para otra incierta visita; insomnios, desvelos, padeció el rector asistente y su equipo en la tarea de preparar la visita y sustraerla de todo riesgo de fracaso.

Había un hecho alarmante: se aproximaba el 7 de agosto, fecha de cambio de gobierno y el Dr. Villareal, tan favorable a la ciudad y a la causa de su Universidad, dejaba el cargo; la lucha también se planteaba contra el tiempo. Villamizar Lamus tomó la decisión de escribirle una carta personal, fuera de las múltiples comunicaciones oficiales cruzadas durante el proceso de la aprobación:

Pamplona, Junio 16 de 1.970

Señor Doctor

José Francisco Villareal

Juan Francisco:

Recibe mi cordial saludo extensivo a Margarita, los niños y tía Ana Teresa a quien supongo ya perfectamente restablecida.

Te he querido escribir a la casa y no a la oficina, porque me ha tenido bastante preocupado la cuestión de solicitud de aprobación de la Universidad de acuerdo a lo que hablamos el día de tu visita con el Padre Faría.

Seguramente al recibo de la presente ya tendrás en la oficina la petición oficial para la aprobación de la Universidad, la cual como es natural la hace el rector.

Al leer la solicitud, parte de la cual redacté yo, he querido hacerte una explicación extraoficial, porque considero muy importante el punto de vista de tu deseo de ver si es posible y dentro de normas legales, obtener la aprobación de la Universidad antes del 7 de agosto fecha a partir de la cual desafortunadamente puedes no estar en la Dirección del ICFES. Se trata de lo siguiente: la petición para que el ICFES emita concepto favorable para que la Universidad sea reconocida por parte del Gobierno, se le formuló al ICFES bajo dos alternativas, la primera sujetando este concepto al resultado de la visita que se pide para la aprobación de los 4 primeros semestres de Biología y Química y para la Licencia de Funcionamiento de Matemáticas y Física y Ciencias Sociales cuyos dos primeros semestres corresponden al Nivel Básico de Estudios Generales, Estudios Generales obteniéndose con esto 6 semestres más aprobados para la Universidad que sumados a los 18 de las carreras de Psicología y Pedagogía y Filología e Idiomas, nos darían los 24 semestres que exige el Artículo 7º del Acuerdo 63 de 1.969.

La otra alternativa se basa en el hecho real de que prácticamente ha desaparecido el Nivel Básico de Estudios Generales de la UIS para las carreras Paramédicas de Fisioterapia, Laboratorio Clínico, Enfermería y Nutrición y Dietética y sólo ha quedado el Nivel Básico para las ingenierías. En esta forma, realmente la Universidad lo que tiene es 2 semestres de cada una de esas carreras, con lo cual completaría 10 semestres aprobados y que sumados en igual forma a los 18 de las carreras de Psicología y Pedagogía, Filología e Idiomas, sumarían 28, número más que suficiente para dar cumplimiento en

igual forma al Artículo 7º del Acuerdo 63 de 1.969. Yo he pensado que la segunda alternativa sería más directa en cuanto se refiere al tiempo antes del 7 de agosto, porque tengo el presentimiento que con la primera, mientras se ordena la visita, se practica y se rinde el informe y el ICFES toma la decisión del caso, va a pasar mucho tiempo. Esto te lo quería explicar porque tenemos la experiencia de lo ocurrido el año pasado, de la visita se practicó en abril y solamente hasta octubre conocimos los resultados.

Por otra parte, yo creo que es muy fácil para nosotros obtener de la UIS copia certificada de los programas que estamos desarrollando actualmente para confirmar de que en realidad no se está haciendo un Ciclo Básico de las carreras que te anotaba, son específicamente los 2 primeros semestres de cada una de ellas y me parece que esta solución sí estaría dentro del límite de tiempo. Lo que no sé, es si tú creas viable esta posición nuestra ante la Junta Directiva del ICFES, porque en caso contrario tendríamos la necesidad de recibir la visita para que se nos aprobara con base en las Especialidades nuestras lo más pronto posible, a ver si logramos que el informe sea rendido, creo yo, en una fecha límite máxima del 15 de julio para intentar que el Decreto pudiera ser expedido antes del 7 de agosto. Yo no tengo ninguna preocupación en cuanto al resultado de la visita, ya que tenemos todo completamente ajustado a las exigencias consignadas por el doctor Gnecco y que tú ya habrás leído en la petición oficial, lo que si me preocupa verdaderamente, es el tiempo, ya que como tú bien lo expresaste en tu visita se nos hizo un poco tarde, pero precisamente no queríamos volver a tener informes negativos relacionados con planta física, etc. Hubiera querido hacerte estas consideraciones en forma personal y entregarte así mismo la petición oficial, pero por las consideraciones que tú hiciste respeto a presupuesto para el próximo año, pusimos a funcionar al doctor Espinel con el Ministro Hinestrosa y quedó en confirmar en esta semana el día de la audiencia para mí con una carta de presentación del hermano Espinel, ya que no puede viajar por cuestiones de salud, pero en vista de que hoy martes no ha dicho nada y el Padre Faría no quiso esperar para enviarte la solicitud oficial, forzosamente me vi precisado a escribirte estas apreciaciones más sobre el problema. Quitándote un poco de tu extraordinaria escasez de tiempo, quisiera conocer tu opinión acerca de la petición oficial, o mejor, de las posibilidades que tenga de ser aceptada la segunda alternativa, y aún más, si tú crees que puede ser nociva, ya que bien sabes que la aspiración que hemos tenido es la de obtener una aprobación de la Universidad en forma tal que no quede la menor sombra de duda sobre el cumplimiento de los requisitos exigidos para ello. Yo voy esperar un tiempo prudencial tu respuesta y si entro de él no alcanzo a ir a Bogotá, te llamaría por teléfono la próxima semana.

Nuevamente un saludo para ti, Margarita, los niños y tía Ana Teresa.

Afmo.,

Eduardo<sup>74</sup>

La situación resultaba decisiva, como lo había entendido la comunidad universitaria que asumió de lleno el compromiso con la causa.

“Se planificaron hasta los mínimos detalles. En el acta del Consejo Directivo del 8 de marzo de 1971, quedaron consignadas las instrucciones que debían cumplirse para el éxito de la visita institucional:

“...En uso de la palabra el Sr. Rector informa al Consejo la importancia que tiene para la institución la visita por parte del ICFES, de la responsabilidad de todo el personal de la Universidad y de la atención que es necesario tener para absolver cualquier pregunta que se haga...

El Rector asistente da una serie de recomendaciones con relación al orden administrativo y en especial al aseo y ornato del edificio; la evaluación e inspección de las aulas; la refacción del laboratorio de Química, la construcción de las vitrinas de gases, las cabinas, las balanzas, etc... Dada la organización por departamentos, cada uno de los mismos debe colocarse en la respectiva oficina. Estar al día con el libro de registro o asistencia de profesores y el control de clases respectivo. Que se establezca de una vez por todas una posición mutua para evitar las contradicciones que puedan presentarse en un momento dado, etc.”<sup>75</sup>

La comisión del ICFES arribó a la ciudad; previo al reconocimiento de fondo del centro, la visita comprendía: examen de las generalidades administrativas, currículo de los programas académicos, personal docente, laboratorio, planta física, integración universitaria, planes de desarrollo, etc.

“La Universidad había comprado la casa denominada El Parque, que en su momento permitió una solución al problema de la planta física.

“El concepto de la Comisión fue altamente favorable a la Universidad de Pamplona. Mediante Acuerdo No. 39 de 1971 la Junta Directiva del ICFES, rindió concepto favorable al Gobierno Nacional para dicho reconocimiento.

“Por Decreto No.1550 el Gobierno Nacional reconoció legalmente la Universidad y la facultó para otorgar grados y títulos, firmado por Misael Pastrana Borrero Presidente y Luis Carlos Galán Sarmiento Ministro de Educación Nacional. No fue fácil lograr que el Gobierno Nacional dictara el citado decreto, muchos viajes tuvieron que hacer el rector, el rector Asistente y el secretario general a Bogotá, llevando documentos, conceptos; particularmente nadie podía entender la posición del Ministro de Educación, a tal punto que el Decreto lo firmó primero el

Presidente y luego el Ministro. La intervención del Dr. Argelino Durán Quintero, Ministro de Obras Públicas, fue decisiva, solo por el interés de colaborar con una institución que representaba a Norte de Santander y a Pamplona”.<sup>76</sup>

Lo anterior muestra los avatares que vivió la institución (en cabeza de Eduardo Villamizar Lamus y del P. Faría), que tuvieron que afrontar cotidianamente durante los quince primeros años, más los que vinieron después. Pero en la década del setenta la Universidad era una realidad irreversible; personal altamente calificado vino a integrarse a la planta administrativa y docente; funcionarios de amplio conocimiento y experiencia se sumaron a la tarea de construcción: Jorge Maldonado Pérez, Roberto “Pipa” Fuentes, Luis José Ocampo G. “Antes la contabilidad se llevaba como la de una tienda”, dice Fuentes, y agrega que las trabas y exigencias del síndico, don Carlos Parada, le servían al equipo para afianzar los trámites reglamentarios y los documentos administrativos dentro del procedimiento exigido, de modo que estos al llegar a su destino iban blindados, sin posibilidad alguna de rechazo.

El cuerpo docente, integrado por un grupo de excelentes profesores, contribuyó al prestigio de la naciente institución: José Ricardo Romero, Enrique Cabeza, Antonio Llanos, Tony Vidal, Miguel Amaya, doña Gladys de Ayala, doña Isaura Romero, Miguel Amaya, Nury Gutiérrez, Gilberto González, Juan de Dios Peláez, Gustavo Colmenares, etc., para nombrar sólo algunos, puesto que fueron muchos en aquel período glorioso.

El anecdotario que recogiera el sinnúmero de peripecias vividas en la lucha por salvar limitaciones y avanzar en los objetivos propuestos ocuparía un grueso volumen. Vistos en perspectiva, algunos de estos episodios podrían resultar jocosos, pero en su momento se presentaron como realidad cargada de preocupación e incertidumbre. En ocasiones los preparativos descritos en las diversas visitas capitalinas semejaban ensayos de una puesta en escena, previa al estreno de la obra ante un jurado implacable, susceptible y riguroso.

En 1975, mediante decreto No. 799 de diciembre 11, Villamizar Lamus fue elegido Rector, con un sueldo mensual de \$15 000.<sup>77</sup> La gobernadora Fidelia Villamizar y el secretario Rafael Lamus firmaron el decreto.

Los años setenta marcaron una nueva época; los convenios con las UIS ampliaron la perspectiva regional; las situaciones de aquella década intensa y agitada del país vinieron a reflejarse inevitablemente en la

escena local; la Universidad se constituyó en un microcosmos, compuesto por un conglomerado estudiantil y docente, entonces de mayor conciencia crítica, heredero de los movimientos universitarios precedentes, como el de la lucha estudiantil contra el Plan Básico a finales de los sesenta (medida gubernamental que afectaba la autonomía universitaria y sentaba las bases de la privatización educativa), etc.; dentro del conjunto de factores que promocionaron un cambio hay que mencionar importantes sucesos de la época, como mayo del 68 en París, cuando la juventud proyectó al mundo un signo determinante y renovador: expresiones de liberación de todo tipo (político, filosófico, sexual) sacudieron el establecimiento y por doquier soplaron vientos de renovación; algo de todo esto penetró por las rendijas de la sociedad pamplonesa, herméticamente cerrada y clausurada por dentro; la denominada, “Escuelita del Padre Faría”, había quedado atrás; las reivindicaciones estudiantiles no se planteaban ya ante el Señor del Humilladero sino ante el señor gobierno y sus instituciones, incluyendo paros, protestas, a veces con peticiones motivadas por el prurito de no parecer rezagados de los movimientos estudiantiles nacionales. Diversas corrientes del pensamiento universal llegaron para ampliar el horizonte y airear la atmósfera estancada del pasado.

En el ámbito universitario pamplonés se dieron todos los “ismos” de la época: conservatismo, liberalismo, comunismo, anapismo, trotskismo, maoísmo, marxismo-leninismo, y todos opuestos entre sí; hubo un “ismo” de invención propia, el “directivismo”, inventado por sectores estudiantiles extremos, como “ismo” acusador contra algunos líderes estudiantiles que formaban parte del Grupo de Teatro, por esos años acusado de afín a las directivas del plantel, concretamente del rector.

¿Qué relación tuvo el rector histórico con el arte y la cultura en general, y el Grupo de Teatro de la Universidad en particular? Villamizar Lamus siempre fue amigo de las expresiones artísticas, lo hemos anotado en el trascurso del presente texto; en su juventud practicó el teatro, cuando ejercía la profesión de odontólogo, y posteriormente en los comienzos de la Institución; en los últimos años su afición consuetudinaria al cine lo llevó a mantener un programa radial diario y didáctico sobre el tema, acompañado por el profesor Chepe Flórez.

Durante su administración se abrió una Sección de Arte y Cultura, y hubo algún apoyo económico a la actividad, aunque escaso; en parte por limitaciones presupuestales, en parte por la indiferencia o menosprecio de quienes manejaban directamente el presupuesto.

La actividad se realizaba entre dos fuegos: la extrema estudiantil y la directiva recalcitrante, compuesta en su mayoría por gentes de ideología poco propensa a ponerse del lado de las peticiones estudiantiles, menos de un grupo de teatro crítico y contestatario.

En las administraciones sucesivas el apoyo fue nulo y condujo a la extinción. Probablemente, a la agrupación escénica no se le perdonaba carecer de inscripción en un partido, movimiento o ismo político; las obras se llevaban a escena con total independencia conceptual, y tuvieron como principal sustento la realidad circundante, vista con óptica crítica o satírica, con lo cual no se pretendía hacer nada distinto de lo que el teatro siempre hizo desde los tiempos de Aristófanes.

Es pertinente tratar aquí el papel preponderante que desempeñó el teatro universitario colombiano en la década del setenta, incluso de resonancia continental; Gabriel García Márquez reunió un grupo de directores, el que escribe estuvo presente, y les preguntó (reportaje publicado en la Revista Alternativa): ¿Qué es lo que Uds. hacen, que es considerado el mejor teatro de América Latina?

El grupo de la Universidad de Pamplona no estuvo ajeno al acontecimiento histórico; por el contrario, hizo parte del movimiento teatral colombiano, participando en festivales departamentales, nacionales e internacionales: I Festival de Los Santanderes, Bucaramanga; I Festival Nacional del Nuevo Teatro, Bogotá; 8º Festival Nacional de Teatro Universitario en Manizales; representación de Colombia en el Festival Internacional de Teatro en Manizales, 1985; en 1975, el director del grupo y docente, Guillermo Maldonado Pérez, obtuvo el premio internacional Casa de las Américas, en la modalidad de teatro, uno de los eventos literarios más importantes de Iberoamérica y el Caribe.

### I Festival de Cultura y Arte Popular de la Provincia de Pamplona

El grupo de teatro, con el apoyo del rector Villamizar Lamus, realizó este evento, que merece descripción.

Para dar fundamento a su labor de extensión el Grupo de Teatro se planteó una pregunta: ¿Qué puede haber en la Provincia de Pamplona en cuanto a expresiones artísticas populares, de teatro, danza, música, relatos orales?

En la búsqueda de una respuesta se organizó el I Festival; mediante una promoción de campo, se convocó a los artistas populares de veredas y corregimientos, que hicieron sus presentaciones en las cabeceras municipales (con la colaboración de entidades locales, colegios, alcaldías, parroquias, etc.), de forma individual o colectiva, con expresiones de teatro, danza, música, poesía, relatos orales, etc.; se hicieron selecciones previas, y los

escogidos se trasladaron a la Universidad, sede del evento principal, donde en fecha acordada se realizó la muestra culminante; durante tres días continuos, en junio de 1974, en el patio central de la casona (no había auditorio ni sala de actos) se realizaron las presentaciones.

Los participantes, gente del agro, de veredas y pueblos vecinos, se mostraron cohibidos de presentarse, por no considerar sus actividades artísticas con “mérito suficiente” para ser mostrados en la Universidad”, producto de la minusvalía usual con la que se ha mirado al campesino colombiano.

La noche de la inauguración no hubo público; las mismas agrupaciones invitadas tomaron la iniciativa de recorrer las calles con sus danzas, trajes, música, y atrajeron gran cantidad de espectadores, que colmaron el recinto y permitieron la realización del evento. El Festival propició el encuentro de la Universidad con su entorno regional.

Eduardo Villamizar Lamus manejó las nuevas situaciones, orientado por los principios de sus maestros, a los cuales se refirió en el discurso pronunciado con ocasión del título Honoris Causa, otorgado por la institución:

“Quieran ellos atestiguar (sus maestros) que jamás impuse dogmas, que dirigí la Universidad con vocación democrática, con la filosofía universitaria que me enseñaron. Que debe ser libre su cátedra y libre su investigación”.

En las postrimerías de su rectoría, cuando el P. Faría, doblado por los años, se disponía a renunciar, hubo paro y los estudiantes bloquearon la entrada; como de costumbre, esa mañana P. Faría llegó a su trabajo y encontró la puerta taponada con sillas y pupitres.

—¿Y esto qué es? —preguntó el rector.

—Estamos en paro —le respondió el estudiante.

—¡Qué paro ni que paro! —el replicó el padre— ¡Quiten es vaina de ahí para que la gente pueda entrar a trabajar!

El rector hizo a un lado los pupitres y se abrió paso con sus propias manos. Tal vez en aquel momento el padre Faría comprobó que su labor al frente de la Universidad había terminado, que ese tiempo no era el suyo.

### Padre José Rafael Faría Bermúdez

El Fundador nació en Pamplona el 13 de junio de 1896. Fueron sus padres Don Joaquín V. Faría y Doña María Bermúdez Villamil. Tuvo cinco hermanos, de los cuales fue el mayor: María Antonia (monja Clarisa), José de Jesús, Juaco, estimado profesor de varias generaciones y colegios de Nueva Pamplona y de Cúcuta); Ana Teresa (esposa de Arturo Rojas Blum, notario y empresario), dueña ella de notable ingenio y agudeza, de especiales dotes histriónicas.

El P. Faría tuvo inclinación por las bellas artes; la poesía, la música, la pintura, no le fueron ajenas. Se conocen testimonios de las excelsas habilidades artesanales de su madre, que tallaba la tagua con primor; dicen que laboró este material vegetal con gran maestría, y realizó varias obras; talló un retablo con cada uno de los miembros de una familia y la de Don Julio Pérez Ferrero, muy allegada a la suya. Uno de los tíos del Padre, Don Carlos Bermúdez, relata el odontólogo Luis Luna Mogollón, “era conocido en Labateca como pintor de ex votos de la Virgen de las Angustias; cuando salíamos de la escuela nos subíamos a la ventana para verlo pintar”.

El P. Faría recibió las órdenes sacerdotales en 1918. Luego sirvió en la Parroquia de San José de Cúcuta, como coadjutor del famoso y polémico párroco Demetrio Mendoza, presbítero y político conservador de quien publicaron en un periódico de Cúcuta una caricatura con el título de “El amo de la Parroquia”, que causó conmoción y terminó con el polémico mandato parroquial del cura. El padre Demetrio Mendoza se impresionaba con la penitencia del P. Faría, que nunca se quitó la sotana de paño en medio del intenso calor, hasta que se enfermó de la piel y fue trasladado a Pamplona. En su ciudad, Faría fue párroco de las Nieves y fue profesor en el Seminario Conciliar, en el colegio Provincial y en otros planteles.

En 1949 murió su madre, tras penosa enfermedad; diversos testimonios dan cuenta de que este hecho constituyó para el hijo sacerdote el mayor golpe de su vida. Pero también afirman que pudo quedarle el consuelo de la entrega total al cuidado de su madre durante la penosa enfermedad; sumido en la pena, el P. Faría emprendió viaje a España, cuando tenía 53 años.

Obtuvo el título de licenciado en Filosofía de la Universidad Gregoriana de Roma en 1952. Más tarde, por intermedio de la Universidad Javeriana, recibió título de Doctor en Filosofía de la misma universidad romana. En 1953 regresó al país y al año siguiente fundó el Colegio del Norte.

El Padre ya tenía en mente la idea de fundar la Universidad. En 1959 vendió el Colegio a la comunidad de Carmelitas, de padres españoles, por un valor de \$420 000.00

El 28 de septiembre de 1960 se conformó el Comité Pro-Universidad de Pamplona, y el 23 de noviembre del mismo año se protocolizó el acto de constitución de la misma, según constancia de las actas. El P. Faría fue rector a partir del 1 de febrero de 1961 y catorce años después renunció al cargo, por motivos de salud y avanzada edad (tenía 78 años). Se retiró tranquilo y encomendó a su sucesor la rectoría, el preciado fruto de sus esfuerzos. En acto solemne la Universidad de Pamplona le otorgó al Padre el título Honoris Causa y lo designó Rector Honorario.

De figura sencilla y simpática, bajo la canónica sotana, el padre semejaba la estampa de un pastor bíblico; era amigo de chistes (llevaba libreta con apuntes de los más recientes) y se preciaba de bromista consumado. Poco antes de hundirse en el olvido, se le vio trabajar con ahínco en su último libro, que tituló Pensamientos. El Padre de la Universidad murió el 17 de diciembre de 1979, olvidado de la ciudad y de su hija predilecta.

Eduardo Villamizar Lamus fue un rector respetado y apreciado por los estamentos universitarios, incluyendo líderes estudiantiles y profesoriales, de los más recalcitrantes, que en su apresurada visión de los problemas no ignoraban el esfuerzo del Rector por mantener la institución en funcionamiento, a más de dirigirla con indiscutible talante humanista y democrático.

Su accionar directivo pudo ser señalado alguna vez de paternalista, pero la suya fue una actitud acorde con su condición de maestro y el carácter estudiantil de sus dirigidos; la concepción contraria, represora e intransigente, no cabía en sus convicciones y de haberse aplicado hubiese terminado por agravar la situación, como se ha demostrado tantas veces. Su parecer de no revelar la realidad económica por la que transitaba el claustro, traía a la memoria un poco a su abuelo, don Carlos Julio Villamizar Guerrero, que no consideraba necesario revelar las condiciones adversas y precarias, para no contribuir al desánimo general y la baja moral de la familia; era cierto que el rector, como funcionario oficial debía exculpar al gobierno y “soportar los quines” pero había demasiada credulidad con las promesas hechas, que impedían asumir la realidad y darla a conocer a los estamentos, y no era otra que un déficit de grandes proporciones, inscrito además en la crisis que afectaba a toda la universidad colombiana.

En 1974 la situación tocó fondo: la Universidad se vio abocada al cierre total; cundió la alarma y se propuso un paro general, que aunara esfuerzos entre sectores universitarios y cívicos para hacer frente común en su defensa. Se eligió un Comité para tal misión, y este buscó la adhesión de la ciudadanía, agremiaciones, entidades privadas y públicas; reunión tras reunión, la comunidad fue informada del problema y se propuso una acción de apoyo conjunto; pero el largo período de aislamiento durante los años de formación, se convirtió en obstáculo para el entendimiento con sectores ciudadanos; en el entorno había encubado la desinformación, cuando no franca enemistad y desconfianza; sin hablar de las consejas absurdas que circulaban como ciertas; en fin, se descubrió que era vista como un castillo medieval, que se contemplara a la distancia envuelto en una bruma enigmática y oscura; dirigentes cívicos y políticos se mostraron reticentes a brindar solidaridad; igual existían los enemigos de siempre, que señalaban la institución educativa como centro de revolucionarios y comunistas, y que el sector femenino estudiantil era de “prostitutas”; pero, simplemente era muchachas y muchachos de Nueva Pamplona y su provincia, que a lo largo de su historia se habían visto marginados de la educación superior y ahora, gracias a la Universidad, podían tener acceso.

La resistencia inicial de las llamadas fuerzas vivas cedió paulatinamente y pronto se incorporaron al apoyo general, quedando demostrado en la multitudinaria manifestación que recorrió las calles, con participación de la ciudadanía y los planteles femeninos y masculinos, una marcha ordenada, numerosa y fuerte que, sin embargo, no tuvo repercusión en medios periodísticos regionales o nacionales. El Dr. Alfonso López Michelsen, considerado adalid de las causas sociales, por lo que se llegó a prever en una pronta atención, había asumido hacía poco la Presidencia, pero el breve tiempo del gobierno en el poder se arguyó como causa para no precipitar las acciones y “dar tiempo para las soluciones”.

Sin embargo, se aprobó decretar un paro cívico regional, que llamara la atención del gobierno nacional y los medios. El paro estuvo a punto de ordenarse, pero los estudiantes radicales anunciaron un bloqueo en las carreteras que las autoridades del orden público, que al principio habían encontrado plausible la protesta, expresaron su negativa rotunda a permitir el cierre de las carreteras.

El que escribe, miembro del Comité Cívico, comunicó a la asamblea estudiantil la inconveniencia de cerrar las vías, teniendo en cuenta las

eventuales graves consecuencias de una medida semejante; la masa estudiantil, proclive a las fórmulas de hecho, expulsó del Comité a los miembros que se opusieron a las propuestas radicales.

Luego de varios días la protesta terminó; una comisión integrada por el rector y representantes del Comité del Paro Cívico, viajaron a Bogotá y se entrevistaron con el ministro de Educación, Hernando Durán Dussán, que supuestamente prometió pronta solución. El tema del cierre de la Universidad se diluyó con los días, y todo siguió su marcha acostumbrada, incluyendo las afugias económicas cotidianas, de inversión, nómina, etc.

Un balance positivo del episodio descrito debe incluir el acercamiento logrado entre la institución y la ciudadanía, que desconocía el estado real de la institución; las consejas fantasiosas fueron suprimidas (orgías subterráneas, poco menos que satánicas, etc.)

Los viejos políticos locales, que nunca habían puesto un pie en el recinto, cambiaron de parecer al comprobar personalmente el estado de la planta física, y pidieron excusas por la desinformación y demás acusaciones calumniosas; habían comprendido por fin, que sus vidas estaban ligadas al destino de la Universidad, única fuente real de vida de Pamplona.

Mediante convenios, visitas, intercambios en distintas áreas, el rector inició la internacionalización de la Universidad; comenzaron postgrados en el exterior, que elevaron la calidad académica. Roberto “Pipa” Fuentes, economista adscrito a la sección administrativa, dice “yo manejaba personalmente la información que llegaba sobre planes y becas internacionales, y esto era notable”.

Igualmente mantuvo su actividad docente; en 1976, recibió el título de Magister en Educación de la Universidad Santo Tomás de Bucaramanga, y en 1980, el título de Administración Educativa de la misma universidad. Su relación constante con los centros directivos de la educación superior en Bogotá, y de otras ciudades, lo llevaron a convertirse en figura en la dirección de la educación pública nacional, y varias veces fue elegido representante de los rectores de las Universidades del país ante el ICFES, principal entidad directiva del sector.

A raíz de una de estas reelecciones llegó a tejerse la versión de una supuesta manipulación del rector para conseguir su nombramiento.

En carta dirigida al Ministro de Educación, Villamizar Lamus se apresuró a aclarar el incidente y las murmuraciones con argumentos

convincentes; el siguiente documento permite corroborar la dimensión nacional de su representación, y deja ver a la luz pública la corrección de su conducta:

Marzo 16, 1978

Doctor

Rafael Rivas Posada

Ministro de Educación Nacional

Bogotá

Señor Ministro:

El doctor Pablo Oliveros, Director del ICFES, me ha informado que los señores Rectores de las universidades de la Costa, sostuvieron con usted una entrevista con posterioridad a la Asamblea de Rectores de Universidades Oficiales, en la cual se eligieron representantes a la Junta Directiva del ICFES, y que en la mencionada reunión los señores Rectores presentes hicieron alguna alusión a un posible juego no noble de mi parte y relacionado con el incidente ocurrido durante la reunión con el señor Rector Encargado de la Universidad de Córdoba.

En honor a la verdad, señor Ministro, a mí se me preguntó si el doctor Villadiego en su calidad de Rector Encargado, calidad ésta con que figuraba en la reunión de la Asamblea podía votar. Mi respuesta a ésta pregunta formulada por el señor Rector de la Universidad de Cartagena en presencia de varios de los Rectores de la Costa fue afirmativa.

Y fue afirmativa esta respuesta, porque tanto yo como los Rectores presentes ignorábamos, que el doctor Villadiego no había sido encargado por la Presidencia de la República mediante Decreto, circunstancia esta que fue aclarada por el doctor Oliveros y que quedó consignada en el Acta de la reunión, la cual espero este en su poder al recibo de la presente.

Es importante dejar en claro que de acuerdo a la afirmación hecha por el doctor Oliveros, el doctor Villadiego sabía con antelación de su situación y en consecuencia su voto originó la controversia a la que seguramente aluden los señores Rectores de la Costa, y si bien es cierto también que en mi calidad de Presidente de la Asamblea, conocido el primer resultado, alcancé a preguntarle a la misma, si declaraba legalmente electa la Universidad de Cartagena, no es menos cierto que en ese momento y sin que se alcanzara a pronunciar la Asamblea, se produjo la intervención del doctor Oliveros y ella, como es fácil de suponer originó un debate que culminó con la declaratoria de nulidad de la votación.

Como podrá ver el señor Ministro, en mi condición de Presidente de la Asamblea, no

tuve otra actuación distinta de la dirigir el debate en la forma democrática más amplia posible, y en ningún caso traté de buscar resultados diferentes de lo que los señores Rectores pudieran expresar libremente.

Tal vez el hecho de que estando presidiendo la Asamblea, se hubiera producido mi reelección como miembro de la Junta, haya causado cierta inquietud de los señores Rectores de la Costa, frente a la no elección de Cartagena. Pero esta reelección mía se produjo a última hora y precisamente porque el señor Almirante Salas Rector de la Escuela Naval, en presencia de unos 8 o 9 Rectores y ante lo sucedido en la segunda votación con Cartagena, me ofreció los votos de la Costa circunstancia esta que indujo a quienes me acompañaban a ofrecerme ellos también sus votos, y por eso se produjo mi reelección.

Estas circunstancias sucintamente relatadas señor Ministro, considero que en ningún caso dan pie, para pensar que mi actuación en la Asamblea de Rectores no haya sido correcta, y en este sentido me he dirigido a los señores Rectores de la Costa, con el objeto de aclarar este incidente por demás mortificante y enojoso para todas las personas que intervinimos en la Asamblea.

Sin otro particular, etc.

Eduardo Villamizar Lamus

La construcción, o adquisición de la nueva planta física fue el fracaso más sensible de la Universidad en muchos años. Aunque la institución contaba con un predio de su propiedad, 35 hectáreas en los terrenos de El Buque, cedidos por la Asamblea Departamental mediante ordenanza de 1948, la imposibilidad de presupuesto mantuvo la urgente solución del problema en constante aplazamiento.

La administración Villamizar Lamus estuvo a punto de conseguir la ampliación efectiva de la planta física, mediante compra a la curia diocesana de la edificación del Seminario Mayor, hermosa edificación que se levanta en la ladera de los cerros del sur, donde se divisa a la distancia como un castillo de ladrillo descubierto, con prados, bosques aledaños y extensos terrenos alrededor; su gestión llegó al punto de estampar las firmas de la negociación definitiva, pero todo fue truncado de repente; la autoridad eclesiástica optó por retirarse, obedeciendo a las voces que advertían “el riesgo de que el edificio pasase a manos de los comunistas de la Universidad”.

La adquisición de la planta del Seminario Mayor habría dado solución a la demanda de cupos que la juventud cristiana de la región, ávida de estudios, requería.

\_Años 70\_

En la década de los setenta que terminaba, la compra en cuestión hubiese sido la culminación esperada de la obra de Eduardo Villamizar Lamus, a la que más que nadie tuvo derecho.

\_136\_

## Años 80

El primer período rectoral de Villamizar Lamus terminó en 1978; durante esos años la Universidad mantuvo independencia, guardó distante de la politiquería que esperaba el momento propicio para apoderarse del botín burocrático. Según los estatutos el candidato a rector debía proceder del mismo ámbito universitario; algunos de los aspirantes reunían los requisitos y ocuparon sucesivamente la rectoría; las administraciones sucesivas cumplieron con modestia su labor; no era fácil tomar el timón de una nave en reemplazo del viejo capitán que la había forjado y comandado, salvando con maestría de viejo lobo de mar todo tipo de vicisitudes y adversidades; algunos, en remplazo transitorio o en propiedad sintieron miedo; otros mantuvieron cercanía con la obra del rector histórico, sin alejarse mucho de la orilla.

En su orden los rectores fueron:

**Rafael Leal Landazábal** (1978-1979 y 1980-1982). Pamplonés; abogado de la Universidad la Gran Colombia.

**Ciro Caicedo Camargo.** (1982-1993 y 1994). Pamplonés; graduado en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad Libre, Bogotá.

**Jorge Vergel Villamizar.** (1979-1980 y 1992-1993). Bumangués; ex alumno de la Escuela La Salle de Pamplona; graduado en Orientación y Psicología Social en la Universidad Nacional y desempeñó un cargo directivo en la Universidad Santo Tomas de Bogotá.

**María Eugenia Serrano.** (1980-1981) Bogotana, de raigambre pamplonesa (nieta del general Ramón González Valencia), casada con pamplonés. Sicóloga, graduada en la Pontificia Universidad Javeriana, donde ejerció la docencia.

**Zaín Cuadros Villamizar.** (1984-1988). Gramalote; egresado de la Universidad de Pamplona. En sus años estudiantiles fue activista y dirigente estudiantil de orientación conservadora. (En esta administración se presentó el primer escándalo de corrupción en la historia de la Universidad, del que la prensa cucuteña de la época informó ampliamente).

**Oscar Libardo Rosas Contreras.** (1991-1992) Pamplona. Ex alumno de la Escuela Anexa de La Salle; Licenciado en Ciencias de la Educación de la Universidad de Pamplona. Profesor muy respetado.

**Rodolfo Contreras.** (1994-1997). Pamplona. Escuela Anexa de La Salle. Licenciado en Química y Biología de la Universidad de Pamplona, con posgrado en University of New Hampshire, magister en Química. Discípulo y amigo personal del rector Villamizar Lamus.

**Pedro Nel Santafé Peñaranda** (1997-1998) Gramalote. Escuela Anexa de la Normal. Alumno de la primera promoción de la U.P., y por lo tanto cercano a los afectos de Villamizar Lamus. Licenciado en Ciencias de la Educación, mediante convenio Universidad de Pamplona-UIS. Docente.

**Álvaro González Joves.** (1998-2007) Pamplonés. Capitán del Ejército; Escuela Superior de Educación Pública, ESAP; Universidad INNCA de Colombia. (Esta rectoría fue la última de la que tuvo conocimiento el biografiado, y su período coincidió con los últimos diez años de vida del Rector Histórico).

**Pedro León Peñaranda Lozano.** (2008-2009) Médico.

**Esperanza Paredes de Estévez.** (2009-2012). Pamplona; egresada de la Universidad de Pamplona, Doctora en Ciencias Sociales y maestría en Literaturas de expresión española.

**Elio Serrano Velasco.** (2013-2016) Nacido en Toledo. Contador Público.

**Ivaldo Torres Chávez.** (Diciembre de 2016) Actual rector, oriundo de Magangué, ex alumno de la Universidad de Pamplona; fue dirigente estudiantil.

A mediados de 1980, año en que la Universidad celebró 25 años de su fundación, la entonces rectora, Dra. María Eugenia Serrano de Romero, en entrevista publicada en el periódico El Pamplonés, expuso la situación financiera y académica de la Universidad por la fecha; reportaje que apareció publicado en el número correspondiente al mes de agosto de 1980, y se reproduce como aporte a la documentación histórica:

“En la actualidad (1980) la Universidad cuenta con algo más de 2 000 estudiantes en sus horarios diurno y nocturno. Son en su mayoría provenientes de Norte de Santander, pero también hay un gran porcentaje de gentes de Santander y la Costa Atlántica.

“Hay tres facultades: Humanidades e Idiomas, Ciencias Básicas y Educación. Los

egresados adquieren títulos de Licenciado en Ciencias de la Educación, con especialidades varias: Química-Biología, Matemáticas-Física, Inglés-Francés, Administración Educativa, Educación Física, Historia-Geografía, Lingüística-Literatura. Sicopedagogía, etc. La Universidad tiene proyectos de ampliar a otras áreas: por ejemplo se han presentado al ICFES programas en Pre-escolar. También hay proyectos en Enfermería, Microbiología, Bacteriología y Sociología, los cuales están en trámite. Gastaremos este semestre, posiblemente el primer semestre de 1981 en ponernos al día en lo que nos exige el ICFES para su aprobación. La limitante que nosotros tenemos es la falta de personal docente para este tipo de carreras; porque en los primeros semestres es posible con los recursos humanos que tenemos, pero en los últimos semestres se requiere ya de personal de recursos especializados.

“En cuanto a la financiación nosotros tenemos aportes de tipo nacional, aunque la Universidad sea departamental. Sin embargo los aportes que se reciben del departamento son muy bajos, y en cuanto a la ayuda nacional estamos igual que todas las universidades oficiales: funcionando apenas para pagar nómina; cualquier tipo de dotación que tengamos que hacer hay que recurrir casi a la limosna. En este momento tenemos esperanza en la ordenanza de \$100 000 para Planta Física. Por eso el Dpto. de Planeación está trabajando en el Plan de Desarrollo, pues tenemos plazo hasta el primer semestre del año que viene para presentarlo y sean aprobados los cien millones; sólo en ese momento podemos pensar en planta física. También disponemos de un fondo que se llama, Fondo de Prenup, que es destinado solamente para investigación. Más o menos tenemos una plata invertida allí, específicamente en 4 proyectos, uno sobre estudios lácteos, otros sobre peces, también un proyecto sobre área geográfica del profesor Joel Silva y uno del profesor Ángel Delgado”.

La segunda y última rectoría de Eduardo Villamizar Lamus transcurrió entre 1988 y 1991; en esta ocasión fue llamado de urgencia para retomar la dirección de la institución, a causa de la crisis en que se encontraba la institución, período al que se refiere la docente Flor Delia Pulido Castellanos:

“En la historia de la Universidad de Pamplona debe registrarse que el Doctor Villamizar Lamus, después de haber implementado programas de pregrado y de haber alcanzado madurez académica e institucional, en su última rectoría inició, el nivel de posgrados, a partir de ese momento se habló de la Universidad antes de los Postgrados y después de los Postgrados”.

“El camino que trazó para la implementación de los mismos se concretó con la aprobación en 1989, en la Escuela de Postgrado y de la Especialización en Metodología de la Enseñanza del Español y la Literatura que fue el paradigma para los demás y que

cumple 20 años. Así mismo, iniciando la década de los 90, dio los primeros pasos para ejecutar convenios institucionales para la oferta de posgrados a través de otras universidades, el primero con la Universidad Santo Tomás de Bucaramanga que concretó con su sucesor el profesor Oscar Rosas Contreras. En esta forma se ha favorecido a una pléyade de pre-graduados en diferentes disciplinas del conocimiento”.

De los emprendimientos notorios en la segunda etapa de rectoría, señalamos la elaboración “del plan de desarrollo”, que la investigadora de la educación Dra. Esperanza Paredes muestra en su ensayo como “la primera fase de internacionalización” de la institución; para desarrollar un análisis de esta última etapa rectoral, nadie mejor que ella misma, ex alumna, docente, ex rectora, de acertada gestión administrativa:

#### Segunda y última rectoría de Eduardo Villamizar Lamus, 1988-1991

“Quisiera presentar, en esta semblanza de la vida y obra del doctor Eduardo Villamizar Lamus, aspectos distintos a las caracterizaciones conocidas y, muy merecidas, sobre el talento, carisma y visión amplia del doctor Villamizar, que le permitieron, sin duda, participar activamente en la organización y puesta en marcha de la Universidad, acogiendo los principios misionales establecidos bajo la dirección del Padre Faría.

Se trata de aspectos que considero de la mayor importancia en la vida universitaria, de los que puedo hablar desde mi experiencia y tránsito académico-administrativo por la Universidad de Pamplona, pero también, en tanto, investigadora del campo de la educación superior en Colombia.

Tuve oportunidad de apoyar el equipo directivo, en la segunda administración que dirigió el doctor Eduardo Villamizar Lamus (1988-1991) y comenzaré, así, para los fines que me interesa desarrollar, destacando algunos aspectos del liderazgo por él ejercido en la gestión y organización de la Universidad.

Lo primero, es la claridad que el doctor Villamizar Lamus tenía acerca de la importancia de los encuentros académicos interuniversitarios, entre los diversos países del mundo, tanto desde el punto de vista cultural como para el fortalecimiento disciplinario y profesional de los profesores. De este modo, siendo directora del departamento de Lenguas Extranjeras, obtuve una beca del gobierno francés para efectuar un curso intensivo de Didáctica de las Lenguas Extranjeras en el CLA (Centre de Linguistique Appliquée) de Besançon, Francia, curso que fortalecería mi proficiencia lingüística de la lengua francesa y la enseñanza de las lenguas. El Rector, no sólo apoyó, con los argumentos aludidos anteriormente el otorgamiento de la comisión pertinente en el Consejo Superior, sino que me autorizó a presentar invitación al CLA a participar en

eventos de la misma naturaleza en nuestra Universidad, con el ánimo de propiciar intercambios académicos interuniversitarios. Experiencias que considero susceptibles de reseñar en tanto primeras fases de la internacionalización de nuestra Universidad.

Como Decana de la Facultad de Humanidades e Idiomas, acogí, en ese entonces, al igual que los demás Decanos de Facultad, las orientaciones del Rector explícitas desde el Consejo Académico para efectuar concursos docentes que respondieran a las demandas de especialización, en el caso de las lenguas extranjeras, bien en la lengua francesa, bien en la lengua inglesa, según las necesidades e intereses del programa; del mismo modo ocurría en el departamento de lingüística y literatura, para fortalecer los campos de la lingüística o de la literatura, según las necesidades de los programas de licenciatura en dichos campos.

El conocimiento que tenía Eduardo Villamizar de la conformación de las profesiones, surgido de su experiencia en la gestión y organización de la Universidad, desde sus más tempranos días, es un saber muy valioso, acerca del modo en que en la Universidad de Pamplona se generaron las relaciones, ya más formales, entre las disciplinas que configuran una profesión, sus modos de organización en las respectivas unidades académicas (departamentos, facultades) y los programas de formación (relaciones curriculares). Y, puedo afirmar hoy, en tanto investigadora del campo de la educación superior, que este es un conocimiento que, en tales circunstancias institucionales, hace parte del “discurso de la educación superior” enunciado por Basil Bernstein, a partir del cual se comienza a configurar la estabilidad de la “cultura académica” universitaria.

En esta dinámica de relaciones, entre lo académico y lo formativo o curricular, se lleva a las prácticas de formación “la impronta” de lo misional en nuestra universidad, es decir, el modo específico de ser profesional formado en y egresado de la Universidad de Pamplona. Y también en este aspecto del “discurso” universitario, el Rector tenía total convicción acerca de los valores misionales configurados bajo la dirección del Padre Faría, insertados en la estructura normativa de la institución, que el doctor Villamizar Lamus conoció y amplió con gran solvencia, en el crecimiento de la Universidad que tuvo a bien acompañar, en tanto fue el artífice de la adaptación y apropiación de los estatutos de la Universidad de Pamplona.

Esta valiosa gestión universitaria culmina, igualmente, con una última acción también de la mayor importancia, en términos de “discurso universitario”, tal es la elaboración del plan de desarrollo de la Universidad, ya concebido por el Rector y su equipo de planeación, sobre la base de sus estudios postgraduados en investigación y docencia universitaria y en administración universitaria.

Concluyo expresando mi alegría y afecto por estos sólidos orígenes de la Universidad de Pamplona, que nos permiten argumentar un “discurso universitario” concebido y construido, desde las más caras convicciones por el conocimiento, la ética y la bondad

al servicio de la región fronteriza colombo-venezolana, en la experiencia del devenir universitario”.

La rectoría de Pedro Nel Santafé Peñaranda, docente e inquieto cronista regional, sucedió entre 1997-98; su período administrativo fue considerado de gran rectitud, pero frenado por una desmedida prudencia en el gasto, temeroso quizá de que su administración cayera en las redes de la corrupción; por primera vez las arcas de la institución se vieron colmadas por los recursos represados, y así las recibió el nuevo rector Álvaro González Joves, que emprendió de inmediato la construcción de la planta física; esta última rectoría se prolongó de 1998 a 2007.

González fue capitán del ejército, y en condición civil administró un almacén de cadena; permaneció luego en Costa Rica algunos años y al regreso se integró en la organización que preparaba el bicentenario del general Francisco de Paula Santander (1792-1992), actividad que lo puso en contactos académicos y gubernamentales, que finalmente lo llevaron a la rectoría de la Universidad. Puso en práctica, al parecer, las tres directrices de su experiencia anterior: dirección autoritaria, actitud gerencial y roce académico, que sustentó con estudios y títulos universitarios; su administración, polémica, estuvo rodeada de partidarios y detractores. Con alguna tendencia a la megalomanía, habituado al mando por “propensión y temperamento”, instauró un estilo jerárquico altisonante y de ello contagió el entorno.

En el libro *Universidad de Pamplona 50 años, Historia y Vida*, publicado por la Asociación de Jubilados y Pensionados, el rector hace la memoria de su paso por la rectoría. A primera vista salta su intención superlativa con los méritos propios de su gestión.

“Pasamos de ser una pequeña Universidad con énfasis en Educación, a ser una Gran Universidad con cubrimiento en todas las áreas del Saber Científico-Filosófico.”

“Nuestro sueño era convertir a la pequeña Universidad que recibimos, dedicada fundamentalmente al área de la Educación, en una Universidad con reconocimiento nacional e internacional”

“...La Universidad de Pamplona aparece en el puesto diez y seis (16), es decir se ubica en el primer 5% del país. Ver Ranking iberoamericano SIR 2010.”

“La Universidad de Pamplona quedó ubicada entre las 440 empresas más grandes y sólidas del país”.

“Adicionalmente la más reputada y reconocida Empresa Internacional radicada en Colombia experta en Análisis de Riesgos, concede a la Universidad de Pamplona durante mi gestión la tercera más alta calificación posible basada en nuestra solidez económica y financiera, etc.”.

En su exposición, muestra los altos índices de crecimiento en los distintos programas, en permanente comparación con las anteriores administraciones. Afirma haber dejado un alto superávit con un aumento del 335%.

En comparación con las administraciones que lo precedieron, González Joves hace una apreciación cuantitativamente de sus logros, no para indicar lo que correspondería al desarrollo de una nueva etapa, sino para marcar diferencias, hasta el punto de que pareciera referirse a la existencia de dos universidades, cuando en realidad la Universidad de Pamplona es una sola y la misma que fundara el P. José Rafael Faría Bermúdez en estrecha colaboración con Villamizar Lamus, más de cincuenta años atrás.

A González Joves se le reconoce su acción de trabajo, la construcción de la planta física (a la cual en su memoria no menciona); también la voluntad de ampliar la institución, la remodelación de antiguos edificios de la ciudad, como la casa de Águeda Gallardo, lugar histórico ubicado en la Plaza Mayor, etc. González terminó su azarosa administración en 2008, y se retiró de la rectoría, víctima de grave enfermedad; murió en España en 2015.

Sin embargo la Dra. Esperanza Paredes Hernández, sucesora en la rectoría, anota que encontró un déficit de 70 000 mil millones. (Incluimos a continuación el ensayo de la ex rectora, que da luces sobre el período en cuestión).

#### Rectoría período 2009-2012

“Para efectos de visibilizar el discurso de la decencia en la dirección universitaria que ha tenido la Universidad de Pamplona, en el que se inscribe la labor desarrollada por el Dr. Eduardo Villamizar Lamus, y con el ánimo de convocar su necesaria continuidad, quisiera destacar dos aspectos que considero de la mayor relevancia a la hora de definir los requisitos para quienes aspiren a participar en este importante reto, y que tuve el orgullo de sustentar en el momento de mi designación como Rectora de la Universidad: en primer lugar, la importancia de un ejercicio rectoral independiente, resultado de la

decisión unánime del Consejo Superior de la Universidad de designarme por unanimidad y de encargarme la difícil tarea de restablecer el equilibrio de la institución, amenazado en su integralidad, sin ningún tipo de presión o de compromiso ni con la clase política, ni con alguno de los sectores que mediante delegaciones de sus miembros, intervienen en la configuración del máximo Órgano de dirección universitaria. En el mismo sentido, considero importante resaltar que la confianza depositada en mí para ostentar la dignidad de rectora de la Universidad, se derivó de los resultados obtenidos en el desarrollo de mi carrera académico-administrativa. Tuve la suerte de tener una experiencia de la vida universitaria muy amplia, en el marco de la vida académico-administrativa: fui Representante de los Profesores al Consejo Superior de la Universidad, Representante de los profesores al comité de asignación de puntaje, Representante de la Facultad de Educación al Comité de Ética; Directora del Departamento de Lenguas Extranjeras, Decana de la Facultad de Humanidades e Idiomas, Representante de los Decanos al Consejo Superior, Vicerrectora Académica, Directora de la Especialización en Metodología de la Enseñanza del Español y la Literatura; Directora de la Especialización en Comunicación Educativa, Directora de la Especialización en Pedagogía Universitaria, Directora de la Maestría en Educación y Secretaria Técnica de la Comisión de Acreditación de la Universidad.

Este tipo de conocimiento del Campo de la educación superior y la experiencia de su vivencia, que destaco, creo que son los insumos más valiosos con que se pueda contar para ejercer un liderazgo efectivo, técnico, ético y político, que contribuya a resolver las demandas más importantes que se encuentren, en el momento de asumir la dirección de la Universidad y de proyectar su posible desarrollo.

En mi caso particular, resumo a continuación algunos de los eventos más ilustrativos de los muchos y muy graves problemas en que se encontraba la Universidad de Pamplona: para comenzar, la Universidad era insolvente, su déficit fiscal y deuda pública alcanzaban los 70.000 millones de pesos, o algo más; lo pertinente a la deuda pública debía pagarse a corto plazo, gran parte de la misma no se había legalizado en el Ministerio de Hacienda, proceso necesario de surtir dadas sus características; fue esta, así, la primera tarea, establecer con claridad el estado financiero de la Universidad, las condiciones “reales” de sus deudas, sus posibilidades de refinanciación y de asunción de la superación de su déficit. No fuimos acogidos, finalmente, como se esperaba, a la ley de quiebras, pero nos asignaron un equipo del Ministerio de Hacienda que permaneció en la Universidad y diseñó un programa de fortalecimiento institucional muy estricto, que nos permitió superar esta situación, antes de lo previsto. Teníamos, igualmente, un problema grave de gobernabilidad, evidente desde la intervención que efectuó el Ministerio de Educación a la Universidad en octubre de 2008, a partir de la cual se ordenó investigación al Rector de la época y a los demás miembros del Consejo

Superior. El menoscabo de la gobernabilidad de la Universidad facilitó que las prácticas de corrupción permearan la institución, resultando así deprimida, no sólo en lo financiero, sino también en lo moral y en lo jurídico; debilitar la estructura jurídica y las áreas de planeación, presupuesto y contabilidad son estrategias que posibilitan el desorden en toda la estructura académico-administrativa.

De este modo, el Ministerio de Hacienda instó a la administración a no escatimar esfuerzos para fortalecer, en especial, el área jurídica, y la administración enfatizó igualmente el fortalecimiento de las otras áreas debilitadas.

Establecimos una hipótesis inicial: la Universidad seguía un modelo administrativo que consistía en administrar presupuestos de terceros bajo la figura de convenios; esta hipótesis la verificamos a medida que asumíamos cada uno de los problemas que pudimos categorizar, finalmente en doce macro problemas de la mayor gravedad, entre ellos, el proyecto de la sede de Chía y sus articulaciones a ese municipio; la administración de recursos de la gobernación de Casanare; la compra de la Clínica universitaria, cuyo trámite se había iniciado en administraciones precedentes; TX de Venezuela, entre otros, cuya resolución exigió un apoyo muy importante, en primer lugar, del Consejo Superior y de la comunidad universitaria, igualmente, de la Gobernación del Departamento, el Ministerio de Educación, el Ministerio de Hacienda y los Órganos de Control del Estado.

Los estamentos de la universidad fueron enterados de la gravedad de nuestra situación y acompañaron a la administración en algunas de las acciones diseñadas en el “Programa de Fortalecimiento Institucional”; por ejemplo, los profesores asumieron una responsabilidad académica mayor a la establecida en la normatividad, sin pagarles algún excedente; estudiantes, profesores y administrativos me acompañaron al Congreso de la República a demandar apoyo para sacar a la Universidad de tal situación, con una respuesta positiva; se trataba, además de acciones que fortalecían la dimensión ético-política de la comunidad universitaria.

Derivado de la participación aludida, destaco, tal vez lo que yo pudiera considerar la acción más importante, en mi desempeño al frente de la Universidad: la restitución de la voz de los estamentos, en el sentido ético-político, silenciada por largos años.

La solución a tantos problemas fue muy compleja. Restituir la confianza hacia la Universidad, fue un trabajo muy duro. La administración estaba descompuesta, pues se había dedicado a hacer negocios con la venta de múltiples servicios comprometidos en los convenios, que no se relacionaban con las funciones misionales de la Universidad. Articular, por ejemplo, los servicios de la plataforma tecnológica de la Universidad a la práctica misional de la interacción social, implicó un esfuerzo muy duro pero lo suficientemente exitoso para restituir la integralidad en lo misional; tuvimos que liquidar muchos convenios y armar de nuevo los que encontramos pertinentes para el quehacer universitario.

Todas las semanas estaba en una parte distinta, dedicada a apagar incendios, como se dice coloquialmente. A veces no alcanzaba el tiempo para más. Finalmente, los convenios se rediseñaron, con un seguimiento muy estricto de las áreas de Presupuesto, Contabilidad, Planeación y Vicerrectoría administrativa; estas áreas participaron activamente en la elaboración del Estatuto Presupuestal, marco fiscal de mediano plazo, un plan financiero, que pudiera enlazarse al plan de desarrollo, con objetivos, proyectos y seguimiento, constituyéndose así el modelo económico y financiero de la Universidad, conforme a los instrumentos modernos de manejo presupuestal y financiero, inscritos en la legalidad establecida para la administración pública en Colombia, con la consecuente transparencia en la gestión, administración y potenciación de nuestros recursos.

En lo referente a las relaciones con los estamentos, puedo decir que fue difícil restituir también las confianzas en el interior de la Universidad; distintos grupos buscaban dispersar las acciones encaminadas a gestar una cultura de la legalidad; superar las prácticas derivadas del imaginario, convertido en divisa universitaria, “el que trabaja no come paja”, liderado por “el jovismo”, no fue algo sencillo; el rector responsable de un tal liderazgo, le hizo creer a la comunidad que él había sacado a la Universidad de Pamplona de la montaña y la había puesto a competir con las grandes universidades del mundo; insistí, entonces, en que, muy seguramente “el jovismo” y sus divisas permanecerían en la Universidad pero no en la administración que yo presidía; algo avanzamos en eso, aunque no del todo; uno descubre después que muchos de los apoyos y compromisos de colaboradores cercanos son muy aparentes y que, tal y como nos lo sugiriera Shakespeare, “el traidor está siempre detrás del trono”.

Pero es esa la dinámica histórica de las relaciones de poder, máxime en sociedades como las nuestras y con el agravante de la corrupción, el mayor lastre que sufrimos.

A modo de anécdota, me alegra destacar que, en el área administrativa, se divulgaba que el modelo de la rectora era “no robar”, lo cual, de cara a gestiones anteriores, en las cuales se cobraba hasta para pagar una cuenta, constituía un cambio radical; y se dieron situaciones muy interesantes, una especie de veeduría interna que coadyuvó la construcción de “buenas prácticas”.

En el proceso de restitución de la voz de los diferentes estamentos universitarios, ya mencionado, intenté nuevas y diferentes relaciones con el sindicato de profesores ASPU; no lo logré, pero descubrí también, en la siguiente administración de la Universidad, que la junta directiva del sindicato tenía intereses que yo no reconocería nunca como propios de las relaciones con la administración que los entes sindicales debieran mantener; eso me dio gran tranquilidad, aunque frustración, en el plano de lo subjetivo, ya que creía en el sindicato como instancia de resistencia y lucha por los derechos de los trabajadores, nunca me desvinculé del sindicato, ni aun siendo rectora.

Con el sindicato de los trabajadores el avance, en cambio, fue muy importante y nuestra relación fue muy productiva.

Finalmente, considero muy importante haber sustentado y actualizado, en el Plan de Desarrollo 2012-2020: “Hacia una Universidad de Excelencia: Investigación, Innovación e Internacionalización”, aprobado mediante Acuerdo N° 049 de Agosto 31 de 2012, la visión de las relaciones que, en mi criterio, debía suscribir la Universidad con sus entornos de impacto, enunciadas en el macro proyecto “La Universidad, la Academia y la Construcción de la Cultura Binacional en la Región Fronteriza Colombo-Venezolana”, que presenté en el Consejo Superior al inicio de la administración que presidí, (2009), propuesta que no tuve oportunidad de insertar desde ese momento, dadas las precarias condiciones de la Universidad, que someramente describo en este escrito”.

Es de anotar, como digno de figurar en letras de bronce, el concepto primigenio que rigió la Universidad de Pamplona desde sus comienzos, bellamente expuesto por Eduardo Villamizar Lamus:

“La Universidad de Pamplona busca encontrar la forma y el contenido en que pueda integrar a la cotidianidad de los pamploneses y de los habitantes de esta región fronteriza binacional, los valores de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, para educar a una nueva humanidad en marcha realmente armoniosa, integrada, pacífica, honrada y fraternal”.<sup>78</sup>

Terminado el último período rectoral, Villamizar Lamus emprendió la retirada; había cumplido 31 años a su servicio; había ocupado por primera vez la rectoría a la edad de cuarenta y uno, primera etapa que fue de afianzamiento, organización, modernización y proyección de la institución.

Una vez dejó la rectoría, pasó a ocupar la dirección de Planeación, donde estuvo diez años, hasta que nuevamente fue llamado a ocupar la rectoría, como el único capaz de asumir su dirección en tiempos de crisis; de aquí el subtítulo que hemos elegido en el presente trabajo para definirlo: un hombre necesario. Pero en esta ocasión ya el rector histórico “iba de salida”; su tarea había sido cumplida.

En la nueva planta física el rector González Joves dio el nombre de Eduardo Villamizar Lamus al edificio de la vice-rectoría; el homenajeado no había conseguido construir la planta física, una de sus aspiraciones

principales, y ahora uno de los nuevos edificios llevaba su nombre; el acto parecía tener tanto de reconocimiento como de ironía; el rector histórico aceptó el merecido homenaje y recibió la distinción con elegancia, y algo parecido a la humildad.

Aquí termina el hilo conductor de nuestro trabajo: intentar una semblanza del Rector Histórico con los hechos más relevantes de su vida, en estrecha unión con la historia de la Universidad de Pamplona, pues esta y Eduardo Villamizar Lamus son lo mismo.

## Última Parte: el Adiós

La imagen de la mesa familiar ejerció especial atracción en la iconografía personal del Chato; con frecuencia la trajo a sus discursos; más de una vez habló de la mesa que convoca, que reúne, signo recurrente que le permitió desarrollar conceptos de afecto, familia, amistad, diálogo, paz; fue su metáfora predilecta; mueble paradigmático que trasciende el itinerario doméstico y se proyecta en otros significados, sociales, políticos, educativos, cuya simbología Villamizar Lamus introdujo y reiteró en sus intervenciones públicas.

Los muebles (sillas, sala, oficina, cama, escritorio, etc.), y la relación que los clasifica, revelan facetas de sus dueños; el escritorio, por ejemplo, mueble de vocación magistral, provee a muchos de los que usan de una razón de existencia, una muralla de protección, mueble signo de poder, sin cuya presencia funcional el propietario se extravía o no encuentran fundamento; Chato Villamizar no fue hombre de escritorio; su mueble predilecto era la mesa, la del comedor y las conversaciones de sobremesa, la del trabajo, la de juntas, la mesa redonda (incluso la de juego, que practicaba pero al parecer sin mucha suerte).

En fin la mesa que convoca, que congrega, que incita a la convivencia y a la conciliación.

La fundación de la Universidad de Pamplona se hizo en torno a una mesa: la Mesa Redonda de 1960, acontecimiento que constituye mito fundacional en los anales de la institución; de la mesa dijo:

“Se nos ha convocado a esta mesa en nombre de la Confraternidad. Vale decir, en nombre de la hermandad. Palabra esta que para los colombianos adquiere una especial connotación, aunque por ahora nefasta: si realmente, todos nos consideramos hermanos, no estaríamos lacerando en lo profundo el corazón de la patria.”

Concepto que elevó a significación social y personal, íntima y general, mueble de conversación, de celebración, símbolo de diálogo, entendimiento civilizado, vehículo de paz.

Hermandad, fraternidad, otras palabras caras al léxico espiritual de Villamizar Lamus; vocablos que invocó con predilección, resaltando sus vínculos profundos; él mismo cifró en ellos su relación con el mundo, y las practicó con vehemencia. Si alguien, por malhadada razón “salía de su corazón, era para siempre”, lo afirma su hermano Luis Carlos: el expulsado nunca más volvería a estar entre los convidados a la mesa amplia de su corazón y de su afecto.

Sus amigos más cercanos tuvieron el privilegio de ser los invitados al convite de su corazón munificente. Alejo Peñaranda, Edgar “Gordo” Carrillo, Oscar Mogollón, y otros, no muchos; amigos y a la vez alumnos de una cátedra no convencional, coloquial, de complicidad y compañía; estas personas fueron sus otros hermanos, que mostraron camaradería, lealtad y respeto, sin distancias solemnes; lo buscaban, lo escuchaban, compartían; en ellos encontró a los interlocutores propicios de su discurso variopinto. Compartían la mesa en el café, hacían largas caminatas por las calles, con el gordo Jairo Carrillo, con quien conversaba a diario sobre temas de su predilección, entre ellos la tradición obligatoria nacional de la política; los dos eran gordos, adictos a la comida; en ello cifraban buena parte de su felicidad; la ruta de los paseos de costumbre, incluía puntos donde se exhibían las viandas más célebres y surtidas: las arepas de la calle Florián, los chorizos cerca al Hospital, los helados del Barrio Galán, los tamales de la cigarrería en el parque, las morcillas de Ana, el queso de marrano de donde Guerrero, los embutidos de Eufrasia Parra, el salchichón cervecero y el jamón del alemán Wolfgang, sin olvidar jamás la acema de agua y los pasteles de Araque; en fin, suerte de recorrido homérico entre las tentaciones comestibles del camino, a cuyos cantos “sirénicos” sucumbían sin remedio, antes del regreso a casa.

La madre del Chato, doña Mary Lamus, ganó entre sus allegados fama de cocinera excelsa. Los almuerzos del Jueves Santo, con el menú ritual “de los siete potajes”, contribuyó a sustentar en kilómetros a la redonda el renombre de su tradición culinaria. De Cúcuta venían hermanos y sobrinos, esposas, hijos, nietos y demás parientes, convocados al disfrute del menú en la mesa familiar que era el siguiente: crema de tomate, zapata rellena, pollo desmenuzado con *petits pois* (alverjas), ensalada morada, naco (puré), arroz, postre de piña y vino Chianti.<sup>79</sup> El día del cumpleaños de cada uno de sus hijos, la madre les preparaba su plato predilecto. El suyo, el 8 de julio, era “lengua de dulce, y postre de leche ahumada”.<sup>80</sup>

La connotación religiosa que Villamizar Lamus hacía de la mesa (comunión, eucaristía), sin duda vino de aquellas celebraciones familiares; su manifestación de fe católica incluyó la mesa cristiana, por asociación de la última cena y la mesa familiar; y la sobremesa demorada para detener el tiempo, celebrar la amistad y la hermandad, el afecto y la vida. Escribió: “Allí, en la mesa, se hacen entonces, con los hermanos y amigos, muchas reminiscencias, se cometan muchos acontecimientos, muchos de los detalles que han rodeado la vida del agasajado.

Finalmente: “Y hemos escogido la mesa, porque es en ella, donde a diario dialogan los padres y sus hijos, porque es en la mesa donde una más la familia, porque es en la mesa, donde la familia celebra con los amigos las alegrías y además por el profundo significado para los católicos, tiene la mesa y la cena”.<sup>81</sup>

A Chato le gustaba la lengua de dulce, pero también el sancocho “trifásico”, terrígena, símbolo del mestizaje y la culinaria criolla; su sancocho era una ceremonia a campo abierto, con su fórmula personal, “patentada” en brega inveterada; el estilo de la cocción era solemne; la liturgia del plato nacional exige ingredientes cuidadosamente seleccionados, llevados a la olla generosa en tiempos exactos; en la mañana azul del sábado la cocción ardía al fuego de la leña, y en el caldo parduzco reverberaban las papas, la yuca, los plátanos, la carne, el bastimento, en ebullición hacia el punto aprobado; los fieles, asistentes a la ceremonia, discutían entretanto con el celebrante las particularidades y fórmulas del sancocho según cada quien, para terminar en tantas fórmulas como invitados tenía el convite. Su principal contendor teórico era Mario Sanmiguel, que no cejaba de proclamar como únicas sus predilecciones barrocas y verracas. Pero él, oficiante primordial, sellaba el tema: “Mi principal título es ser PHD en sancocho”; corrían entonces los tiempos de las verdades, de la desmitificación reparadora, del tiempo en que ya se habla solo y en voz alta.

En la sección Anexos podremos ver la fórmula del sancocho de Chato Villamizar Lamus, escrita de su puño y letra, aportada por Rosalba Parada, en cuyas sesiones ella ofició muchas veces como acólito en la ceremonia, en compañía de Margarita Quintero, las dos parte entrañable de la familia. Rosalba Parada llegó a la casa de Eduardo e Isabel Teresa cumplidos sus doce años; trabajó y vivió con ellos, ayudó en la crianza de los pequeños, de Isabel Teresa (Mumía), de María Alejandra (Majandra) y Ramón Eduardo; “Doña Isabel Teresa y el doctor —dice

Rosalba— fueron los padres que no tuve”; “el doctor me educó”, agrega; muchacha pamplonesa, inteligente, con aspiraciones, sin duda fue resultado de su labor; ya adulta, formó su propia familia; también se lanzó como candidata al Concejo de Nueva Pamplona y fue elegida; goza del aprecio de la comunidad; sus hijas Carolina y Mónica Juliana estudian y trabajan con notables orquestas de música clásica en Alemania; Carolina es interprete de flauta, Mónica connotada maestra de violín; las dos intérpretes, virtuosas, herederas de la tradición artística pamplonesa, ahora de categoría internacional.

Al repasar sus días en casa de sus mentores, Rosalba dice: “De los hijos del doctor la que más se parece a él es María Alejandra: audaz, preparada, inteligente, muy afortunada; a los 22 años recibió el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar”. María Alejandra ha ejercido el periodismo en primera línea del acontecer nacional; en la década de los 90 estuvo al frente de los sucesos de mayor relevancia política del país: los procesos de paz de los últimos veinte años. Ha ejercido el oficio en diversos medios audiovisuales y escritos, de las más importantes empresas de televisión y radio de Bogotá.

En su juventud, la Bogotá de Chato llegaba máximo hasta la avenida 72, la de la Iglesia de La Porciúncula, su icono principal; la suya, propiamente se circunscribía al centro: la carrera 7ª, desde la Plaza de Bolívar hasta la calle 24, donde se encontraban las principales entidades y oficinas en que transcurría su accionar capitalino, y ya, al terminar la jornada diaria de las diligencias administrativas, encontraba a su alcance las principales salas de cine del sector: El Cid, El Embajador, el Coliseo, el Lux, etc.; un ámbito que sus pasos habían domesticado y dotado la urbe de una dimensión familiar, acorde con sus necesidades y exigencias; durante años se hospedó en el hotel Residencias Santafé, en la Candelaria, edificio de tres pisos, construido poco después del 9 de abril de 1948, que en sus buenos tiempos hospedó una clientela fija de viejos parlamentarios de provincia.

Del moderno y extenso panorama urbano capitalino, Chato apenas si traspasaba los límites acostumbrados, salvo cuando iba al norte a visitar a su hermano mayor, Jaime. Merceditas Bonilla, viuda de Jaime, anota que luego de cenar, los dos hermanos se enfrascaban en sus tradicionales conversaciones, hasta bien entrada la noche; ella se retiraba a descansar y los dejaba enfrascados en la misma conversación o discusión de toda su

vida, la misma que los dos habían mantenido desde su infancia y juventud; los temas giraban alrededor de preeminencias, distinciones logradas por uno y otro, relaciones notables, participación personal en hechos relevantes, protagonismos, acciones principales, etc.; por último emergían temas de marcas, ropas, de carros, productos costosos, una danza de mercancías de valor de estatus. En bienes materiales la superioridad correspondía a Jaime, naturalmente; era hombre rico; pero él, quizá para no quedar atrás, esgrimía sus historias, como la del viaje que hizo piloteando un submarino en el mar Caribe...

Su hija María Alejandra, en condición de periodista ha tenido realizaciones preeminentes, y se ha codeado con las principales figuras del país, en todos los ámbitos. En cierto modo, ella proyectó en la realidad los deliquios de su padre que, sin trajinar en el periodismo, ni vivir en Bogotá, lo consiguió a su manera.

(Después de trajinar en la semblanza, podemos concluir que Chato tuvo una especial idiosincrasia periodística, que se revelaba en su avidez informativa, en su habilidad de cronista oral insuperable, y muy probablemente fueron estos dones latentes de comunicador los que derivaron en el talento de su hija y su acendrada vocación).

De Isabel Teresa, la esposa, ¿qué podemos agregar a lo ya dicho? Crio a los hijos, acompañó a su marido, viajero sempiterno, y esperó su regreso de los innumerables viajes que tuvo que emprender en los treinta años que estuvo al frente de la Universidad. En uno de sus discursos él la llamó “compañera de mis horas”; el discurso tuvo varias versiones escritas pero en todas la menciona con afecto y gratitud. Isabel Teresa, conservadora de tradición, no dejó de participar activamente en las elecciones a favor de su partido, aunque con tantas divisiones ya debía de tener dificultades para orientarse; su esposo, liberal de “racamandaca”, contempló desde lejos la afirmación personal que su esposa hacía de sus preferencias, sin referirse nunca a ello.

Retirado del centro educativo, piloto experto de naufragios, fue llamado a dirigir el Museo de Arte Moderno Ramírez Villamizar, cuando este hacía aguas; fue su último cargo: estuvo diez años en la dirección, mientras lo olvidaban; en ese tiempo se dedicó a mantener la existencia de la entidad que nació sin contar con una financiación institucional estable, que garantizara su normal funcionamiento; así y todo, mantuvo la presencia activa del Museo, sobrellevó la neurosis de las constantes crisis, y cumplió con las programaciones asignadas en su labor de divulgación del arte y la cultura.

La magnífica obra del Museo de Arte Moderno Ramírez Villamizar trasciende ante propios y extraños; su importancia cultural y pedagógica, en una tierra que ha dado insignes representantes en todas las artes (en la artes plásticas Ramírez Villamizar, Beatriz Daza, Julio Castillo); la institución alberga y difunde el conocimiento de la obra del Maestro fundador y gran escultor, y de los artistas pamploneses nombrados. (En la sección Anexos se adjunta un texto sobre aspectos inéditos de la historia del MAMRV).

Eduardo Villamizar Lamus fue irrestrictamente barquista, adhesión dictada por la fe liberal, el paisanaje y la amistad que mantuvo con el líder nortesantandereano; no hay que olvidar que Barco Vargas inició su carrera política bajo la primera gobernación de Alfredo Lamus Girón, cuando éste lo nombró Secretario de Hacienda y el futuro presidente cucuteño inició su actividad pública; Barco Vargas lo visitó en su casa; como era su costumbre, en esta oportunidad el rector histórico no pidió nada para sí, pero lo hizo para la Universidad; la visita personal del mandatario a su casa fue honor más que suficiente; no es de poca monta ni de todo mundo recibir en la casa la visita del presidente de la República; el acontecimiento lo llenó de orgullo y satisfacción; seguramente, en el próximo encuentro con su hermano Jaime, con este suceso, Chato tendría oportunidad de ganar el *match*, en una suerte de *knockout* definitivo, pues Jaime, a pesar de sus hitos personales, jamás había recibido en su casa una visita así.

La Universidad de Pamplona otorgó, años después, a los dos ilustres personajes Virgilio Barco Vargas (Presidente en 1986) y el Rector Eduardo Villamizar Lamus, el doctorado Honoris Causa; la carta de este último muestra, además, la cercana amistad que unía al Rector con su ídolo liberal.

Pamplona, Noviembre 14 de 1980

Doctor

VIRGILIO BARCO VARGAS

Bogotá

Estimado Virgilio:

Me vas a perdonar el no haberte enviado la información adjunta sobre la Universidad el lunes 10 como era mi propósito pero ocurre que dieron puente hasta el 12 de noviembre.

Mi demora la considero en este momento muy oportuna, porque me enteré que en el día de hoy el Consejo Superior, nos otorgó a ti y a mí el Doctorado Honoris Causa, títulos que nos van a entregar el 23 de noviembre a las 10 de la mañana en ceremonia que se llevará a cabo en el Salón del Concejo Municipal, sitio en donde hace 20 años firmamos el Acta de Fundación de la Universidad para la cual yo te entregué la tarjeta en tu casa.

También el Consejo de la “Orden José Rafael Faría” nos otorgó a los Fundadores de la Universidad la Gran Cruz Extraordinaria, que también nos será impuesta ese mismo día.

Mientras tengo el gusto de hacerlo personalmente recibe un cordial abrazo.

Eduardo

El Dr. Barco Vargas apreciaba a Eduardo Villamizar Lamus. Fue de los pocos que nunca lo llamó Chato sino por su nombre: “Eduardo quiere y trabaja mucho por la Universidad”, decía el Presidente. En fecha anunciada, vendría a la ciudad a inaugurar los museos de Arte Moderno Ramírez Villamizar y de Arte Religioso.<sup>82</sup> La noticia causó expectativa por cuanto se dijo que el mandatario traería un cheque anunciado para la Institución; el mandatario vino, inauguró los museos y no se refirió para nada al cheque en cuestión; uno de los profesores, presente en un acto protocolario, alzó ante el mandatario un letrero que decía: “¿Presidente, dónde está el cheque prometido a la Universidad?”

El letrero era sostenido por el licenciado Alberto Jaimes, docente y miembro del Consejo Superior. Como era de esperarse, el profesor fue expulsado del recinto y posteriormente llamado a rectoría; Villamizar Lamus se dirigió al profesor y le dijo con severidad: “Páseme la renuncia”. Jaimes acató el pedido y entregó su renuncia al Consejo Superior; el rector esperaba algo más y lo miró fijamente. “¿Tengo que renunciar también a la Universidad?”, preguntó el profesor (ex alumno de las primeras promociones, cercano a los afectos del rector). “No —dijo este— a la Universidad no, al Consejo Superior.

Chato no fue “hombre rico”; entre sus intereses primordiales no destacó el de hacer fortuna. Su hijo Ramón Eduardo dice que de pequeños, él y sus hermanas “nos creíamos ricos”; la inocente creencia era confirmada con el arribo a Pamplona de su tío Jaime, este sí acaudalado, que llegaba en Mercedes Benz gris plata, y cuya magnificencia deslumbraba a los chicos y los confirmaba en la fe de su riqueza ficticia. Como la mayoría de los mortales, Villamizar Lamus padeció afugias económicas; a su puerta llamó una vez la bancarrota;

tuvo que vender lo que poseía, la pequeña casa de recreo y un carro, y pagar acreedores; después, gracias a su cesantía de pensionado, adquirió vivienda propia, a cuotas: un bonito apartamento diseñado por el arquitecto Darío Moncada; compró un Nissan último modelo, 2005, rojo; dice Rosalba Parada “que no lo disfrutó por mucho tiempo, pues enfermó gravemente. El carro era rojo, —agrega ella— su color predilecto: rojo liberal”.

Al cabo de años de convivencia matrimonial la relación trastabilló; hubo amagos de separación; su esposa relata que un día Chato tomó la decisión de regresar a la casa de sus padres. “Tenía estallidos de mal genio —dice ella—; no violentos, pero sí algo fuertes”. Las airadas explosiones infrecuentes luchaban por encajar en su natural bonhomía pero tomarlas por falsas o jocosas equivalía a equivocarse, porque eran ciertas.<sup>83</sup> Sus momentos airados duraban poco. Pero, cierta vez consideró que su esposa se había sobrepasado en contradecir su voluntad y, en medio del rapto exclamó: “¡Se acabó! ¡Esto se acabó!”; dijo, y se marchó a casa de sus padres.

Sus padres ya no existían; allí vivían sus hermanas, María Cristina y Luz Mary, y su hermano Luis Carlos, solteros irredentos. Eduardo se refugió allí unos días; su reencuentro con el pasado, el entorno de su niñez y juventud, debió de suscitar en él antiguas reminiscencias olvidadas; la mesa familiar, en el comedor, permanecía vacía, con las sillas alrededor, suspendidas en el tiempo.

A él le gustaba decir a sus amigos que los últimos días quería pasarlos tras el mostrador de una tienda que pensaba montar, abriendo un local en la casa paterna; era el negocio perfecto, pues le permitiría ganar el sustento, mientras le quedaba todo el tiempo para charlar con los amigos, jugar ajedrez, oír las campanas de la iglesia y esperar el día en que doblaran por él; era su *boutade*, su broma existencial favorita, costumbrista si se quiere. Pero en la casa de sus padres, bajo el cielo del patio, ya habían transcurrido todo el tiempo, y sólo quedaban espectros del pasado.

Nunca “abrió la tienda”; una mañana su mujer vino por él; abrió la puerta una de las hermanas.

—¿Dónde está el Chato? —preguntó. La cuñada le señaló la sala para que se sentara y esperara. —No soy de sala —dijo ella, y se encaminó hacia adentro y encontró a su marido sentado en el borde de la cama.

—¿Qué hace ahí? Vamos para la casa. O, prefiere quedarse—.

Una sombra fugaz pasó por el corredor y desapareció hacia adentro.  
—Bueno, vamos —aceptó él—. Los únicos que no se devuelven son los ríos —respondió, con una de sus sentencias predilectas.

En su último viaje de Cúcuta a Pamplona lo acompañó Ramón Eduardo, el hijo en quien el padre tuvo puestas todas sus complacencias. Iban en la ambulancia, y Ramón dice que en aquel último viaje lo avasalló la pesadumbre de ver a su papá tendido en la camilla, zarandeado por los huecos de la vía. Para los pamploneses esta carretera fue siempre un camino sentimental. Cuando la ambulancia entró a tierra templada, Chato preguntó: “¿Dónde vamos?”. Ramón le dijo, por La Donjuana, o pasando la entrada a Chinácota; justamente su pueblo natal, el de su padre, Carlos Julio, el del abuelo Carlos J. Villamizar Guerrero, el coronel de la Guerra de los Mil Días; tal vez en aquel momento había decidido que un puñado de sus cenizas iría a las aguas de La Honda, la quebrada que lo conectaba con la tierra de su infancia y sus mayores.

El vehículo siguió su apesadumbrada marcha. “¿Ahora, dónde vamos?”; pasaban por la entrada a Bochalema, la otra tierra, la de sus ancestros maternos, de su abuelo Segundo Lamus Ramírez, el coronel de la guerra de Los Mil días, del tío Alfredo, de su madre Mary Lamus Girón; avanzaban entre el paisaje templado, con el río Pamplonita al fondo en la cañada, entre el follaje oscuro, de ceibos florecidos y cañaguates amarillos; al sentir los primeros ramalazos del viento frío, dijo con certeza: “Estamos llegando a San Martín”. Era la pequeña propiedad que había tenido, una casa campesina donde descansaba de los diarios trajines, de los atuendos cotidianos de corbata y cuello apretado; más de una vez, sobre un pastel de aquella casa, hizo sus sancochos memorables; desde allí se divisaba Pamplonita, el pueblo en la falda de la montaña.

Ramón Eduardo regresó a Bogotá, convencido de que el desenlace no parecía próximo; pronto podría regresar y ver de nuevo a su padre; pero llegó a Bogotá y a poco recibió la noticia fatal.

Los últimos días los pasó Chato en cama, en su apartamento; preguntaba por amigos, por parientes; se quejó de que sus hermanos y hermanas no vinieran casi a visitarlo. Isabel Teresa dice que era por ella, no la quisieron. “¿Mi cuñada predilecta!”, dicen que dice una de ellas con ironía teatral. Pero, sobre los sentimientos adversos se identificaron y unieron en causas comunes.

Al lecho del enfermo vino de Bucaramanga Alejo Peñaranda, su amigo del alma; Alejo entró a la habitación y al verlo, Chato le señaló de

inmediato la puerta: “Deme un beso en la frente y se va”, le dijo.<sup>84</sup> Quizá la extraña manera de él con su amigo fuese propiciada por el ánimo de dar pronta salida a una despedida dolorosa con su viejo camarada. “El que enseña a morir enseña a vivir”, dice Montaigne. Otra vez acierta el elemento zodiacal al advertir esta vez que los nacidos bajo el signo Cáncer “la tendencia controladora y su sentido pragmático, que en ellos abarca hasta la preparación espiritual de los suyos para el momento de su muerte”.

Damos por terminada esta semblanza con las palabras pronunciara Eduardo Villamizar Lamus en el homenaje que Nueva Pamplona le ofreció el 31 de enero de 2001:

“No es fácil expresar con simples palabras la emoción y la gratitud que en ocasiones como esta puede experimentar el alma de un hombre, parte de cuya vida, por no decir casi toda, estuvo siempre en una forma u otra desde diferentes posiciones dentro de la Institución consagrada al servicio de la Universidad.

“Gratitud es la que yo le debo a mi universidad, porque estar en ella fue lo que me permitió ocupar altas posiciones en las Juntas Directivas de los organismos más importantes y regidores del quehacer universitario colombiano, que me permitió representar la Universidad colombiana en el exterior.

“Que al cumplir 20 años de su existencia me otorgó el máximo galardón que puede otorgar una universidad, el doctorado Honoris Causa, distinción ésta que no quiso decir otra cosa que mi Alma Mater no quería dejarme morir sin incorporarme a la lista oficial de sus egresados.

“En mi caso personal, este homenaje con el cual se ha querido honrar mi vida, lo pongo en manos de la compañera de todas mis horas, la esposa abnegada Isabel Teresa, de mis hijos, de mis nietos, de mis hermanos y de quienes lucharon junto a mí por la grandeza de la Universidad y a los que siguen luchando por el mismo ideal y lo extiendo a todos los trabajadores de la Universidad de Pamplona.

“Si algo hice por mi Universidad, ello se ha debido únicamente a que he tenido conciencia de que mis circunstancias personales me han obligado

\_Última Parte: el Adiós\_

a ello. Cumplí honesta y simplemente en la medida de mis fuerzas una obligación que el destino me impuso y esto no merece premio alguno. No fui, no soy y no seré extraño con el futuro de la Universidad por eso he seguido y seguiré mirando su devenir hasta el instante en que como Don Quijote me tienda para hacer testamento y entregue mi último aliento a quien me dio la vida.”

Guillermo Maldonado Pérez, Bogotá, 2018-2019

—

|

|

—

## *Anexos*

### General Daniel Hernández

El recinto de la Representación nacional estaba pleno. Ni en las antecámaras ni en las barras había un puesto vacío, y se percibía ese rumor de las multitudes apiñadas que semeja el ruido sordo de las olas contra la roca, reinando a intervalos de ese silencio amenazador que precede siempre a los grandes atentados y a los grandes crímenes del pueblo.

Rostros sombríos poblaban las barras, acá y allá se veían señas significativas; criminales a quienes se había abierto las puertas del panóptico para que concurrieran a aquella sesión como espectadores, y, llegado el caso, como verdugos; soldados de la guardia vestidos de paisanos y con la bayoneta oculta; hombres feroces traídos de los pueblos de las cercanías y que esperaban allí, unos silenciosos, y otros gruñendo impacientes como una banda de chacales al olor de la sangre; y, a veces, sobre aquel océano de cabezas humanas, brillaban como relámpagos en noche de tormenta las hojas desnudas de algunos puñales que instantáneamente desaparecían.

Todo concurría a dar al salón de las sesiones un aspecto amenazador y triste.

Se preparaba una de aquellas escenas que avergüenzan a las naciones y que los Gobiernos débiles de opinión y fuertes en el delito suelen cometer. ¡El asesinato del congreso!

La Regeneración hacía su debut. El partido conservador se mostraba en el horizonte y el puñal de los guascas amenazaba la República. No había ni un soldado en los cuarteles, ni un presidiario en las cárceles. Se trataba de asesinar la Representación nacional y era preciso que las dos fuerzas sobre las que se apoyaba el gobierno concurrieran a hacerlo.

...El fanatismo rugía a las puertas como una hiena hambrienta. El Senado impasible, sereno, desarmado, esperaba su suerte. Todo el apostolado liberal estaba allí.

El inmortal Murillo, casi agonizante se había hecho llevar a aquella sesión como queriendo perecer en las ruinas de lo que había edificado. Su voz, casi extinguida ya, no podía sonar como en otro tiempo, vibradora y temible, sobre la cabeza de sus enemigos. El gran tribuno no combatía ya con la fuerza poderosísima de su palabra, pero aun su cerebro privilegiado despedía bastante luz para alumbrar el derrotero del partido. Su figura, idealizada por el soplo de la muerte que vagaba sobre él, parecía concentrar en el brillo de su pupila inmóvil los últimos fulgores del Partido liberal. A los aplausos que celebraron su entrada se mezclaron los gritos, las amenazas, los insultos y

manos atrevidas se extendieron queriendo herir aquella frente que más que envejecida por la lucha del pensamiento se inclinaba por sí sola hacia la tumba. Protegido por la juventud liberal, y muchos miembros del Senado, ocupó su asiento.

La barra seguía amenazadora a cada instante y se desbordaba por los patios y corredores del Capitolio, ebria, vociferando contra el Congreso y el Partido liberal.

Se trataba aquel día de la aprobación de varios nombramientos hechos por el poder ejecutivo nacional. Rafael Núñez era uno de los nombrados. La suerte del futuro dictador iba a ser echada. La aprobación o la vida era la tremenda disyuntiva en que la Regeneración había puesto al Congreso.

...El Congreso estaba en capilla. Los hombres que debían perecer estaban ya señalados, y las órdenes partían, ya de las Secretarías de Estado, ya de la minoría regeneradora del Congreso. El silencio fue completo...Se hubiera oído el vuelo de una mosca. Llegó el momento de la elección...

Parecía que el país, asomado a las puertas del Senado, contenía la respiración. Los senadores comenzaron a votar bajo aquella tremenda expectativa. La multitud se compactaba. La juventud liberal rodeaba a sus maestros, interponiéndose entre los puñales del Gobierno y la majestad nacional.

El pueblo pedía en alta voz que los Senadores mostraran las balotas. Nada podían conseguir. Al fin tocó su turno a un joven Senador. Mostrad la balota, grito el pueblo, mostradla, y los puños desnudos brillaban sobre su frente. El Senado todo se estremeció de pavor. "Miradla, gritó el joven Representante, subiéndose sobre la curul. Miradla, ¡es negra! Y no una, sino mil que tuviera, os la lanzaría al rostro".

Los puñales bajaron, y al rumor de la amenaza sucedió el silencio de la admiración.

Un ¡viva! brotó de los labios de la juventud, del uno al otro extremo del salón, mientras la figura imponente del joven tribuno, de pie sobre su silla, se alzaba alto, muy alto, para que se le pudiera ver del uno al otro confín del país.

Era Daniel Hernández.

Ya en la Donjuana y en Mutiscua, donde las huestes conservadoras fueron vencidas y aniquiladas, en 1877, se había hecho conocer como un héroe; ese día volvía a aparecer.

Desde ese momento su vida estuvo íntimamente ligada a la patria: fue el adalid del partido liberal que se extinguía y de la República que se iba.

Él fue el jefe de la primera Revolución liberal que estalló en Santander en 1884, y después de las capitulaciones del Socorro mereció que la Convención liberal lo nombrara segundo Designado para ejercer el Poder ejecutivo del Estado.

Cuando la nube de sangre apareció en el norte de la República y se previó la inmensa tempestad de la guerra (1.885), el nombre de Daniel Hernández corrió de labio en labio como una amenaza para los unos y como una esperanza para los otros.

La capital sentía a cada instante el ruido de los soldados que llegaban y cuántas noches el tirano despertaría azorado creyendo oír en las calles el tropel de sus caballos.

Después de la travesía de la cordillera oriental por Bolívar, la historia militar del país no registraba nada más atrevido que la invasión de Hernández a Boyacá. Aníbal, después de atravesar los Alpes, contempló cierta noche a Roma a la luz de sus fogatas, y la creyó suya...un paso más y habría sido de él. Hernández, después de atravesar a Boyacá, pudo contemplar la capital de la República en que dormía el dictador...un paso más y habría sido también de él. La fatalidad lo quiso de otro modo.

El gran cartaginés no encontraba poco tiempo después un girón de tierra en que morir que no fuera romano. Si Hernández hubiera sobrevivido al fracaso nacional, no habría hallado un rincón del país en que pararse. La Humareda fue su tumba. (17 de junio de 1885).

Allí, entre el fragor de aquella batalla colosal, sobre las trincheras que había tomado a esfuerzo de su valor, coronado de gloria, tinto en sangre y envuelto en la bandera de la República, cayó aquel héroe de quien pudiera decirse con el poeta:

*Vivió para su patria un solo instante.*

*Vivió para la gloria demasiado”.*

Daniel Hernández compendió en sí todas las aspiraciones, las quejas, el valor y el sacrificio del partido liberal. Él fue la revolución. Por su patriotismo, por su honradez; por sus virtudes cívicas, por la grandeza de su alma, por la entereza de su carácter, mereció el dictado de Caballero de la democracia, con que pasará a la posteridad.

Ninguna figura más gallarda que la suya en esa procesión de héroes que se llaman los lidiadores liberales. Daniel Hernández es el tipo del liberalismo moderno; él tendrá imitadores mientras haya tiranos que combatir y oprimidos que defender, mientras haya almas nobles enamoradas de la libertad y soldados dispuestos a morir al pie de la bandera.

José María Vargas Vila, 1888. *El Liberal Ilustrado*.

## Fundadores de Nueva Pamplona

Jefes de expedición: Pedro de Ursúa y Ortún Velázquez de Velasco.

Capellán del ejército: Licenciado Pedro de Velasco (y dos sobrinos del mismo apellido).

Capitanes y soldados:

Andrés de Acevedo, Felipe de Agüero, Rodrigo Alonso, Juan Álvarez de Zamora, Juan de Alvear, Andrés de Alvear, Juan de Amaya, Pedro de Arévalo, Alonso de Ávila, Simón del Basto (El viejo), Pedro Bravo de Rivera, Andrés Calvillo, Gil Cano, Martín, Alonso Carrillo, Diego de Colmenares, Francisco Cornejo, Juan de Cuéllar, Francisco Díaz, Alonso Durán (El viejo), Alonso Durán, (El mozo), Alonso de Escobar, Alonso de la Esperanza, Francisco de Figueredo, Pedro de Fuensalida, Antonio García, Pedro García de Lascano, Juan García de Carvajal, Pedro Garza Ruiz, Francisco Gómez de Latorre, Francisco Gómez de Mora, Pedro Gómez de Orozco, Francisco Hernández Castañeda, Francisco Hernández de Contreras, Francisco Hernández de Morquecho, Tomás Hernández, Pedro Alonso de los Hoyos, Cristóbal Jaimes, Martín Jiménez Romero, Luis Jurado, Pedro López de García, Juan López Galáez, Melchor de Lorenzo, Gonzalo Macías, Bartolomé Maldonado, Juan Maldonado, Francisco Martín, Juan Martín, Juan Matamoros, Hernando Mescua, Juan de Montañés, Gaspar Muñoz, Nicolás Nieto, Alonso de Olaya Herrera, Gutierre de Oruña, Antonio de Padilla, Juan de Padilla, Diego Páez de Sotomayor, Nicolás de Palencia, Antón de la Palma, Alonso de Parada, Francisco de la Parra, Juan Pérez, Juan Prieto Maldonado, Juan Puelles de la Esperanza, Pedro Quintero, Juan Ramírez de Andrade, Antón Esteban Rangel, Juan del Rincón, Antonio de los Ríos, Francisco Rodríguez, Gonzalo Rodríguez, Antón Rodríguez Casalla, Juan Rodríguez Parra, Juan Rodríguez Suárez, Juan Rodríguez Zorro, Andrés de las Roelas, Juan Lorenzo Romero, Diego Sánchez Caballero, Francisco Sánchez, Juan Sánchez, Antonio Carlos San Remo, Antonio de Segovia, N.N. Saucedo, Juan de Taboada, Alonso de Terán, Miguel de Tiebal, Juan de Tolosa, Andrés de Torres, Diego de Torres, Juan de Torres, Francisco de Trejo, Miguel de Trujillo, Francisco de Trujillo Salas, Beltrán de Unsueta, Melchor de Valdés, Baltasar de Valhermoso, Juan Andrés Varela, Hernán Vásquez, Juan Vásquez, Sancho de Villanueva, Diego de Villarreal.

Listado de Don Luis Eduardo Páez Courvel.

### Prolegómenos del Museo Ramírez Villamizar

La iniciativa de crear el Museo partió del artista pamplonés Eduardo Ramírez Villamizar, y fue realizado en el gobierno del Dr. Virgilio Barco Vargas, presidente de Colombia de 1988 a 2001; una vez el escultor concibió el proyecto, lo fue madurado en soledad, en su casa de Suba, bajo los altos eucaliptos: hacer el Museo de Arte Moderno en su ciudad natal (que albergara su obra y la de otros notables artistas, sus contemporáneos), para beneficio de la juventud de una tierra que ha dado tan notables figuras al arte nacional: Beatriz Daza, Julio Castillo, Eduardo Ramírez Villamizar, Eduardo González; quiso hacerlo en la llamada Casa de las Marías (un hermoso caserón colonial que estuvo a punto de derrumbarse) pues allí se albergaban recuerdos de su niñez, como la escuela de sus primeros años. En el lejano origen, la casa perteneció al capitán Juan Maldonado y Ordoñez, esposo de la hija del fundador de Nueva Pamplona, Ortún Velasco de Velásquez.

Por esos días el arzobispo Monseñor Mario Revollo Bravo, luego cardenal, ordenó unas reparaciones locativas en la iglesia catedral, bajo la cual dieron con el hallazgo casual de un templo antiguo, oculto bajo el revoque; el arquitecto pamplonés Humberto Guerrero (q.e.p.d.), constató que se trataba de la iglesia del antiguo convento de Clarisas; entusiasmado con el hallazgo, el obispo consultó con el Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Javeriana, que de inmediato envió al arquitecto restaurador Jaime Salcedo Salcedo; el experto constató la entera existencia del templo del siglo XVI, sobre cuyos muros se había levantado, por los años cuarenta del siglo pasado, la iglesia que a partir de ese momento las generaciones cocieron.

El arzobispo tomó la decisión de recuperar el templo colonial; la medida causó malestar entre algunos parroquianos que preferían la fachada anterior, más grande, con dos altas torres. En la prensa aparecieron artículos difamatorios acusando al prelado de tumbar el templo para buscar guacas o tesoros. Circuló bajo las puertas una hoja en papel brillante, impresa en offset, que no había en la ciudad, contra quienes apoyaban la restauración (sobre todo contra el que escribe), director de El Pamplonés y el blanco más vulnerable; al parecer el impreso provenía de Bogotá, redactado por el presidente de la colonia pamplonesa de entonces, residente en la capital.

Pero, el tesoro que desenterró el arzobispo de Nueva Pamplona fue el templo colonial, único vestigio arquitectónico religioso del pasado fundacional de la ciudad; el resto civil de ese pasado, salvo algunos inmuebles, sucumbió por la demolición, esta sí realizada en búsqueda de lucro personal, incluyendo guacas, sin que nadie protestara.

La actitud de monseñor Revollo de recuperar el templo antiguo, inspiró una escultura de Ramírez Villamizar, que el artista pamplonés tituló “Custodia Homenaje”; homenaje al arzobispo y a su obra de restauración; la escultura fue instalada en el parque, frente a la Catedral.

En corrillos y cafetines se desató otra polémica, esta vez sobre la condición abstracta de la obra, que no gustó a algunos parroquianos, reacios a las expresiones del arte moderno; en concordancia con este parecer un “personaje” de la localidad inició un manoteo a voz en cuello contra el artista: ¿Por qué no se lleva esos hierros a otra parte?; aquí no queremos esos hierros”, etc.). Esta fue una de las razones que tuvo el escultor para no volver a Pamplona; no demoraba en poner el pie en la plaza —decía— cuando ya el personaje en cuestión, como surgido de la tierra, empezaba a lanzar su manoteo altisonante. Un arquitecto que había vivido en París, exclamaba, muy pedante: “¡Con esos hierros yo hago una escultura mejor!”

La obra “Custodia Homenaje” es una escultura vertical, que representa una custodia de hierro herrumbrado, construida con rombos zigzagueantes que se pliegan hasta llegar al círculo central, tabernáculo de la hostia, donde se inscribe un fragmento de bronce bruñido como el oro. A toda la estructura litúrgica la rodea un halo místico, poderoso círculo de hierro con cabos truncos alrededor como espinas interiores, que encierran la obra en un trazo perfecto de un círculo que se dibuja en el aire.

Ante el rechazo, no generalizado, el que escribe decidió redactar un texto que repartió para resaltar a la comunidad algunos aspectos de la obra y su importancia conceptual y estética.

Finalmente, la escultura fue retirada y puesta en un depósito; años más tarde, en un segundo intento del escultor por instalar la escultura, esta vez junto al muro exterior de la iglesia, se lo propuso al arzobispo, no era ya Revollo, con la advertencia de que si esta colocación no era aceptada, el escultor la retiraría sin ningún reparo; el prelado no se hizo presente y envió dos emisarios que dieron su opinión negativa al respecto.

Al artista no le molestó la negativa —que podía tener fundamento práctico, sino la actitud del prelado, en nada considerada ni diplomática; ofendido ante la actitud desobligante, Ramírez Villamizar subió a su jeep y emprendió su marcha hacia Cúcuta, no sin antes decir a los presentes: “¡Ya no voy a hacer el Museo en este pueblo! (El escultor Pedro Espinel y quien escribe, que habíamos acompañado al maestro pamplonés en las actividades previas al Museo, nos encontrábamos presentes en la escena descrita).

En Bucaramanga, Lucila González, directora del Museo de Arte Moderno de esa ciudad, le había ofrecido el apoyo necesario. Quien escribe corrió de inmediato a Telecom y por teléfono le comenté a la musicóloga Ligia de Lara lo ocurrido, quien estimó muy oportuna la información, porque esa noche tendría en su casa como invitado a Eduardo Ramírez Villamizar.

Ligia era muy amiga del Maestro; él la tenía en muy alta consideración y aprecio, y era una de las pocas personas que podía influir decididamente en que el artista cambiara de opinión y continuara con su proyecto original de hacer el Museo en Pamplona.

*\_Anexos\_*

Una vez enterada de lo ocurrido y preparada para afrontar el caso, se mostró como un perfecto oráculo; pero Ligia, —dijo Eduardo asombrado— pareces una pitonisa, lo adivinaste todo. La musicóloga terminó por convencer a Ramírez Villamizar de volver a su proyecto original, hacer el Museo en su tierra natal, para la educación de la juventud pamplonesa en el arte, como inicialmente había sido concebido. El presidente Virgilio Barco Vargas tenía gran aprecio por Pamplona y profunda admiración por el artista y su obra; en su gobierno hizo realidad el Museo, que aprestigia la ciudad.

Guillermo Maldonado Pérez

H O J A   D E   V I D A	
NOMBRE Y APELLIDOS	Eduardo Villamizar Lamus.
LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO	Chionácota (N. de S.) Colombia. 8 de julio de 1933.
CEDULA DE CIUDADANIA	1.980.114 de Pamplona.
LIBRETA MILITAR	080450-Distrito 36.
ESTADO CIVIL	Casado.
ESTUDIOS REALIZADOS	
PRIMARIOS	Colegio Sagrado Corazón - Cúcuta Liceo Niño Jesús de Praga P/na.
SECUNDARIOS	Colegio Provincial San José. Pamplona.
TITULO	Bachiller 1951.
UNIVERSITARIOS	Universidad Nacional de Colombia. Bogotá -Fac. de Odontología. 1952-1957.
TITULO	Doctor en Odontología, 1957,
POST GRADO	Magister en: - Investigación y Docencia Universitaria - Universidad Santo Tomas, Bucaramanga 1978.  - Administración Educativa - Universidad Santo Tomas, Bucaramanga 1980.
CARGOS DOCENTES	
UNIVERSIDAD LIBRE	
Facultad de Odontología Bogotá	Anatomía Descriptiva. Preparador 1953.
UNIVERSIDAD NACIONAL	
Bogotá	Anatomía Descriptiva. Anatomía Topográfica. Preparador 1954-1958.

UNIVERSIDAD DE PAMPLONA

Profesor:

Anatomía Humana I.  
Anatomía Humana II.  
Neuroanatomía.  
Fundamentos Biológicos de la  
Conducta Humana,  
Fisiología General.  
Fisiología Animal.  
Facultad de Educación:  
Educación Comparada.

NOTA: El cargo de Profesor se ejerció de 1963 hasta marzo de 1991.

CARGOS ADMINISTRATIVOS

FUNDACION UNIVERSIDAD  
DE PAMPLONA

Secretario General.  
Noviembre 23 de 1960 - 21 de  
Noviembre de 1970.

Jefe Oficina de Planeación,  
Febrero 1967 - Julio de 1969

UNIVERSIDAD DE PAMPLONA

Rector Asistente, (Vice Rector)  
23 de Noviembre 1970 - Octubre de  
1973.

Rector Encargado, Noviembre 1973 -  
Enero de 1975.

Rector Titular,  
Enero 1975 - Septiembre 1978.

Jefe Oficina de Planeación, Junio  
1980 - Julio 1981.

Asesor Oficina Planeación,  
Agosto 1981 - Octubre 1982.

Decano Facultad Ciencias,  
Noviembre 1983 - Noviembre 1984

Jefe Oficina Planeación,  
Abril 1985 - Septiembre 1986.

Rector, Junio 1988 - marzo 1991.

MUSEO DE ARTE MODERNO  
"RAMIREZ VILLAMIZAR"

Director, Febrero de 1993

TRABAJOS DE GRADO

- "Histología de la Membrana Periodontal" 1955 - 1957. Tesis de Grado para optar el Título de: Doctor en Odontología Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1957.
- "Currículo para un Psicólogo Escolar" 1978 - Tesis de Grado para optar el Título de: Magister en Investigación y Docencia Universitaria, Santo Tomas - Bucaramanga.
- "Diseño de un Sistema de Planeación para la Universidad de Pamplona". Tesis de Grado para optar el Título de: Magister en Administración Educativa, 1980. Universidad Santo Tomas - Bucaramanga.

OTROS TRABAJOS

- "Estudio de la Educación en el Departamento Norte de Santander". 1968.
- "La Educación como Motor Económico en la ciudad de Pamplona". 1970.
- "La Planeación Universitaria en América Latina y en Norte América, 1971. XI Seminario de la Educación Superior de las Américas.
- Desarrollo Socio Económico de Pamplona - Coautor - Carta de Cariongo - 1975.
- Pamplona para el Cambio. Coautor, 1986.
- Coautor Plan de Desarrollo Universidad de Pamplona, 1983 - 1988
- Situación Económica de la Educación Primaria y Secundaria, Departamento Norte de Santander, 1988.
- Coautor del Trabajo Parámetros para el Desarrollo de la Planta Física de la Universidad de Pamplona, 1989.

DISTINCIONES

- Representante de las Universidades Colombianas al "XI Seminario de la Educación Superior de las Américas" Universidades: New Mexico, Kansas State University Washington University. E.E.U.U., 1971.
- Presidente Comisión Interamericana de Planeación - XI Seminario de la Educación Superior de las Américas, 1971. E.E.U.U.

- Condecoración "Orden al Mérito" Instituto Superior de Educación Rural - Pamplona - 1976.
- Representantes de los Rectores de Universidades Oficiales ante la Junta Directiva del ICFES. 1974 - 1976: 1976 - 1978
- Condecoración "Medalla Aalcalde Acevedo" Concejo Municipal de Pamplona. 1978.
- "Doctor Honoris Causa" Universidad de Pamplona, 1980.
- Profesor Titular -Universidad de Pamplona- 1981.
- Título de "Fundador Emérito de la Universidad de Pamplona" Asociación de Egresados de la Universidad de Pamplona, 1985.
- Representante de los Rectores de la Universidades Oficiales en la Junta Directiva del ICETEX - Junio 1988 - Marzo 1991

Pamplona, 27 de mayo de 1994



EDUARDO VILLAMIZAR LAMUS  
C.C. No. 1.980.114 de Pamplona

—

|

|

—

## Notas

### *Palabras Liminares*

1. “Fue fundador (Faría), y rector gestor de la Universidad de Pamplona, los demás fueron fundadores nominativos, únicamente firmaron el Acta de Fundación y algunas letras para ayudar al financiamiento de la Institución que nunca se hicieron efectivas”. Flor Delia Pulido. *Semblanza del Dr. Eduardo Villamizar Lamus*. Art. Publicación de la Academia de Historia de Pamplona en homenaje a E.V.L. 2008.
2. María Clara Valero - Flor Delia Pulido. *Pbro. José Rafael Faría Bermúdez, fundador de la Universidad de Pamplona*, 1999.
3. “El mejor chofer del mundo”, al decir de su hermano Luis Carlos, “pues nunca dijo dónde dejaba al doctor”.

### Ámbito Primigenio

4. El Dr. Alfredo Lamus Girón me contó que en 1946, siendo gobernador del Departamento, recibió una carta de Biófilo Panclasta, fechada en el Asilo de Ancianos de Pamplona (allí murió el mismo año) donde el anarquista se quejaba del olvido en que lo tenía el partido liberal, “a cuya causa entregué mi vida y mis ideas”.
5. Rafael Eduardo Ángel. *Los Lamus. Descendientes de un sacristán de Pamplona*. Gaceta de la Academia de Historia de Norte de Santander.
6. Valga como ilustración el relato oral de Luis Maldonado Romero, padre del que escribe, quien contaba que uno de sus tíos, en la batalla de La Donjuana de 1876, tomó por asalto un nido de metralla, enlazó el arma enemiga y la arrastró consigo; el historiador y partícipe en la misma batalla, don Manuel Briceño, lo escribe así: “El capitán Daniel Malo O’Leary, Ayudante Mayor del batallón Guasca, solicita que se le permita apoderarse de la ametralladora; el joven Romero, que desempeñaba en el mismo cargo en el Pamplona, hace igual solicitud: aquellos dos jóvenes, de hermosa y simpática presencia, toman cada uno una guerrilla de 20 hombres, y avanzan sobre el enemigo; Malo va de frente. Romero, de flanco, sobre la ametralladora; el primero llega sobre el arma fatal y se apodera de ella, pero cae, atravesado el pecho, y su cadáver queda entre los contrarios, atestiguando su arrojo. Cerca de él cayó también Romero, y de sus cuarenta soldados solo doce quedaron en pie”. Manuel Briceño. *La Revolución (1876-1877)*
7. Enrique Arboleda. *Palonegro. Relación de combatientes del gobierno*; pág. 307

8. “Uribe Uribe no era un buen militar, o mejor, era un doctor que se había metido a militar sin tener ni idea”: Enrique Santos Molano. *La guerra de los Mil Días*. Credencial Histórica.
9. Helen Delpar. *Rojos contra azules*.
10. Fórmula usada en declaración pública de alzamiento armado contra el gobierno.
11. En el departamento de Antioquia no hubo guerra; algunos generales y mandos medios antioqueños de los dos partidos pelearon fuera de su territorio: Uribe Uribe y Pedro Nel Ospina, dos generales antagónicos, pero compadres y paisanos, cruzaban entre sí cartas amistosas en medio del conflicto; las misivas terminaban enviando mutuos saludos a sus esposas y comadres. Lo cierto es que la guerra de los Mil Días acabó con la hegemonía económica y política de Santander; diezmado el partido liberal, terminado el café en la región cucuteña —pionera del cultivo en Colombia—, el poder económico y cafetero viró al occidente, principalmente a Antioquia, en lo que el profesor Marco Palacio llamó “la disputa económica entre oriente y occidente”.
12. Helen Delpar. *Rojos contra azules*.
13. *Ibídem*
14. Manuel Waldo Carrero, *La Guerra de los Mil días*.
15. El gobierno imprimía billetes a toda máquina, hasta el punto que, acabado el papel, los imprimían en papel de envolver.
16. Las casas de Palonegro, de propiedad de Gregorio González, situadas en lo alto de la serranía, a 1 250 metros sobre el nivel del mar, dan su frente al occidente de Bucaramanga, a dos leguas y media y una legua de elevación. Especie de estadero de camino donde se jugaba bolo criollo; uno de los palos del juego era negro, de allí provino el nombre coloquial del lugar.
17. Henríque Arboleda. *Palonegro*.
18. De pequeño se lo oí contar a Martín Villamizar, especie de jardinero que combatió como soldado liberal en la batalla de Palonegro.

### Primeros Años

19. Alfredo Vásquez Carrizosa. *Colombia y Venezuela*.
20. Manuel Waldo Carrero. *La guerra de los Mil Días*.
21. Manuel Waldo Carrero. *Chinácota*.
22. Los asentistas o estanqueros vendían en cada pueblo los licores, con porcentaje sobre ventas. Guillermo Solano Benítez. *Cincuenta años de vida nortesantandereana*.
23. Puerto sobre el río Zulia, antes llamado de San Buenaventura, después Puerto Villamizar, en nombre de Juan Antonio Villamizar Gallardo, promotor del primer camino carreteable a dicho puerto, en la ruta a Maracaibo.
24. Relato oído de Dominga Sierra Díaz, que laboró por esos años en casa de los Villamizar Girón.

25. Álvaro, casado con Margarita Mendoza Conde, padres de Sergio, Carlos, Jorge y Margarita María, y Mario, con Mariela Sandoval Cárdenas, padres de las mellizas Marcela y Ximena, y Julio Mario.

26. Tratándose de una semblanza de Eduardo Villamizar Lamus, de raigambre liberal, es apenas pertinente traer mención del general Daniel Hernández, jefe histórico de su partido, héroe del radicalismo y figura pamplonesa de dimensión nacional, casi olvidada. Qué mejor remembranza del general que su retrato hecho por don José María Vargas Vila, con su pluma abigarrada y vigorosa en un momento crucial de su vida y su partido, que se podrá leer en la sección Anexos.

27. Manuel Waldo Carrero. *Chinácota*.

28. *Ibíd.*

29. *Ibíd.*

30. “Daza, Bautista, Valencia, Canal, González, Acevedo, Lamus, Camargo, Rangel. Muchas de estas familias tenían una tradición de casamientos entre parientes o endogamia, llegando a altísimos porcentajes de consanguinidad, en algunos casos del 93.75% y 96. 875%, casi como hermanos, que es del 100%, entre hermanos medios, igual que primos hermanos es del 50%, pero cuando se ha repetido consanguinidad en generaciones anteriores se pudo aumentar a los altísimos porcentajes que señalábamos y por ende el riesgo de enfermedades o taras genéticas. Como para un estudio práctico de las Leyes de Mendel, que 1865 había investigado la forma como se heredaban los caracteres genotípicos y fenotípicos de padres a hijos los factores dominantes y recesivos en el cruce de dos individuos”. Manuel Waldo Carrero. *Chinácota*.

### Partida a Nueva Pamplona

31. María Clara Valero. Impreso de la Academia de Historia de Pamplona; homenaje a E.V.L., 2013.

32. Para la factible visión infantil se ha tomado el testimonio paralelo del abogado Luis Roberto “Mono” Parra Delgado, quien vino de Chitagá por primera vez a Pamplona en 1933, a sus siete años, y contaba que la impresión inicial que tuvo de la pequeña ciudad fue la de una gran urbe.

33. En Cúcuta les decían “coicos” a los pamploneses.

34. Gastón Benítez Vargas. Reportaje con Alfredo Díaz Calderón. Imágenes. La Opinión. San José de Cúcuta, 18 de marzo de 2018.

35. En este sector, parte alta de la ciudad, las casas describen el valle en su declive. La de los Villamizar Lamus colindaba por la parte de atrás con la de los Maldonado Romero abuelos paternos de quien escribe.; la primera, ejemplo de conservación, la segunda, recuperada en su diseño original por UNAD y hoy su sede.

36. Dice Boswell: “El chiquillo es un hombre en miniatura, y los rasgos distintivos de cada individuo son los mismos a lo largo de toda su vida”.

37. Carlos Julio Villamizar Girón fue alcalde del 27 de junio de 1942, a septiembre de 1946; en este período se construyó la sede de la actual alcaldía, un buen edificio levantado en lo que fuera la antigua casa del Ayuntamiento colonial.

38. Jorge Romero Villamizar, antiguo ex alumno, todavía muestra la cicatriz que le dejó la maestra de un golpe en la cabeza. Gilberto Villamizar Lamus, (hermano de Eduardo) era tartajo y hoy, a sus ochenta años, tiene pesadillas con la maestra, a la que ve venir con un garrote en alto, dispuesta a curarlo de su tartamudez infantil.

### El Colegio Provincial, la Juventud, los Sueños

39. Relato de Álvaro Villamizar Suarez.

40. Pedro Nel Santa Fe. *Cien años del Club del Comercio. Recopilación.*

41. Alfredo Camargo, a sus ochenta y tantos años, afirma que fue él que le cascó a Jaime “por encaramador”.

42. Relato de Consuelo Navarro de Villamizar.

43. Juvenal Ríos. *Reseña histórica del Colegio Provincial de Pamplona.*

44. Manuel Waldo Carrero. *Chinácota.*

45. Guillermo Solano Benítez. *Cincuenta años de vida nortesantandereana.*

46. *Ibídem.*

47. *Ibídem.*

48. Influyente periódico de la diócesis de Nueva Pamplona, que existió hasta el decenio del 50 del siglo pasado.

49. El Colegio Viejo, de los padres jesuitas, funcionó en Nueva Pamplona durante más de cien años, hasta cuando la comunidad fue expulsada por orden del rey Carlos III, y después con el general Mosquera, que expropió las comunidades con su ley de manos muertas.

50. Se construyó sobre las ruinas del Colegio Viejo; la obra empezó el 24 de octubre de 1919 y terminó el 5 de abril de 1933; fue diseñado y construido por el arquitecto Julio Lázaro, el mismo que hizo el edificio de la Gobernación del Departamento, con su cúpula chata; verdadero orgullo de los pamploneses, que ojalá sea conservado.

51. Segunda sede de la Universidad de Pamplona.

### La Escuela Naval, la Universidad Nacional

52. Angélica Blanco Cortina; *“Memorias del almirante Grau”*. El Universal. Cartagena de Indias, Agosto 2 de 2012.

53. Eduardo Villamizar Lamus. Acta de grado; archivo personal.

54. Eduardo Villamizar Lamus. Prólogo al libro *La expresividad del Dibujo Infantil*, de Rosana Rueda Alvarado, Licenciada egresada de la U. de P., profesora del Departamento de Ciencias Sicopedagógicas.

55. E.V.L. Archivo personal.

## Fundación de la Universidad

56. Jorge Andrés Monroy Quintero. *Diseño y desarrollo del proyecto documental "El sueño de las luces" o historia del nacimiento de la educación en Pamplona. Acercamiento desde la investigación histórica a la técnica de narración documental. 1960-1963*. Tesis de grado. UIS. Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Historia. Bucaramanga.

57. *Ibídem*.

58. Monseñor Germán Guzmán Campos, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda. *La Violencia en Colombia*.

59. "En el Prospecto del Año Académico de 1963 se decía, citando a Rafael Bernal Jiménez Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional.: El déficit de profesores especializados en el campo global de la enseñanza media oficial, ha sido calculado en una cifra no inferior a 10 000 y se estima que para cubrirlo se requiere que anualmente salgan al ejercicio profesional mil licenciados en los próximos diez años.

60. El sueldo mínimo a enero de 1 955 era de \$60 mensuales. Fuente Caja Agraria. (Aporte estadístico de Luis J. Ocampo G., ex director de Planeación de la U. de P.).

61. Guillermo Solano Benítez. *50 años de vida nortesantadereana*.

62. Pedro Nel Santafé. *50 años de la Universidad de Pamplona*.

63. La enumeración exhaustiva de fundadores de apellido Lamus que aquí hizo el rector histórico, tal vez pudo inspirar a su hermano Luis Carlos para decir que "la Universidad debería concederme un sueldo por la participación de ocho, mal contados, de mis parientes en la fundación".

64. Pedro Nel Santafé. *50 años de la Universidad de Pamplona*.

65. *Ibídem*.

66. Eduardo Villamizar Lamus. Archivo personal.

67. *Ibídem*.

## Tres Décadas: Años 60, 70 y 80

68. Una noche en el parque se habló de Marcial Lafuente Estefanía; alguien dijo que el prolífico autor escribía sus novelitas con plantilla, pero se vendían por toneladas; otro agregó que La Fuente Estefanía escribía una novela en cinco días, "y ninguno de los presentes sería capaz de hacer lo mismo"; un tercer contertulio apostó que sí, si se podía; en efecto hubo apuesta, pero el quinto día nadie trajo la "novela de vaqueros", se olvidó y todo quedó en como fanfarronadas juveniles dictadas por la noche y por la luna.

69. Jorge Andrés Monroy Quintero, ob. cit.

### Años 70

70. E.V.L. Archivo personal.
71. Pbro. José Rafael Faría. Discurso con motivo de su retiro de la Rectoría, 1974.
72. Ibídem.
73. Flor Delia Pulido. *Semblanza del Dr. Eduardo Villamizar Lamus*. Pamplona, 2008.
74. E.V.L. Archivo personal.
75. Pedro Nel Santafé Peñaranda. *50 años de la Universidad de Pamplona*.
76. Ibídem.
77. A enero de 1975, el sueldo mínimo en el país era de \$1 200. Caja Agraria. (Aporte estadístico de Luis J. Ocampo G. ex director de Planeación de la U. de P.).

### Años 80

78. Discurso. E.V.L. Archivo personal.

### Última Parte: el Adiós

79. Información de Luis Carlos Villamizar Lamus.
80. Ibídem.
81. Discurso de E.V.L. Archivo personal.
82. Edificio construido por los prestigiosos arquitectos Fernando Martínez Sanabria y Guillermo Enrique Avendaño arquitecto y pianista cucuteño., diseñadores de la actual Plaza de Bolívar de Bogotá.
83. Se varó el carro recién comprado y el dueño, airado, bajo dispuesto a pegarle un tiro al vehículo; en el trayecto cambió su decisión por una patada que le propinó y lo dejó cojo por unos días.
84. Testimonio de Luis Carlos Villamizar Lamus.

# Álbum



Coronel Carlos Julio Villamizar Guerrero y Elvia Girón Jiménez. Hijos de izquierda a derecha: Ana Teresa, Gilberto, Rafael y Carlos Julio. (1924). Archivo familia Villamizar Suárez.



Calle de atrás de Chinácota. Años 30-40. Archivos fotográficos Centro de Historia de Chinácota.



Coronel Segundo Lamus Ramírez y Ana Josefa Girón Jiménez e hijos: Ana Josefa, Jorge, Olga y Mary. s.f.



Mary Lamus Girón y Carlos Julio Villamizar Girón. Casa de la calle de atrás Chinácota. s.f.



Matrimonio Mary Lamus Girón y Carlos Julio Villamizar Girón. Chinácota 1928.



Mary Lamus Girón y Carlos Julio Villamizar Girón, con los hermanos Lamus Girón: Segundo, Jorge y Alfredo. Pamplona.



Chinácota, años 30. Los niños: Jaime, Alfonso, Eduardo y en la cuna, Álvaro Villamizar Suárez. 1936-37. Archivo familia Villamizar Suárez.



Años 30. Jaime, Alfonso y Eduardo.



Casa del Coronel Carlos Julio Villamizar Guerrero en la calle de atrás, de Chinácota.  
Foto familia Villamizar Bonilla.



Jaime y Eduardo.  
Archivo familia Villamizar Bonilla.



Jaime y Eduardo Villamizar Lamus.  
Chinácota, años 30.



Mary Lamus Girón y Carlos Julio Villamizar Girón, con sus hijos: Alfonso, Jaime, Eduardo y Gilberto. Pamplona, años 40.



Familia Villamizar Lamus. Sala de la casa del barrio El Carmen. Pamplona. De pie: Luis Carlos, María Cristina, Alfonso, Jaime, Elvia Victoria, Eduardo. Sentados: Gilberto, Doña Mary, Don Carlos Julio y Luz Mary. s.f.



Eduardo Villamizar Lamus. Años 60.



Anuario "El Aguilucho". Colegio Provincial San José de Pamplona. Graduados 1951.



Isabel Teresa Maldonado Pérez y Eduardo. Estados Unidos 1971.



Club del Comercio. Pamplona. s.f.



Con: María Alejandra, Ramón Eduardo e Isabel Teresa. Club del Comercio de Pamplona. Años 70.

Isabel Teresa Maldonado Pérez y Eduardo. s.f.



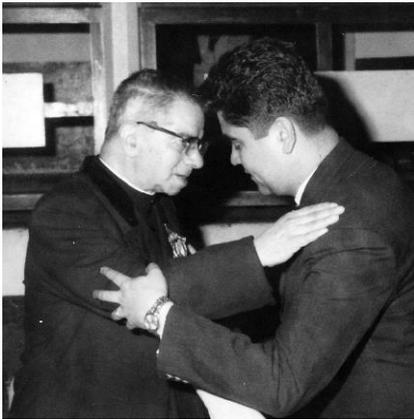
Eduardo y su nieto Daniel Gonzalo Bermúdez Villamizar. Años 90.



Nietos de Eduardo e Isabel Teresa: Emma Villamizar Romero, Laura Isabel Bermúdez Villamizar, Lorenzo García Villamizar y Daniel Gonzalo Bermúdez Villamizar. Bogotá 2018.



Eduardo y Ramón Eduardo. Bogotá 1992.



Homenaje de los fundadores de la Universidad de Pamplona al Padre Faría. 1964.



Eduardo Villamizar Lamus. Estudios, Universidad de Kansas. EEUU. 1971.



En la rectoría de la Universidad de Pamplona. 1975.



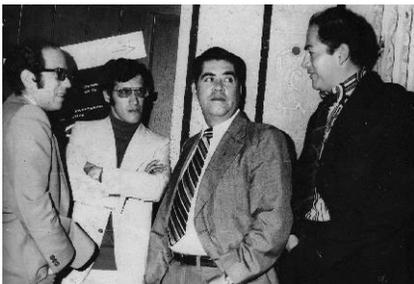
Personal administrativo. Universidad de Pamplona. Años 70.



Con Juan de Dios Peláez. Grados Universidad de Pamplona 1975.



Eduardo Villamizar Lamus. Congreso Nacional de Rectores. Popayán 1977.



Januario Restrepo, Eduardo Villamizar Lamus, Enrique Cabeza. 2º Seminario Ecológica. ICFES 1976.



Seminario de Desarrollo Organizacional. Hotel Cariongo. Pamplona. 1977.

Fotos: Archivo familia Villamizar Maldonado.



Consejo Nacional de Rectores. Bogotá, 1977.



Homenaje a Alfonso Vallejo. 1978.



Con Álvaro Leal Landazábal en el grado Maestría en Administración Educativa. Universidad Santo Tomás. Bucaramanga 1980.



Bienvenida Rectora María Eugenia Serrano González. En la foto Víctor Bastos, Jorge Vergel. Hotel Cariongo. Pamplona. 1980.



Rectora María Eugenia Serrano González entrega Doctorado Honoris Causa en Educación. Universidad de Pamplona. Concejo Municipal. 1980.



Grado Maestría en Administración Educativa. Universidad Santo Tomás. Bucaramanga 1980.



E.V. L. Hotel Cariongo. Pamplona. s. f.

Fotos: Archivo familia Villamizar Maldonado.



Inauguración Edificio Eduardo Villamizar Lamus. Con Luis Carlos Villamizar Lamus e Isabel Teresa Villamizar Maldonado. Universidad de Pamplona. 2001.



Con Virgilio Barco y León Colmenares, entre otros. s. f. Archivo familia Villamizar Maldonado.



Inauguración Museo de Arte Moderno Ramírez Villamizar. Pamplona, 1990. Archivo familia Villamizar Maldonado.



Caballero del Santo Sepulcro. Procesión Viernes Santo. Pamplona. Fiestas, celebraciones y ritos de Colombia. Villegas Editores. Bogotá 1995. Pág. 97



Visita Presidencial. Cúcuta.

Residencia familiar. Años 80. Archivo familia Villamizar Suárez



Director del Museo de Arte Moderno Ramírez Villamizar. 1997. Archivo familia Villamizar Maldonado.





UNIVERSIDAD DE PAMPLONA

APARTADO AEREO 1046  
PAMPLONA - N DE S - COLOMBIA

OFICINA RECTOR ASISTENTE

Pamplona, abril 6 de 1.971

Señor Doctor  
Eduardo Villamizar Lamus  
Albuquerque

Muy apreciado ex-Rector Asistente:

Mientras tú paseas con una prosopopeya particularísima por las muy bellas tierras norteamericanas, nosotros los hombres dedicados al "trabajo" proletarios de la existencia vemos con orgullo vuestra presencia en los Estados Unidos, después de que la prensa colombiana en grandes titulares anunciara el viaje de nuestro Rector a las grandes capitales de la técnica y del gran poder occidental.

Te agradezco inmensamente la postal, y paso a darte el informe que solicitas; Enothea González te retribuye un saludo muy especial y espera que no te hayan exprimido mucho por los lados de Albuquerque; sobrá Isaac, después de grandes despedidas y sollozos incontenibles por parte de sus amigos colombianos y pamploñes viajó para Antofagasta el 3 de abril. Por otra parte, la Universidad comunicó al Instituto de Emigración española a su debido tiempo, recibimos los formularios del Comité Intergubernamental para las migraciones europeas, se están diligenciando y esperamos que para después de Semana Santa tengamos esos dos profesores en las mismas condiciones de Isaac, laborando en esta tu Universidad.

En la actualidad atravesamos una crisis económica sumamente grave pues carecemos de fondos suficientes para la nómina del presente mes de abril; este servidor que te está haciendo el cajón y que especialmente está jodido, ha hecho hasta pa vender con el señor de la elegancia (sindicó), hemos viajado a Cúcuta y realmente el señor Gobernador no da ni lástima, por consiguiente la oferta de subir al millón de pesos, es prácticamente un mito. Esperamos que en Bogotá nos vaya mejor y ojalá logremos salir de este impase con unos cuantos dólares que nos envíes de Norte América. Como puedes apreciar mi querido Eduardo, la situación es grave pues el tesoro nacional está en déficit, y no se diga el departamental; sin embargo, el Gobernador nos acompañará a Bogotá para ver que recursos arbitramos.

Por lo que hace al funcionamiento de la Universidad, todo va conforme derecho y sin problemas de ninguna clase.

El mejor partido de pamplona y su compinche el enano Alejo entrarán a funcionar con todas las de la ley, al regreso de Semana Santa.

Carta de Álvaro Leal Landazábal como Rector Asistente (e) a Eduardo Villamizar Lamus cuando cursaba sus estudios en la Universidad de Nuevo México, EEUU. 1971. Archivo familia Villamizar Maldonado.(pág.1)



UNIVERSIDAD DE PAMPLONA

APARTADO AEREO 1046  
PAMPLONA - N DE S - COLOMBIA

OFICINA RECTOR ASISTENTE

Por lo que hace al ICFES, hasta la fecha no hemos recibido nada, sólo hemos enviado unos informes que ha pedido adicionales y tenemos la seguridad que a tu regreso estemos institucionalizados.

Me agrada muchísimo el hecho de el informe que tienes que rendir pues tus capacidades son suficientes y hacen mérito para representar al país como sólo tú puedes hacerlo.

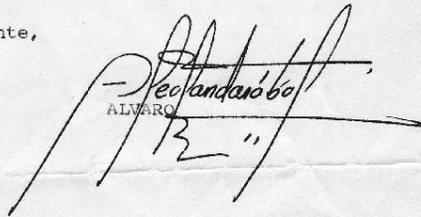
Lamento que el doctor Oliveros no te haya acompañado pero sé que los demás compañeros latinoamericanos habrán sido muy eficientes y con toda seguridad habrán hecho un equipo para demostrar el poder latino.

Sólo tengo que decirte que estoy utilizando el papel de tu Despacho, como Rector Asistente de la Universidad en "propiedad" y me voy a permitir transcribirte el Acuerdo N° 00880420 del Honorable Consejo Superior que dice: "Por el cual se declara insubsistente un cargo.- El Consejo Superior de la Universidad de Pamplona, ACUERDA: Declarar como en efecto declara insubsistente el cargo de Rector Asistente en la persona del doctor Eduardo Villamizar Lamus y en su defecto nombra en propiedad al único tipo capaz de desempeñarlo, Alvaro Leal Landazábal. Comuníquese, Ejecútese y Cúmplase -Hernando Ruan Guerrero Gobernador-Presidente.- Enotes González Secretario".

Como puedes apreciar mi querido Eduardo, vas a tener que quedarte en gringolandia. Esperamos que tus triunfos sean un hecho más del progreso y de beneficio a la Universidad y a la República.

Mientras puedo darte un abrazo y tenerte para echarte vaina,

Cordialmente,

  
ALVARO

Carta de Álvaro Leal Landazábal como Rector Asistente (e) a Eduardo Villamizar Lamus cuando cursaba sus estudios en la Universidad de Nuevo México, EEUU. 1971. Archivo familia Villamizar Maldonado.(pág.2)

A handwritten signature in black ink, written in a cursive style. The signature appears to read "Eduardo Villamizar Lamus". There is a long, horizontal flourish extending to the right from the bottom of the signature.

Eduardo "El Chato" Villamizar Lamus  
Un Hombre Necesario

“Es la sombra de mis maestros la que invoco hoy. Los que me enseñaron en la escuela, en el Colegio Provincial, en la Universidad Nacional, en la Universidad de Kansas, en la Universidad de Nuevo Méjico, en la Universidad de Santo Tomás, y a la del maestro José Rafael Faría, porque ellos me nutrieron con la savia de su preclaras inteligencias y es a ellos a quienes debo mi vocación docente, porque de ellos aprendí que enseñar es un deber y un altísimo honor.

Son a estas ilustres sombras a las que me acojo esta mañana para que den testimonio de que consagré mis horas y mis días a la Universidad por decidida vocación sin esperar la dádiva. Quieran ellos atestiguar, que jamás impuse dogmas, que dirigí la Universidad con vocación democrática, con la filosofía universitaria que me enseñaron: que debe ser libre su cátedra y libre su investigación”.

*Eduardo Villamizar Lamus*

Aparte de su discurso en el homenaje e inauguración del Edificio Eduardo Villamizar Lamus en la Universidad de Pamplona. Enero 31 de 2001.

